

Selección RNR

ALEXIA MARS

A la caza de una
Exclusiva



Comedia Romántica

A la caza de una exclusiva

Alexia Mars



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*Al Sam de mi historia,
por irrumpir en mi vida y colmarla de alegrías*

PRÓLOGO

El silencio invadía el largo pasillo tintado de negro. La más pura oscuridad rodeaba a aquella figura que caminaba lentamente hacia la puerta de la que emanaba un débil rayo de luz. Tomándose su tiempo, se acercó y asió el pomo para entrar directamente, sin ni siquiera llamar.

—¿Le ha visto alguien?

Antes de responderle, dio media vuelta y cerró. Tras hacerlo, se desplazó hacia la mesa que ocupaba el centro de la estancia.

—No.

—Siéntese. —Asintió y cogió la silla, tomó asiento y aguardó—. ¿Quiere? —Le ofreció un cigarrillo. Negó con la cabeza y observó cómo se encendía el suyo y daba varias caladas; las manos le temblaban. Se notaba la indecisión en cada poro de su piel; una vez más, se preguntó si no se habría equivocado al confiársele—. Usted dirá. He de reconocer que he meditado profundamente sobre sus últimas palabras y mentiría si no admitiese que la idea ha rondado mi mente tortuosamente. ¿Ha hilvanado todo bien? Nos jugamos mucho con esto. —Dejó escapar el humo que fue desplazándose por toda la habitación.

—Esa no es la pregunta. Lo que realmente importa es: ¿piensa llegar hasta el final?

—Haré cuanto sea necesario para impedir ese enlace.

Sonrió.

—Bien.

—¿Cuánto me va a costar?

—Digamos que unos treinta mil para empezar.

—¿Cuándo será?

—El día de la boda.

—¿Sufrirá? —Tragó saliva mientras lo preguntaba. Apoyó las manos en el escritorio y se levantó. Fue hacia el mueble de su izquierda, cogió un vaso de cristal y se sirvió un generoso trago de coñac que apuró en un único sorbo.

—Solo lo necesario.

—No. Ni un rasguño. Sigo sin entender por qué ha de ser ella. Deberíamos ir a por Alex Sinclair, él es el culpable de todo.

—Usted quiere asestarle la estocada final, y eso solo será posible si lo dejan plantado en el altar. Sufrirá tal humillación pública que no podrá alzar la cabeza del escondite en el que se resguarde. Jamás sospecharán que ha sido secuestrada porque haremos que parezca que lo ha abandonado.

—¿Y cuando la suelte? Irá corriendo a sus brazos, ¿no?

—Bueno, tengo hilvanada esa parte también. Durante su cautiverio le demostraré cuan engañada está con él. Le juro que cuando contemple las pruebas que he preparado, cambiará de parecer con respecto a su querido prometido, será ella la que me pida enterrarlo bajo tierra.

Escuchó su carcajada y vio cómo friccionaba las manos a modo de anticipación.

—Estupendo, ese sí sería un buen redoble. —Regresó a la mesa, abrió un cajón y sacó un talonario que rápidamente cumplimentó. Firmó y se lo brindó.

Sonriendo, lo cogió y saboreó la cifra que resaltaba sobre el papel. Treinta mil dólares, los primeros de muchos más que pensaba sonsacarle. Sus ojos se llenaron de codicia y se despidió de su cómplice estrechando su mano.

Le aseguró que no debía preocuparse por nada y volvió a confirmarle que ella no padecería, y lo hizo majestuosamente, conteniendo la risa que pugnaba por salir. Por supuesto que pensaba hacerla sufrir, no ansiaba otra cosa desde hacía mucho tiempo. Soñaba día y noche con ello. Imaginaba su muerte y la ansiedad le embriagaba al pensar que tal anhelo se cumplía. Esa zorra tenía las horas contadas y lo más divertido de todo es que nadie sospecharía de su implicación. Cerró la puerta y por fin se liberó de la carcajada; sería otra persona la que pagase el pato, una a la que acababa de desplumar...

Andrea entró en su despacho y se derrumbó en la silla. Observó el montón de documentos esparcidos por la mesa y enterró la cabeza en ellos, soltando un sonoro suspiro. Luego escuchó el móvil y gimió al leer el nombre en la pantalla, de quien la llamaba.

—Hola... —susurró temerosa de la reacción que le aguardaba—. ¿Me odias mucho?

—*Todavía lo estoy pensando, mala pécora.*

—No sabes lo mal que me siento, Bea. Pero me fue imposible coger un avión. Estamos hasta arriba con esta noticia, mi jefe se muere por la exclusiva y mi puesto pende de un hilo. El sábado me dieron un chivatazo, estuve todo el fin de semana fuera y lo cierto es que fue en balde. Sigo igual que estaba, sin nada sólido. Cuando vi vuestras fotos, te juro que hasta lloré de impotencia, no me puedo creer que me haya perdido tu boda —se disculpó, realmente contrita.

—*Lo sé. Y todo por culpa de esa alimaña. Alfred. Si pudiese agarrarlo de los pelos, le quito los pocos que le quedan* —gruñó su amiga con su especial encanto—. *Ahora, que me he desquitado.*

—¿Qué... qué quieres decir?

Andrea comenzó a temblar. Cuando a su amiga se le metía algo en la cabeza, más valía salir huyendo, y si no, que se lo dijese al que ya era su marido, Peter Carrasco, a quien decidió demostrarle su amor de la forma más peculiar: conquistando el ruinoso castillo en el que él se había guarecido para lamerse las heridas al creer que la había perdido. Ella, a lomos de un burro y empuñando una cacerola, había decidido sitiar el desgastado montón de piedras, propiedad de Peter, y su corazón. Sin embargo, eso no fue lo más

extravagante de aquella historia, lo peor vino cuando decidió pedirle matrimonio al considerar que él se estaba tomando su tiempo. Había armado una buena deteniéndolo en el aeropuerto disfrazada de agente, lo esposó y le ofreció la libertad a cambio de que se uniese a ella para siempre.

Con estos antecedentes, Andrea solo podía temerse lo peor, porque si Bea disfrutaba con algo, era, como bien afirmaba ella misma, metiendo el moco en la vida de los demás. La periodista se creía a salvo de ello porque básicamente vivía demasiado lejos y solo cuando regresaba a España se reencontraba con sus mosqueteras, como las definía Bea por el WhatsApp.

El grupo estaba formado por Sara, su cuñada, que también tuvo una turbulenta historia con su hermano Nicolás, con el que se había disputado el puesto de socio administrativo del bufete en el que trabajaba. Y Ruth, hermana de Sara, que acabó enamorada del enemigo. El dueño de la agencia de publicidad de la competencia que había sido capaz de hacerse pasar por homosexual para espiarla. Por supuesto, los tentáculos de la querida y entrometida Bea estuvieron presentes en todos esos romances.

Andrea se hallaba fuera de su alcance, o eso creía.

—*Bueno... Digamos que lo seguí por Facebook con un perfil falso.*

—*¿Y...?*

—*Me lo ligué.*

—*¿¡Qué!?*

—*Tranquila, que todo atendía a un plan bien elaborado.*

—*Eso es lo que más me preocupa.*

—*Nena, no subestimes el poder de las rubias. Lo hechicé de tal forma que conseguí lo que me proponía: me invitó a pasar unos días con él.*

—*¿Te dijo dónde estaba? No me lo puedo creer. Nadie ha conseguido saber de él en las últimas semanas, ni siquiera Richard, nuestro editor jefe.*

—*Tuvimos una larga conversación. Es un poco guarrillo, por cierto. Le va olisquear los calcetines, ¿te imaginas? Yo me metí en el papel, ya sabes que lo doy todo cuando estoy de incógnito. Me puse en plan loba también, del palo de «pues no veas los que tengo yo... Cada vez que salgo a correr, me guardo uno bien mojadete y con pestuza....». El tío casi rompe la pantalla del subidón que le dio porque seguidamente me envió por el chat los billetes para el viaje.*

—Estoy alucinando. Bea, ¿cuándo coño pasó eso? ¡¡Si te casaste este sábado!!

—*Ah. Hará un mes o un poco menos.*

—¡¡¡Quéeee!!!

—*Sospeché que me necesitabas. Antes de irte de España, me contaste que tu ayudante Cameron te había llamado para decirte que esa lagartija te iba a quitar la exclusiva, te despediste y volaste para Nueva York. Entonces yo supe que tenía que ayudarte. Al principio, se hacía el durillo, pero poco a poco me lo fui camelando, lo conquisté cuando le hablé de mi maletín de torturas sexuales. Se ofreció como víctima. Eso a Peter no le hizo tanta gracia, aunque pensó que estuve maravillosa en esa conversación, es que le pedí asesoría, como también es un poco raro... Ojo, que a mí me encanta, pero los trucos de Rafa no surtían efecto y tuve que recurrir a mi espléndido maridito.*

—¿Rafa? ¿A cuántos más has involucrado? —Andrea pensó en el alocado compinche de Bea y sintió hasta lástima por el rastrero de Alfred, su compañero de redacción y el más taimado del periódico *Hunting*, en el que Andrea entró como becaria y tuvo que hacerse un hueco hacía ya casi cinco años.

—*Solo los tres. Bueno, Ruth me retocó la foto; quería hacerme pasar por un pivonazo pelirrojo. Al final, como no encontrábamos ninguna que se ajustase a mis exigencias, me planté una peluca y le envié mi imagen, que ella modificó. Sabía que Alfred no se podría resistir a mí. Si quieres hacer algo bien, debes hacerlo tú. Hasta exponer tu seductor cuerpo con el fin de ayudar a una querida amiga.*

Andrea soltó una carcajada. La diseñadora seguía tan modesta como siempre.

—¿Y Sara se quedó al margen?

—*Tu cuñada movió sus hilos y confirmó que el tío se alojaba en el hotel que me dijo. Lo que no le pareció tan bien fue la visita, sobre todo, porque cambiaba mis planes, aunque te confieso que tampoco me supuso mucho, me atrae más esta aventura. Las pirámides de Egipto seguirán allí esperándonos.*

—Espera, ¿qué visita? ¿Ya no vais a Egipto de viaje de novios?

—Hombre, Andrea, no creías que te traería la información sin verificar, ¿no?

—¿¡Quedaste con él!? Pero ¿cómo? No entiendo nada.

—No, no.

—¡Qué susto!

—Iremos esta tarde. Tú y yo preguntaremos a los empleados y Peter comprobará si Alfred está alojado allí, así nos cercioraremos de que los datos son correctos. Ay, es que no te lo había dicho... ¡Prepárate! Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma cruza el mundo para subir en ella y verla.

—Quieres decir que... —su voz salió tan débil que dudó de que Bea la hubiese escuchado.

La hoja de madera que la protegía del exterior se abrió de golpe. Andrea, con sumo estupor, contempló a una arrebolada rubia que entraba a su despacho con vehemencia, ataviada con un vestidito rojo y un sombrero marrón. Su mano derecha sostenía fuertemente un teléfono. Tras ella, un hombre muy sonriente, cargado de maletas, la saludó con la cabeza. A Andrea se le cayó el móvil y la mandíbula se le desencajó.

—¡¡Estamos en Nueva York!! Soorpreesaaa —vociferó la otra lanzando el sombrero al aire y corriendo hacia sus inertes brazos.

Andrea arrulló a su amiga y lloriqueó mientras musitaba:

—Joder...

Alex Sinclair se acomodó en el sofá en el que aguardaba a Regina Banks, su prometida. Admiró la amplitud del elegante salón y volvió a sentir ese desasosiego que lo perseguía siempre que pensaba en la familia de su futura esposa.

Los Banks eran dueños de medio país, tenían tantas empresas que al joven actor le costaba recordarlas. Él no estaba exento de dinero, pues era de los afortunados, había podido hacer de su pasión, su profesión y hasta ese día no le había ido nada mal en el mundo de la actuación. Claro que soñaba con hacer películas de mayor envergadura, pero por lo visto era ideal para la comedia romántica, como bien mostraba su cuenta bancaria y los numerosos contratos que le llovían.

Durante años disfrutó de esa vida, incluso aquel niño humilde de antaño olvidó sus orígenes y aprendió a absorber cada una de las experiencias que estaba viviendo, disfrutaba de los beneficios que le deparaba el éxito. Mujeres, abundancia y fama. Acaparaba las exclusivas de todas las revistas y le encantaba. O al menos, así era hasta que un día se topó con Regi y su mundo se puso patas arriba.

Aquel día un multimillonario excéntrico lo había contratado para representar junto a su mujer la escena final de *Un beso prometedor*, una de sus películas más taquilleras. Alex se negó en redondo, pero Rita, su representante, había aceptado por él y, con la maldita excusa de darle publicidad, lo había sometido a tal bochorno.

Ni qué decir que a la señora casi le da un espasmo cuando vio el regalo de aniversario. Por un momento, había parecido que iba a rechazar la actuación, pero cuando el joven actor ya se relamía de agradecimiento, la vio correr

hacia el escenario y empuñar el micrófono. Había recitado toda la parrafada de memoria y ni lo había dejado decir sus últimas palabras, pues lo tumbó con un pegajoso beso del que solo se pudo librar cuando su esposo la separó y la alejó de él.

—Alex —lo había llamado Rita—. Escucha. Sé que no va a gustarte, pero...

—¿Qué has hecho ahora? —había preguntado molesto. Ella intentó sonreír despreocupadamente, pero había fallado. Alex se temió lo peor.

—Solo será una hora más. Un par de bailes y...

—¿¡Qué!?

—El señor Folcret ha ofrecido un extra muy succulento si bailas con tus fans durante un rato.

—Rita. ¿Soy, acaso, un mono de feria? ¡Deja de exhibirme! ¡¡Estoy harto!! Harto de tus estúpidos contratos, de que no me consultes y de ti.

—Cuida tus palabras. Sin mí no habrías llegado donde estás. Eras un don nadie que no salía más que en anuncios de mala muerte cuando yo te descubrí.

—¿Que me descubriste? Conseguí el papel de Rafael sin tu ayuda. ¡No te debo nada! Tú eres la que más se ha beneficiado explotando mi nombre.

—Está bien, tranquilicémonos antes de que ambos digamos algo de lo que nos arrepintamos después. Mira, ya he acordado esto. Cumple y te juro que a la próxima lo hablaremos antes.

Alex tenía la firme intención de negarse, pero varias octogenarias lo habían atacado en ese mismo instante y lo arrastraron a la pista. Una hora después, sudoroso, sobado y con los mofletes llenos de carmín rojo, había conseguido escapar de la atenta mirada de esas obsesivas fans.

Corrió como un poseso, con la cabeza vuelta para ver si las había despistado, cuando chocó contra alguien, cayó al suelo junto a su pobre víctima y justo cuando se incorporaba para disculparse, ella le había sonreído y él, había olvidado hasta su nombre. Regina Banks, la hija del mejor amigo del anfitrión y la próxima dueña de su corazón.

—Cariño, ¿estás aquí? —Una voz femenina lo trajo a la realidad—. Pareces ido.

Alex movió la cabeza y despejó los recuerdos. Con una sonrisa lobuna, se levantó de un salto y fue hacia ella para besarla.

—Estaba pensando en cómo nos conocimos.

Ella sonrió.

—Umm, me arrollaste, me lanzaste al suelo y, luego, me obligaste a huir contigo y refugiarnos tras la barra. Aquella noche descubrí que el Sinclair de las revistas nada tenía que ver contigo.

—Y yo supe que haría todo lo posible por volverte a ver.

—¡Me perseguiste día y noche! Ni siquiera sé cómo diste conmigo.

—Bueno, tengo mis contactos.

—Lo único que lamento de todo aquello es lo rápido que saltó a la prensa. Me habría gustado un poco más de intimidad.

El gruñó. La cogió de las manos.

—Sigo creyendo que la responsable fue Rita. Esa mujer es una tigresa en su profesión.

—Por eso es la mejor, Alex. En el fondo, la adoras.

—Ja. No negaré que es buena, pero a veces da bastante miedo. Cuando se propone algo... Es capaz de lo que sea.

—¿Ya has hablado con ella?

—Sí.

—¿Y?

—Lo entendió. Lamentó la decisión y me advirtió que, si aparco mi carrera ahora que está en lo más alto, quizá después me cueste volver.

—Alex, puede que tenga razón. Igual no deberías dejarlo.

—Regina, ya lo hemos hablado. Tu familia...

—Se acostumbrarán.

—No. A tu madre no le orgullece que su futuro yerno sea actor, y menos uno que ha dado tantos escándalos en los últimos años; sé que teme que arruine el apellido.

—Madrastra. Y te casas conmigo, Alex, no con ellos. Te quiero tal y como eres. Actuar te hace feliz y no veo bien que aceptes el puesto que mi padre te ofrece en su empresa solo para contentarlos.

—Será temporal, cariño. Además, sabía dónde me metía cuando pedí tu mano.

—Pero...

Alex la besó e intentó que olvidara el tema. Jamás le confesaría que ese había sido el requisito para obtener su mano. Los Banks eran demasiado

respetables como para aceptar a alguien como él, y solo cuando accedió a convertirse en la sombra de Frank Banks, le permitieron seguir con el romance.

Unos tacones sonaron por el pasillo y Viola Banks, su cuñada, hizo su entrada. Lo miró de arriba abajo con sus intensos ojos marrones y le sonrió maliciosamente. Alex podía leer el deseo que inflamaba su mirada y la envidia que le tenía a su hermana. Desde que habían anunciado el compromiso, estaba más insistente, sus ataques eran evidentes y a Alex le preocupaba muchísimo su actitud. ¿Sería capaz de evitar la boda? Varias veces se le había insinuado y él, del modo más amable posible, rechazó las invitaciones, pero ella seguía insistiendo y, a medida que se acercaba la fecha del enlace, se hacía más vehemente. Ni siquiera se atrevía a hablar del tema con su prometida.

Viola era una mujer que siempre se salía con la suya, anhelaba algo y lo conseguía a como diese lugar. En ese momento, lo deseaba a él. Y eso lo aterrorizaba.

—Regi, Sam está al teléfono. Parece urgente. —Le pasó su móvil.

—¿¡Has cogido mi teléfono!/? Sabes que odio que lo hagas, maldita sea — manifestó Regina muy enfadada.

La otra se encogió de hombros y sonrió.

—Estaba en la cocina, sonó y, al ver que era Sam, respondí. ¿Qué pasa? Organiza tu boda y yo te estoy ayudando, no es para tanto. A la próxima, lo ignoraré y, si es importante, pues mira, te quedas sin saberlo. —Se dio media vuelta, ofendida, e hizo el intento de marcharse.

Regina suspiró.

—Espera, Viola. Lo siento. —Rio entre dientes—. Estoy muy nerviosa últimamente. Solo quedan dos semanas y hay mucho que hacer todavía. Temo que todo se estropee de un momento a otro.

La otra asintió.

—Tranquila, lo entiendo. Bueno, salgo a hacer unas compras. Si papá pregunta, dile que vuelvo a la hora de comer. —Antes de marcharse, observó a Alex y le guiñó un ojo—. Adiós, cuñadito.

Regina esperó a que desapareciese y se acercó a Alex, preocupada.

—Seguro que no es nada, cariño —la calmó él, adivinando sus angustias—. Anda, contéstale.

Regina respiró y se puso el móvil en el oído.

—¿Sam?

—¡Regina, *por fin!* Tenemos que hablar inmediatamente.

—¿Qué ha pasado?

—¿Estás con Alex?

—Sí, sí. Está aquí. Dime, te escuchamos. —Puso el manos libres.

—*Han filtrado la noticia de la boda. Es un artículo breve que confirma la fecha y el lugar, pero no entra en detalles.*

—¡¡Mierda!! —exclamó Alex.

—¿Y ahora qué hacemos?

—*Pasaremos al plan B. Tenemos tiempo, así que no os preocupéis. Será una boda maravillosa, tal y como os prometí.*

—Confiamos en ti, aunque te juro que estoy de los nervios. Igual deberíamos dejar las cosas como están y hacerlo allí.

—*No, Regina. Cuando entraste en mi oficina, me pusiste un requisito para firmar el contrato con nuestra agencia, que no hubiesen periodistas, y yo te aseguré que lo conseguiría. Te prometo que no van a estropearlo. Además, sabíamos que podía pasar, por eso escogimos otro lugar.*

—Menos mal que los dos me encantan, si no, habría sido un desastre.

—Sam, ¿cómo pueden haberlo descubierto?

—*No lo sé, Alex. Alguien habrá vendido la exclusiva, pero os juro que descubriré quién es y, de paso, averiguaré quién ha sido el maldito redactor que ha publicado la noticia. Tendré a ese A. R. bien vigilado para que no vuelva a jodernos. Mientras, intentad mantener en silencio la nueva localización, al menos, en los próximos días. Reforzaré la seguridad y os prometo que me dejaré la piel para evitar que esos buitres consigan algo más.*

—«**A** pesar de los esfuerzos de los novios por mantener en secreto el enlace, *Hunting* ha podido descubrir los detalles mejor guardados. La novia, Regina Banks, hija del magnate Frank Banks, lucirá un vestido de Óscar de la Renta, gran amigo de la familia y conocido como *El rey de los vestidos de novia*. Mientras que el afamado actor, Alex Sinclair, ha optado por Giorgio Armani para el gran día. Fuentes cercanas a la pareja nos han confirmado que la ceremonia se desarrollará de forma íntima y que la localización será en *Lakes mountain*, una exclusiva mansión con capacidad máxima para unas 150 personas, amplios salones y espectaculares jardines, donde acontecerá la celebración y el convite. La casa privada está situada a las afueras de Princeton y fue allí mismo donde los tortolitos se vieron por primera vez. La boda, que tendrá lugar el próximo 16 de abril, solo contará con la presencia de las personas más allegadas a la pareja, entre amigos y familiares (...)».

—¡Bea! ¿Otra vez leyendo el artículo? —exclamó la periodista, risueña. Le encantaban los esfuerzos que hacía Bea para leerlo y traducirlo al mismo tiempo, aunque, claro, en ese momento ya casi se lo sabría de memoria.

—Ay, chica, es que no todos los días una colabora en algo así. Saber que esto lo ha ojeado medio mundo me pone la carne de gallina. Ahora entiendo por qué adoras tu profesión. —Arrugó la nariz—. Moriría por ver mis iniciales al lado de las tuyas. «Las indómitas A.R y B.M. Cazadoras de exclusivas. Cualquier chisme al alcance de sus oídos».

Andrea rio al imaginarse la escena que Bea describía.

—Anda, calla.

—Ríete lo que quieras, pero sabes que sería el mejor fichaje que podrías hacer. Mira, en tan solo un día, he puesto al alcance de tu mano el sitio de la

boda y datos sobre la indumentaria. ¿Qué?, ¿soy buena cotilla o no? Si ya lo decía mi abuela, si quieres enterarte bien de algo, acude a una Saez. Y tú conoces a mi madre, es la prueba viviente de esas palabras.

Andrea recordó a Encarna Saez y sonrió, nada escapaba a la progenitora de su amiga. Lo de Bea estaba en la genética.

—Sí, y tengo que agradecértelo. Me han venido muy bien tus contactos en la moda y la presión que tu amiga Brina hizo sobre Armani; todavía no me puedo creer que se lo dijese.

—Ya ves. Brina es capaz de lo que sea, y no es por echarme flores, pero yo le enseñé. Antes era una inocente petunia, pero desde que la moldeé a mi imagen y semejanza, es capaz de hallar cualquier dato hasta debajo de las piedras. Mis trabajos, querida, son impecables.

—En eso no te quito la razón, pero ahora que hemos dado este paso, será mejor que guardes reposo y disfrutes de tus vacaciones, recuerda que tienes que pensar por dos.

—Y eso hago. A mi bebé —se tocó la barriga— no le gusta que su mami se quede en casa preocupada, el estrés es malísimo para el feto. He leído sobre ello. Recomiendan dar rienda suelta a las preocupaciones. En mi caso, ayudándote con tu artículo. ¿Cuál es el siguiente paso?

—De eso nada, ¡a descansar!

—¡Pero tenemos que descubrir quién es la organizadora de bodas!

—Tengo a Cameron en ello, confío en que hoy sabré algo. Y tú vas a ir a ese museo que tanta ilusión le hace a Peter.

Bea se cruzó de brazos y resopló, pues no tenía escapatoria. Le debía una a su marido por la jugarreta del día anterior.

—¿Crees que me perdonará?

—Segurísimo que sí. Ese hombre te adora, ya ves que está dispuesto a hacer lo que sea por ti.

—No sé yo... Lo de ayer me lo recordará media vida.

Andrea soltó una carcajada.

—En eso estoy de acuerdo.

—Vale —aceptó resignada, ¡lo que había que hacer por amor!—. Voy a buscarlo.

Bea se metió en el cuarto que compartía con Peter y, a los pocos minutos,

salieron. Él, radiante; ella, con el semblante adusto. Andrea sintió pena por su amiga que se había visto abocada a una tarde en la exposición de muertos vivientes que tanto deseaba su esposo. Antes de que saliesen de su céntrico apartamento, escuchó al joven emocionadísimo relatando todas las actividades que podrían hacer; desde disfrazarse, maquillarse y representar escenas de varias películas, hasta participar en una batalla entre vivos y muertos. Peter la besó con pasión y le prometió que sacaría fotos de todo para que su nonato tuviese ese recuerdo especial de su primera salida en familia. Bea gimió.

Andrea esperó hasta que desaparecieron de su vista para soltar la carcajada que llevaba reprimiendo un buen rato. ¡Qué dos! Decir que era una pareja única era quedarse corto.

El día anterior, tras el anuncio de su visita, la joven los había acompañado a su piso para que se instalasen, Peter había insistido en ir a un hotel esas dos semanas, pero ella se había negado y Bea también, quien creía que necesitaba estar cerca de Andrea para enterarse de los avances de la investigación; al parecer, se había tomado a pecho la tarea de descubrir todos los entresijos de esa boda antes de irse.

Con esa idea en mente, la había convencido para ir esa misma tarde a la dirección que tenía, un hotelito situado en Nassau Street, en el municipio de Princeton, donde supuestamente se alojaba Alfred. Los tres, Peter, Bea y Andrea, llegaron allí sobre las cinco de la tarde y la amable recepcionista les había informado que no podía darles información sobre sus clientes. Bea montó un pollo gritando que era su esposa, a la que él había abandonado cruelmente, con un hijo en su vientre, y que se había marchado para encontrarse con su amante, una buscona pelirroja. La pobre chica estaba tan parada que no supo qué hacer. Bea le había suplicado por activa y por pasiva que la dejase entrar para encararlo, y justo cuando la tenía a punto de caramelo, llegó Alfred.

Andrea había tenido que esconderse y Peter se había alejado con disimulo de la escena. Bea, que por un momento no había sabido cómo reaccionar, siguió en su papel y se acercó a Alfred para gritarle la poca vergüenza que tenía, y le arreó un bofetón que seguramente había resonado en todos los rincones de Nueva Jersey. Andrea había tenido que morderse el labio para no descojonarse allí mismo, la cara de su taimado compañero era un poema. El

hombre se agarró la mejilla y observó anonadado cómo la mujer se alejaba hacia la salida. Pero ahí no había quedado todo, la recepcionista lo fulminó con la mirada y le echó varias indirectas directas bien agrias. El pobre Alfred subió a su habitación con el semblante descompuesto.

Sin embargo, todavía les quedaba lo más importante, descubrir la localización del enlace porque, por supuesto, no sería en aquel pequeño hotel. Habían preguntado a algunos empleados, pero nadie escuchó nada, solo una empleada de la zona de la cafetería les había contado los rumores que llegaban de una mansión a las afueras, donde, al parecer, iba a celebrarse un matrimonio muy importante. Andrea, casi segura de que ese sí era el lugar, había propuesto dirigirse hacia allí, justo cuando vieron que Alfred salía del ascensor.

El periodista se dirigió a la cafetería y pidió un café para llevar.

—No podemos dejar que nos siga. Publicará un breve esta misma noche si descubre que estoy aquí —había exclamado Andrea desesperadamente—. Lo conozco, si todavía no ha dado ningún dato, es porque sigue recabando información.

—Pondremos en marcha el segundo plan.

—¿Hay otro? —preguntó Peter—. ¿Y cuál era el primero?

—Mi espectáculo de antes.

—¿Y ahora?

—Tú, cariño. Harás de amante.

—Ummm... Eso me gusta, ¿puedo meter mano durante la representación? — Se acercó y le acarició el trasero; ella rio.

—Mete si quieres, pero a mí no.

—¿Cómo?

—No vas a ser mi amante, amor. Serás el de él.

—¡¡Quéee!!

—Desde ahora eres Bárbara. —Abrió el amplio bolso que llevaba y sacó un vestido, una peluca pelirroja, unos zapatos y un pequeño neceser con maquillaje.

—No, de ninguna manera. Y esta vez, mi vida, no vas a poder convencerme.

—Vale.

Peter la observó anonadado.

—¿Y ya está?

—Claro, si no quieres, no quieres. Iré yo. —Alzó el vestido y se lo colocó por encima dando una vuelta—. ¿Creéis que le gustaré? Se marcará el culo, igual me cae algún pellizquito... —Peter gruñó y se lo arrancó de un manotazo.

—Muy bien, tú ganas. Seré la exuberante Bárbara.

En menos de cinco minutos, Peter había sido transformado y el resultado fue aterrador. El pobre estaba muy poco favorecido de mujer y Andrea supuso que Alfred no caería en sus garras ni de coña. Los había dejado allí, antes de que comenzase su espectáculo, y marchó a la dirección que la empleada le había facilitado. Pudo comprobar que ciertamente esa era la residencia de la boda, y regresó contentísima a por sus queridos amigos. Cuando llegó la historia que le esperaba la había dejado sin palabras. Y eso que le había costado lo suyo que lo soltasen, pues Peter se negaba a hablar y Bea no paraba de reír pese al enorme enfado de su marido. Al final, fue reconstruyéndolo todo. Al parecer, Bea había entrado en la cafetería y acusó a Alfred de adulterio, entre chillidos, lo había agarrado de una oreja y lo había trasladado a la entrada donde esperaba Bárbara, su amante...

La recepcionista se abanicaba, los clientes que pasaban sacaban sus móviles para fotografiar el momento, pero Alfred era ajeno a todo pues solo podía pensar en esa escultural belleza pelirroja.

—Bar... ¿Bárbara? ¿Eres tú de verdad?

—Sí. —Peter había modificado la voz todo lo que pudo—. ¿Estoy muy cambiada? Puede que la fotografía difiera bastante de la realidad.

Peter estaba convencido de que el otro saldría corriendo, pero Alfred lo miró con cara de corderito. «Oh, oh, ¿qué pasa aquí?», pensó Peter.

—Mi sirena... Eres todo cuanto imaginé.

—Pero...

—Tienes razón, la fotografía no te hace justicia. Eres una diosa.

—¡¡Qué!! —Bea, al observar la cara de espanto de su esposo, había decidido intervenir y, cogiendo aire, había soltado todo lo que le vino en mente.

—¡Malnacido! ¡Hijo de satanás! A Dios pongo por testigo que te endilgaré la demanda de divorcio más cara de la historia.

—Pero, señora, ¿usted quién es?

—«¿Quién soy?», dice el tío ahora. —Se giró hacia la empleada—. ¿Ha visto lo que tengo que aguantar? Para que luego me digan que no soy una santa. ¡A este paso, me canonizan!

—Señora, por favor. —Alfred sonrió con nerviosismo a la empleada morena que lo atravesaba con los ojos y cogió a Bea del brazo, de malas formas—. ¿No ve que no la conozco?, ¿está demente o qué? Yo no soy nada suyo. Joder, si estoy soltero. O eso creía... —lo último lo había dicho repasando a Peter con la mirada.

—Querido. —Peter le había dado un abanicazo para apartarlo de su mujer—. Suéltala. Podrías lastimarla y la cosa se pondría peor. Tranquila, señora, que yo ya me voy.

—¡¡De eso nada!! No has venido desde España para nada.

—Tampoco es para tanto.

—¡Cómo que no! Tú te quedas y esta vieja loca se va. —Empujó suavemente a Bea.

—¿¡¡¡Vieja!!!? —Bea gimió, ofendidísima—. Calvo estúpido, arrugado y fondón. ¡Tengo treinta y siete años y, como puedes ver, soy un bocadito bien succulento! —había bramado, picada en su orgullo hasta lo extremo.

—Ya está bien —había intervenido la recepcionista—. El que se va es usted. Recoja sus cosas, no lo queremos en nuestro hotel. Tiene media hora para desaparecer. ¡Amenazar así a una mujer indefensa, tendrá poca vergüenza! Y cumpla con sus obligaciones, si no, haber usado protección.

—¡Pero que el niño no es mío! Me lo quiere endilgar. Mujer, endose su bastardo a otro porque yo no pienso caer. ¡¡Aaaay!! ¿Barbi, por qué me has zurrado? —le preguntó a Peter.

—No, no. Me estaba colocando el bolso y accidentalmente te di.

Alfred se masajeó la dolorida cabeza e intentó sonreírle.

—¡¡¡Guardiiiiias, guarrdiiiasss!!! Detengan a este hombre por adúltero, putero, canalla... —Bea se había quitado el zapato y lo persiguió por todo el salón arreándolo con él. Peter se moría de risa. Sabía que se había convertido en el enemigo mortal de su esposa desde que aludió a su edad, el mayor crimen que un ser humano puede cometer. Bea jamás lo dejaría en paz. Ese pobre había cavado su propia tumba. Siguió riendo hasta que vio que

aparecían dos hombres uniformados que acudían respondiendo a la llamada de la empleada.

Se había preparado para intervenir, pese a lo divertido de la situación, jamás dejaría que Bea saliese lastimada.

—Garreth, Steve, coged a este hombre y acompañadlo a su habitación, obligadlo si es preciso. Que recoja sus cosas y se marche.

—¿Y la mujer? —El tal Garreth había señalado a Bea, que ahora había derribado a Alfred y le seguía dando de leches con el bolso.

La recepcionista movió la cabeza con pesar.

—Acompáñala a la salida. Ya ha sufrido bastante.

—Gracias, chica. Eres un sol. —Bea la abrazó y se fue. Peter había intentado seguirla cuando la trabajadora lo llamó.

—¿A dónde crees que vas? No pienso permitir que la molestes.

—No, no. Si yo solo quiero irme lejos.

—¡De eso nada! No me fio, puedes agredirla. ¡¡Steve!! Encierra a esta *señora* con el otro. —Había marcado el «señora» con desprecio.

—¿Quéeeee? No, por favor, se lo suplico.

—Haberlo pensado antes de meterte con un hombre casado; ahora, a apechugar.

Bea, impotente, había visto como trasladaban a Peter mientras Alfred lo esperaba ilusionadísimo. Se mordió el labio y pensó que se lo haría pagar caro. Diez minutos después, lo vio aparecer corriendo desde la parte de atrás, se había descolgado por la ventana, que por suerte se encontraba a pocos metros del suelo. No llevaba peluca e iba sin zapatos.

—¡¡Ni una palabra!! —le había espetado furioso—. Y mañana vamos a la exposición.

Bea no se había atrevido a replicar y se esforzó por completar la historia. Al parecer, el otro se le había echado encima en cuanto estuvieron solos, pero fueron sus pies los que atacó, le quitó los zapatos, le olisqueó las pezuñas y llegó a morderle el dedo gordo antes de que su marido lo noquease de un derechazo. Luego, había tenido que escapar por la ventana.

Y así había sido como los encontró Andrea cuando llegó...

Bea esperaba pacientemente el taxi que los llevaría a ese infierno de excursión cuando vio a lo lejos acercarse a Cameron, la becaria de Andrea.

—¡¡Cameron!! —la saludó efusivamente, ignorando a Peter que ya había parado un vehículo y aguardaba con la puerta abierta—. Chica, ¡qué guapa estás hoy! —pronunció en su idioma.

—Gracias —contestó la otra, un poco cohibida por la vehemencia de su abrazo y sus dos besos en las mejillas. Le hacía gracia la amiga loca de su jefa, parecía muy simpática. La conoció el día anterior cuando se había presentado en la redacción con su equipaje—. ¿Está Andrea? Necesito hablar con ella, es urgente.

—Lo siento. La pobre no ha dormido en toda la noche y está descansando. Me dijo que vendrías. ¿Es por lo de la organizadora de bodas, no? Puedes contármelo. En cuanto regrese de... Bueno, de un sitio, se lo digo —le explicó en inglés, casi sin dificultad, pues era el idioma que más había desempolvado en los últimos años con su profesión. El que a veces cometía alguna que otra metida de pata era Peter, aunque debía reconocer que se defendía bastante bien. Nunca dejaría de sorprenderla.

—Tranquila se lo pongo en un mensaje.

—¡NO! Digo, querida, estas cosas se tienen que decir a la cara. Es un dato muy jugoso e imagina que alguien te ha pinchado el teléfono e intercepta el mensaje...

—Dudo que...

—Uy, cosas más raras se han visto. En *El poder de la verdad*, nueva telenovela que veo, se dio una situación parecida. Como ves, no es imposible. Y oye, Clarita no era nada tonta, ¿eh? Y, aun así, le dieron gato por liebre. A causa de eso, perdió la confianza de Luis Manuel, y nos tuvieron un montón de capítulos padeciendo hasta que se liaron de nuevo. ¿No querrás que pase algo tan desastroso, no? Mira que yo estoy embarazada, no puedo tener un disgusto así, por el bebé, claro. ¿Estamos de acuerdo?

—Yo... —Cameron asintió, totalmente confundida. No había entendido ni una maldita palabra, y eso que el inglés de la española era bastante bueno. Se dijo que debía escapar de su presencia cuanto antes.

—Además, me consta que este Alfred está dispuesto a lo que sea por esta noticia. Y si no, que se lo digan a él. —Señaló a Peter.

—A mí no me metas, Bea —protestó.

—Hazme caso. —Bea la cogió de las manos. Cameron se sintió atrapada—. En España, funcionamos así. Yo se lo diré y que te llame luego. —Levantó la palma y la apremió con sus ojos.

—Sí, claro. Toma. —Le tendió una tarjeta.

Bea la leyó con avidez. «Sam Davis. *Wedding planner & Events*». Se relamió. La dirección, el teléfono, *email*... Todo a su alcance.

—Pues ya se lo entrego yo, tranquila.

—Muchas gracias. Nos vemos.

—Adiós, chata.

Se giró hacia Peter con una sonrisa radiante, y él levantó una ceja.

—No me mires así, ella me lo agradecerá.

—Mi amor, permíteme que lo ponga en duda —respondió risueño, sin rastros del mosqueo de la noche anterior. Después de todo, había conseguido ir a *The return of the living dead*, una feria que versaba, como bien indicaba su nombre, sobre el retorno de los muertos vivientes y que tanto se moría por contemplar. Además, tenía que reconocer que había sido divertido, al menos, hasta que el maníaco ese le mordió el pie.

—Tendríamos que...

Él se apartó y cabeceó hacia el interior del taxi.

—De la exposición no te libras.

—Pero...

—Entra.

—¿Mañana?

Peter rio fuerte y subió tras ella. Luego, la acomodó a su lado y la besó con ardor. ¡Cuánto amaba a su entrometida amazona!

Andrea revisaba unas imágenes cuando su teléfono sonó. Contestó sin fijarse en la pantalla, creyendo que sería Cameron, de la que aún aguardaba noticias.

—¡Cameron, por fin!

—*No, cariño. Soy Alfred.*

—¿Alfred? ¿Qué coño quieres?

—*Tan simpática como siempre.*

—Y eso lo dices tú, que eres capaz de lo más rastrero por una exclusiva.

—¿Todavía estás molesta por lo de John Rusell? Vamos, aquello te quedaba grande. Eras demasiado inocente para meterte en la boca del lobo y sacar toda su mierda. Deberías estar agradecida de que me encargase yo del juego sucio y destapase la aventurilla del senador.

—¡Menudo hijo de puta! Encima ahora he de darte las gracias por que me robes mis escritos y los publicases con tu nombre. ¿Para qué cojones me llamas? Tienes un minuto antes de que cuelgue.

—*Solo quería felicitarte. Gran jugada la de ayer. Veo que cada día te pareces más a mí.*

—¿De qué estás hablando?

—*Del circo que montaste. ¿Crees que no sé que todo fue obra tuya? Os vi marcharos juntos y, además, fui a la finca y descubrí que habías metido tu preciosa naricita en todo este asunto. Estaba redactando el artículo cuando vi el tuyo publicado, muy lista. Me la has devuelto, sí, pero no cantes victoria porque la boda es mía.*

—Llevo meses con este asunto. Tú sabías que era mío. ¿No estabas tras Ronna y su nuevo ligue?

—*Eso ya es historia, querida. Además, el matrimonio de Sinclair es más*

jugoso que el nuevo amante de la cantante.

—Métete en tus malditos asuntos.

—¿Tienes miedo de la competencia? ¿O es que crees que conmigo rondando no darás la talla?

—Lo que creo es que perderé la paciencia como te sigas entrometiendo.

—*Siempre me ha asombrado tu carácter. Cara de ángel y lengua viperina. Eres peor que una víbora. Lo cierto es que me tienes sorprendido. Caray, desde lo de ayer, he dejado de subestimarte. Me quito el sombrero, cariño. Ahora, recuerda que las últimas líneas de esta historia llevarán mi firma.*

—Deja de soñar, imbécil.

—*Mira, como estoy de buen humor, voy a regalarte un dato y que gane el mejor. Sé, y de muy buena tinta, que la ceremonia ya no se celebrará en Princeton. Han cambiado la localización, pero ya estoy en ello. Tengo un contacto entre los Banks y, en cuanto le pasen los nuevos datos, me dará el chivatazo. Como ves, vuelvo a ir un paso por delante.*

—Ya veremos, Alfred.

—*Suerte, preciosa. Y adiós, te veré en la redacción dentro de dos semanas, cuando te restregue mi artículo por tu hermoso rostro.*

—O cuando yo te escupa el mío en el tuyo, que de bello, poco tiene.

Alfred lanzó una carcajada y colgó. Andrea se quedó mirando el móvil y soltó toda sarta de improperios como si fuese a él a quien se los estuviese gritando. En ese momento, un sonriente Peter entró, seguido de Bea. Venían disfrazados de zombis.

—¡Andrea! ¿Pero a quién estás descuartizando, chica? ¿Tengo que cargarme a alguien? Dime su nombre y me pongo manos a la obra. —Se arremangó y pegó varios puñetazos al aire.

—Era el estúpido de Alfred. Solo quería meter mierda.

—Bueno, imagino que lo habrás puesto en su sitio porque, si de algo andas sobrada, es de carácter, amiga.

—Ya te digo yo que sí. Lo que me preocupa es que afirma que la localización de la boda se ha cambiado tras mi publicación.

—¿Y lo crees? —preguntó Peter.

—Sí. Alfred tiene una mente retorcida, le va el tira y afloja. Estoy segura de que me ha confesado este dato para darle más juego a la cosa. Le encanta

demostrar que es el mejor cazando la noticia.

—Pues esta vez no lo dejaremos. Y sé qué paso vamos a dar ahora. Cameron me ha dado esto para ti. —Le tendió la tarjeta. Andrea la examinó y alzó una ceja.

—¿Cuándo? Estaba esperando que me llamase.

—Ah, no lo va a hacer. Yo la intercepté y la convencí para que me lo dijese. Sabía que tú me dejarías fuera y no estaba dispuesta. —Sonrió descaradamente. Andrea movió la cabeza, asombrada.

—Joder, Bea. Eres peor que yo. —Rio divertida—. ¿Seguro que no quieres cambiar de profesión? Se te daría muy bien el periodismo.

—Oh, no. Me pirran los cotilleos, pero más diseñar. Aunque, oye, siempre puedo hacer las dos cosas, ¿no? Entonces, ¿vamos a ir?

Andrea se carcajeó a mandíbula batiente.

—De vamos nada. Voy. Me haré pasar por una dama de honor o una invitada ante la tal Samantha esa. E intentaré sonsacarle algo más.

—No creo que funcione, deberías ir con un plan alternativo. Seguramente sea una sabuesa y tenga aprendido al dedillo quién asistirá a esa boda. Me apuesto lo que quieras a que se ha impreso las imágenes de todos para que nadie la engañe.

—Llevo meses con esto y he reunido mucha información sobre amigos y familiares de la pareja. Sabía que Alex iba a declararse tarde o temprano y quise adelantarme. Hay una prima de la novia, por parte de su madrastra, que tal y como sospeché está invitada al enlace, más por cortesía que otra cosa. El caso es que no va a asistir porque está en un centro de rehabilitación. —Se dirigió a su habitación y volvió con una fotografía—. O igual sí lo hace. Como veis, se parece bastante a mí. —Bea observó a una rubia sonriente que le recordó a Reese Witherspoon en *Una pija muy legal*—. Lleva gafas de pasta y es un poco más delgada, pero con la ropa adecuada pasará.

—¿Tú de finolis? Me voy a divertir mucho viéndolo.

—Por suerte estás aquí y me puedes ayudar con la vestimenta.

—¿Y si le da por aparecer?

—Lo dudo. Me da que detesta a la familia. Los acusa de su actual internamiento, se ve que se puso bastante en pedo en la última reunión de los Banks y, después de eso, la obligaron a entrar en la clínica. Fui a verla, pero

no conseguí gran cosa de ella, solo que pusiese a sus parientes de vuelta y media. Tras ello, se me ocurrió la idea, tampoco dejaré que nadie me vea, aparte de Davis. Y el día de la boda, ya me las apañaré. Le encomendé a Cameron que descubriese la empresa organizadora. Nos centramos en las más populares sin caer en lo primordial, si quieres privacidad, lo mejor es acudir a una pequeña, de la que nadie vaya a sospechar. —Cogió el móvil y tecleó—. ¿Ves? —Le mostró la web de Finales Felices—. Una empresa familiar. Umm, qué interesante. En el apartado de «Conócenos» se ofrecen como baluarte de la privacidad. Bien, Samantha Davis, pues ha llegado la hora de que la cosa cambie.

—Eres lo peor, tía. —Dio un aplauso—. Pero por si acaso, ¿por qué no van Peter y Cameron en plan prometidos? Igual sacan algo también.

—¿Y por qué no voy contigo, Bea?

—Peter, yo tengo otros asuntos. —Él la interrogó con la mirada. Ella dio un manotazo al aire con la mano.

—Lo sabrás a su debido tiempo.

—Bea... Ni se te ocurra hacer una de las tuyas —le advirtió Andrea.

—¿Yo?, ¿por quién me tomas, amiga? Voy a descansar, como me habéis indicado todos. Necesito reposo.

—Sí, y las ranas vuelan —ironizó Andrea—. Prométeme que Bea Martínez no pondrá un pie en Finales Felices mañana.

—Te lo juro. —Alzó la mano y se besó el índice y el pulgar. No mentía. Bea Martínez Saez no se presentaría ante nadie porque sería sor Beatriz. Sonrió enigmáticamente; captó la mirada aterrorizada de Peter y el taco que su amiga soltó por lo bajo.

Al escucharla, Bea rio. Le encantaba Andrea. Si uno se fijaba en el exterior solamente, aparte de quedar absolutamente embobado porque era un primor con su melena rubia larga, brillante y sedosa, y esos ojos grises que se te clavaban en el alma, pensaría, muy erróneamente, que era una tímida joven, con rostro de facciones delicadas, semejante a un ángel. Pero entonces la tía abría la boca y se destapaba el caos, lo que indudablemente le chiflaba a Bea. Ese genio la conquistó desde el primer día que la conoció junto a Ruth, cuando la confundieron con la amante de Nicolás, marido de Sara. Al enterarse de que era su hermana, Bea la acogió bajo su ala y la bautizó como una más de las

mosqueteras. Y lo mejor era que estaba completamente loca, lo que sintonizaba a las mil maravillas con ella.

Andrea les contaba siempre sus aventuras, había hecho auténticas locuras por conseguir una información. Una vez, incluso, y esta era su favorita, había sido capaz de hacerse pasar por *stripper* para destapar los gustillos secretos de un político. Bea soñaba con vivir una experiencia de esas y por eso, cuando se le presentó la oportunidad, no lo dudó. Esta vez, actuaría al lado de su amiga. No era la primera investigación que llevaba a cabo y seguramente no sería la última. Todavía recordaba con emoción cuando había espiado al bombón de Nicolás junto a Sara, o cuando había ayudado a Ruth a desenmascarar al topo de su empresa que pasaba información a la competencia, o cuando se había hecho pasar por profesora para conquistar a su amigo Andreas, que finalmente se casó con Brina, ya que Bea se había dado cuenta de que su verdadero amor era Peter, el que la ponía como una moto.

«Oye, y hablando de eso...». Echó una ojeada a su hombre de arriba abajo y sintió un estremecimiento. «Vale, esto va a sonar auténticamente raro, pero tiene su cosa con esos colmillos y esa pinta. Me está dando un *morbazo* que no veas». Se acercó por atrás y le agarró una nalga. Él dio un brinco. Observó que Andrea se alejaba hacia la cocina y se pegó a Peter para susurrarle en el oído.

—Tengo un poema para ti, cariño.

—¿En serio? Sabes cuánto me encantan. Yo también he compuesto una oda a tu belleza, amazona. Pero te lo declamaré después, cuando tenga ese cuerpo de Venus para mí solito. Venga, suéltalo —la animó emocionado, Bea no solía arrancarse así, quizá el museo la había impresionado tanto como a él. La cogió de las manos y cerró los ojos.

Ella sonrió, carraspeó y pronunció:

—¡Oh, mi señor! Si pudiese pedir un solo deseo, no sería la luna, ni las estrellas. Pediría ser tu vampiresa para robarte el alma y... —Él la miró con todo el amor que sentía y aguardó el gran final— ¡Ponértela tiesa!

—¡¡Bea!!

Ella rio fuertemente.

—Es que me está dando un calentón... Hazme el amor, guerrero mío.

—En seguida mi dama vampiro zombi.

—¿Otra vez? Ya te lo he dicho. No pega. O somos una cosa o la otra.

—Ya hemos tenido esta conversación. Somos un híbrido.

—¿Y eso qué coño es? Te lo has inventado, reconócelo.

—Por supuesto que no. Soy experto en la materia. Mi amor, créeme, tú de esto no entiendes.

—Coño, ni tú, ¡ni que fueses un muerto viviente!

—Tengo amplia experiencia en el tema. He leído mucho y si te digo que soy un vampiro zombi, lo soy...

Andrea rio mientras los escuchaba alejarse. Cogió el móvil y marcó; tras unos tonos, descolgaron.

—¿Sara?

—*Hombre, cuñada, ¿cómo estás? No me digas que Bea ha hecho de las suyas; le dije que no era buena idea, pero ya la conoces, cuando se le mete algo...*

—Qué va, si me lo estoy pasando pipa con ella. Además, me ha ayudado mucho hasta ahora. Es un lince para estas cosas.

—*Ah, sí. Cuando quieres enterarte de algo, solo basta con preguntarle. Parece la guía de páginas amarillas.* —Su voz se notó más distante—. ¡Ruth, para! —Escuchó Andrea que decía—. *Sí, sí, es Andrea. Está bien. Saluda.*

—¿Andrea? —La voz de Ruth la recibió—. *¿Cómo estás, tía? Dime que mi Bea ha sido terriblemente mala y te ha metido en mil follones.*

—¿No se supone que eres mi amiga?

—*Oh, vamos, compadéceme. Estoy muy aburrida. Daniel no me deja ir a ninguna parte y a duras penas lo he convencido para venir a casa de mi hermana. Ese hombre es imposible.*

—No, te quiere y se muere de preocupación. Estás a punto de parir, nena. Por cierto, ¿a qué esperas?

—*A Bea.* —Rio—. *Me lo dejó bien claro. O retrasaba el gran momento hasta que regresase o dejaba a mi bebé huérfano de madre nada más nacer, así que aquí me tienes aguantando. Y Marcos, al parecer, tampoco tiene prisa por salir.*

—En cuanto acabe con esto, viajo para allá, que quiero conocer a mi nuevo sobrinito.

—¿Ehhhh? ¡¡Oye!! *Te dejo, que la pesada de Sara me arranca el teléfono.*

Chao, cuídate y haz muchas locuras que luego me las tienes que contar y lígate a un tío, que solo faltas tú. ¿Andrea?

Sara regresó a la llamada.

—¿Va todo bien?

—Sí, sí. Solo quería preguntarte por Sofía. ¿Qué tal sus primeras clases?

—*Bien, aunque todas las mañanas intenta manipular a tu hermano, ¡qué gracia me hace! Le suplica que no la lleve al cole con lágrimas de cocodrilo y le dice que lo quiere mucho y que es el mejor papi del mundo. El tonto siempre me llama diciéndome si no la puede acercar más tarde. Cada vez que la deja sale medio llorando. Lo mejor es que la maestra me contó que Sofía disfruta mucho, es muy participativa en las actividades y ya se ha hecho un montón de amiguitos. Me temo que el mal de mi hija es el mismo que el de Bea, odia madrugar.*

—Está preciosísima. Bea me enseñó las fotos de la boda y casi me la como.

—*Sí. Qué rápido crece.*

—Bueno, te dejo, que sé que estarás liada con la nena. Dale recuerdos a mi hermanito.

—*Eso está hecho. Y tú saluda a los recién casados y diles que nos llamen, que nos tienen olvidados.*

Andrea se despidió y colgó. Luego, se fue a su habitación y examinó la fotografía de Heather Brown. Al día siguiente haría la mejor actuación de su vida.

«Prepárate, Sam Davis, porque allá voy», susurró con una maléfica sonrisa.

—Cielo, ¿estás llorando? —preguntó, incrédulo, Peter.

—Es que... —Bea hipó—. Mírala, dispuesta a comerse el mundo. —Dio un repaso con la mirada a su amiga que, bajo sus expertas manos, se había convertido en Heather Brown. Llevaba un vestido rosa, chaqueta de cuero blanca, unos botines también rosas, bolso y gafas del mismo tono y el cabello suelto y ondulado. Le faltaba el Chihuahua y sería la monda. Soltó un sollozo —. ¡Cómo pasa el tiempo! La nena se ha hecho mayor.

—Cariño, la *nena* tiene casi treinta años y solo hace tres o cuatro que tú la conoces.

De pronto, Bea reparó en su presencia y frunció el entrecejo.

—¿¡De dónde has sacado eso!?

—Es mi túnica del cortejo, ¿no la recuerdas?

—Claro que sí. Digo que qué hace aquí. —«¡Si la escondí!», murmuró para sí. Esa tela mustia a la que su marido le tenía tanto aprecio era más horripilante que el pareo que había lucido Sara durante todo el verano pasado. Se asemejaba a un vestido, le llegaba hasta los tobillos y cubría sus brazos. Lo único destacable era la tonalidad, de un azul cielo. Bea había tenido la mala fortuna de *conocerla* el mismo día en el que se enteró de que su peculiar maridito pertenecía a una especie de orden medieval que, para más inri, dirigía.

—Es muy extraño, cariño. Juraría que la metí en la maleta, pero cuando buscaba mi antifaz. —Miró a Andrea y añadió—: Es que lo necesito para dormir. Bueno, eso, que cuando lo buscaba por la zona de arriba del armario, resbalé. Me agarré sin éxito a lo primero que alcancé, o sea, tu ropa, y acabé cayendo al suelo junto con las prendas. Y entre todas ellas, la vi. —Sus ojos

se iluminaron.

—Vaya —replicó Bea—. Qué suerte, ¿no? —Peter, que sonreía dichoso, no notó la ironía que emanaba de las palabras de su mujer.

—Ya te digo.

Andrea lanzó una carcajada y le guiñó un ojo a Bea.

—Me pregunto cómo acabaría allí... —especuló, con total inocencia, Bea.

—¿Verdad? —Peter se mordió el labio—. Menos mal que la encontré. Jamás podría presentarme a la reunión sin ella. La ilustre prenda me fue transferida por el anterior señor de los Trotamundos y a tal acontecimiento solo puedo ir con mis mejores galas. Espero que hoy no se me dañe. Cariño, traje tu vestido.

—¿Sí?

—Apareció también junto a las ropas que se me cayeron. ¡Qué ilusión! Tengo unas ganas...

—¿De qué habláis?

—Una cena, Andrea.

—Iremos a conocer al señor de Rowland. Bea está emocionadísima.

—Sí, salto de dicha —susurró con aspereza.

—Habrá de todo; banquete, justas, danzas. Y yo —se sonrojó— tocaré el arpa mientras mi hermosa dama deleita a los presentes con su exótica voz.

—Ostia. ¿Vais a grabarlo? Creo que a las chicas les gustará.

—Pues no contemplé la posibilidad, pero si tanta ilusión les haría...

—No, cariño. —Bea taladró a Andrea con la mirada—. Podríamos ofender a nuestros anfitriones.

—Tienes razón. Quizá quieras venir...

—Eso, Andrea. —La malicia destelló en los ojos azules de Bea—. ¿Por qué no te animas?

—Lo siento, os lo agradezco, de verdad. Es todo un honor, pero con la boda tan cerca... Tengo mucho trabajo todavía. Puede que a la próxima.

—Ya —replicó Bea—. ¿No te ibas? Venga, fuera los dos. —Les dio un empujoncito y, antes de cerrar, se despidió de Peter con un ardoroso beso.

La joven esperó impaciente. Contó hasta cinco y, cuando imaginó que estaba fuera de peligro, corrió hasta la habitación, directa a la maleta. Halló lo que buscaba y, con una amplia sonrisa, se lo puso. El espejo le devolvía la imagen de sor Beatriz. Se arregló el velo negro y arrugó la nariz al contemplarse, sacó

unos mechones que quedaron fuera de la franja blanca y sonrió. Perfecta. Asintió y agachó la cabeza para acomodarse el resto del hábito cuando una voz la sobresaltó.

—¡Santa María madre de Dios!

—¡¡Peter!! ¿Qué haces aquí?

—Me olvidé la cartera. —No podía apartar los ojos de ella—. Te has traído el disfraz —relinchó—. Ay, hermana, perdóneme porque ahora mismo tengo pensamientos de lo más impuros sobre usted. —Se acercó a ella con ojos hambrientos, casi desesperados.

—Cariño, solo me lo probaba para...

—Ven aquí —le ordenó salivando.

—Pero te están esperando y... —Su marido la miraba con tal deseo que Bea se inflamó—. A la mierda. —Se abalanzó sobre él—. Dame esa vara, hijo mío. —Agarró con pasión su endurecido miembro—. Vamos a expiar tus pecados...

Sam Davis paseaba por los amplios jardines, con vista de lince. Se aseguraba de que todo quedase en concordancia con los deseos de la joven pareja. Maldijo una y otra vez a ese tal A.R. por haber publicado la noticia del enlace; su intromisión le había causado grandes inconvenientes. Pese a lo que le asegurase a los novios, cambiar la localización en último momento era una locura. Menos mal que no era la primera vez y que sabía cómo actuar ante tal eventualidad.

Se acercó a unas mesas y comprobó los detalles. Su móvil comenzó a sonar, observó la pantalla y se extrañó al ver que era su socia.

—¿Marga? ¿Qué ocurre?

—*Sam. ¿Te queda mucho?*

—No. ¿Por qué?

—*Necesito que vengas. Tienes una visita esperando en tu despacho.*

—¿Quién es? No recuerdo haber concertado una cita para hoy.

—*Una de las damas de honor de la señorita Banks.*

—¿Qué quiere?

—*No lo sé, pero nunca antes la habíamos visto.*

—Imposible. Me entrevisté con todas, tú misma me acompañaste.

—*Espera, que tengo aquí su nombre. A ver... Ah, sí. Heather Brown.*

—Mierda. Me dijo que no vendría. Joder. Voy para allá. Dile que me espere.

Sam colgó y se dirigió hasta su coche. Dos horas después estaba frente a su pequeño negocio Finales Felices. Aparcó y entró como una exhalación por la puerta. Buscó a Marga y la halló saliendo de su despacho. Al verlo, se apresuró a darle alcance.

—¡Sam! Menos mal que ya estás aquí. ¡No sabía qué más hacer! Hasta la he mandado a comprar unas revistas —susurró—. Le acabo de servir un café porque se estaba impacientando. Pasa, anda.

Asintió y penetró en el interior de su habitáculo privado. La desconocida no se percató de su presencia, pues se encontraba muy absorta buceando entre sus documentos. Él carraspeó, sobresaltándola.

—¿La ayudo?

—Yo... —La rubia tosió y se enderezó. Al verlo, tiró varios papeles y farfulló un «me cago en la puta» antes de encararlo—. Estoy esperando a la señorita Davis.

Él alzó una ceja al escucharla y, tras unos segundos de sorpresa, soltó una sonora carcajada. Cuando consiguió serenarse un poco, escrutó con la mirada a la esbelta rubia y tuvo que concentrarse para no soltar un aplauso. Espléndida, no solo por su físico, que lo era y mucho, sino más bien por su actuación.

La mujer, una auténtica belleza de cabellos dorados y rostro delicado, aleteó las pestañas y soltó una risita que le hizo contemplar sus carnosos y atrayentes labios. Él, a su vez, sonrió, fijándose en sus ojos claros, donde leyó la verdad. A pesar de las gruesas gafas, sus vestimentas y gestos refinados, sus iris le mostraron una inteligencia mal disimulada y una pizca de, ¿qué era? ¿Astucia? ¿Valentía?

Iba completamente de rosa, tanto, que empalagaba. Su físico ciertamente era muy parecido al de la señorita Brown, aunque un poco más proporcionado en algunas zonas, como la delantera. Y tenía el trasero muchísimo más redondeado, tanto, que se vio en serias dificultades para ocultar su casi

evidente deseo.

Con paso decidido, la rodeó y se refugió tras su mesa, sin perderla de vista. La mujer rezumbaba pasión por cada poro de su piel, y Sam se descubrió queriendo alcanzarla, tocar la suavidad de esa piel que se adivinaba sedosa, sentir el tacto de su cuerpo desnudo y esos turgentes labios estremeciendo su miembro con besos húmedos...

Desconcertado por esos pensamientos, tan poco propios de alguien como él, que se las daba de sereno, extremadamente correcto y con un férreo dominio de sí mismo, movió la cabeza con ahínco e intentó desviar las eróticas imágenes que desfilaban por su mente. ¿Qué tenía aquella mujer que lo conmovía tanto? Samuel Davis, el infranqueable, como lo apodaba su abuela, se había visto sometido por una fémica de aspecto de ángel y mente retorcida, capaz de la peor de las artimañas, pues si de algo estaba seguro, era que esa víbora pretendía suplantar a la señorita Brown.

Quizá podría habérsela colado, ya que debía reconocer que la imitación era buena, buenísima en realidad. Pero él no era un principiante y, si algo había aprendido tras heredar la pequeña empresa familiar, era que siempre debía ir un paso por delante. No podía presumir de auténtica privacidad para sus clientes si a la primera de cambio lo engañaban. Estaba más que vacunado contra todo tipo de periodistas, paparazis e incluso fans obsesionadas con saber más de sus ídolos.

Se preguntó si ella estaría allí por Alex Sinclair y, al pensarlo, sintió un estremecimiento de rabia. Algo totalmente ridículo porque la acababa de conocer y, encima, pretendía embaucarlo. Por fortuna, jamás dejaba un cabo suelto. Y la verdadera Brown, sin duda, tampoco lo era. Había hecho bien sus deberes y no se conformó solo con las fotografías que había hallado de la joven en Facebook. La visitó y estuvo conversando con ella unos minutos. Por ello, podía afirmar con rotundidad que esa rubia no era la misma bobalicona e inmadura que conoció en el centro de rehabilitación.

Se preguntó hasta dónde llegaría. Y, con una sonrisa lobuna y una anticipación poco inusual en él, decidió descubrirlo.

—Bien, pues aquí me tiene. Samuel Davis a su servicio, ¿usted dirá?

—¡Quéeee!

Andrea contempló atónita al tío que estaba frente a ella, sin dar crédito a sus palabras. Tuvo que sentarse, inspirar fuertemente y parpadear varias veces. «Joder», atinó a pensar. ¡Samantha Davis era realmente Samuel Davis! ¿Cómo coño se le había podido pasar tamaña información? Ella, que se las daba de lince en su profesión. Y encima, como diría Bea, ¡menudo espécimen! Samuel Davis era la antítesis de la fealdad. ¿Sería demasiado pedir que fuese calvo, barrigudo, chepado y con un rostro de los que costaba mirar? Ciertamente, porque el maldito estaba como un tren. Perfecto.

Lo repasó lentamente y apreció los músculos que se escondían tras un traje chaqueta gris que definía su atlético cuerpo. La mandíbula era recia, viril y marcada; sus labios finos, el cabello sedoso y de color miel. Y los ojos... Aiiis, ¡qué ojos! Verdes, intensos, hipnóticos y... ¿Qué era eso? ¿Una chispa de diversión? ¿Qué mierdas le hacía tanta gracia? ¿Ella?

—¿No va a contestar?

—¿Eh? —«Mierda, Andrea. ¿Eso es lo único que se te ocurre? Un puto “¿eh?”». Menudo ingenio el tuyo, maja», se regañó mentalmente.

—Le preguntaba, ¿qué desea?

—Pues verá. Como sabrá, y si no, le informo yo, soy prima de la novia. Bueno, no de sangre porque Enriqueta Banks, que es mi tía, no es la verdadera madre de Regina. Pero, vamos, como si lo fuésemos. Nos queremos muchísimo. —Él se cruzó de brazos, divertido—. Por eso, estoy aquí. Como comprenderá, no podía perderme la boda de mi adorada prima, aunque le rogaría que no comentase nada. —Soltó unas risitas estridentes—. Es una sorpresa.

—Vaya, qué conveniente —repuso él.

—¿Decía?

—Que es sorprendente lo que hace usted por ella, señorita...

—Heather Brown. —Le tendió la mano. Él se la estrechó—. Quería conversar con usted, conocerlo y ponerme al día, me he perdido mucho, ¿sabe?

—Ya, imagino.

—También quisiera ofrecerme para ayudarlo con cualquier cosa, señor Davis.

—Tutéame, por favor. Esta es una empresa familiar y así nos gusta tratarnos. Llámame Sam, como todos.

—Está bien, pero entonces insistiré en lo mismo. —Él asintió, sonriente—. ¿Puedo preguntarle? —Él carraspeó—. Perdón, preguntarte, ¿cómo es posible que seas tú el *wedding planner*? No es muy usual en un hombre. No me malinterpretes, no pongo en duda tu desempeño, seguro que eres de los mejores, y más si Regi te ha escogido, pero me choca, eso es todo.

Él se tomó unos segundos para contestar, interrogándola con la mirada, como si no se decidiese a hablar. Andrea se mordió el labio, expectante. Estos datos le vendrían de perlas para el artículo. Finalmente, él contestó:

—Mi abuela creó la agencia. Se supone que debía asumirla mi madre, pero ella siempre tuvo un espíritu inquieto. Conoció a mi padre en la carrera; son arqueólogos y se pasan la vida viajando e investigando restos antiguos. Ahora mismo están en México. Me crié aquí, con mi abuela. Y desde siempre he sentido estos pequeños muros como mi hogar. Ella me traía tras la escuela y yo la observaba admirado mientras atendía a sus clientes. Le decía que algún día sería su socio y, para desgracia de mis padres que soñaban con que me uniese a su equipo, estudié empresariales y asumí la parte administrativa del pequeño negocio familiar, aunque poco a poco me fui involucrando más y ahora hasta me encargo de supervisar personalmente todo el proceso. Me gusta tratar con los proveedores y dar el visto bueno antes de que los novios vean el resultado final.

—¿No te sentías solo de pequeño? —le preguntó impulsivamente al captar una sombra de tristeza tras su discurso. Él desvió el rostro y se encogió de hombros, aparentando indiferencia.

—Intentaron llevarme con ellos en alguna ocasión, sobre todo, en verano,

pero ese no era mi sitio. Odiaba todo aquello. Ellos, durante un tiempo, se asentaron, sin embargo, la acción los llamaba y les impedía languidecer de aburrimiento. Al final cedieron, dejaron la docencia, que es a lo que se dedicaron algunos años, y volvieron. Yo tenía a la abuela y siempre me mandaban postales, cartas o llamaban, así que no fue tan duro como parece.

Andrea le sonrió y se sintió identificada con esa tristeza que adivinaba muy oculta en él. Se le oprimió la garganta y se esforzó por apartar de sí su propia tragedia. Ella lo comprendía porque, cuando era todavía muy joven, perdió a su madre y, con ella, se había marchado una parte de su padre también, que se había sumido en el abatimiento. Nicolás, su hermano, se había apartado de cuantos los rodeaban, pues se culpaba de la muerte de su madre, que fue atropellada por un conductor ebrio cuando acudía a su graduación, tras haberle prometido que esa vez no faltaría. Andrea siempre supo que Nico seguiría sus pasos y así fue, gracias a Sara superó su pena y ahora era un gran abogado, como su madre.

Enrique Rico, su padre, había recuperado su maltrecho corazón cuando conoció a Adela, la dicharachera madre de Sara, que también era viuda. Ahora estaba felizmente casado con ella y, aunque Andrea adoraba a su madrastra, que se había convertido en una segunda madre, seguía añorando el recuerdo de aquella cálida mujer que cada noche le contaba a modo de aventura los casos a los que se había enfrentado en el juzgado.

—Entonces, ¿esto realmente te gusta? ¿O lo haces por tu abuela? —En los pocos minutos que lo conocía y tras saber de su historia, la mente de Andrea ya había tejido un sinfín de conclusiones sobre el atractivo hombre que tenía delante. Se había esforzado muchísimo para ser la antítesis de sus padres. Serio, perfeccionista, cuadriculado y, sobre todo, con un gran sentido de la responsabilidad. Prueba de ello era que seguía luchando por mantener a flote la empresa de su abuela, la persona que más lo había apoyado. No se lo imaginaba haciendo una locura, es más, casi apostararía a que lo hubiese hecho alguna vez.

Andrea se sintió intrigada. Sam Davis era un hombre singular.

—Fui el primero de mi promoción. Me ofrecieron varias ofertas al terminar, pero siempre tuve claro que mi lugar estaba aquí. Parecerá extraño, pero realmente me gusta mi trabajo, disfruto con él —confesó, algo cohibido.

Ella sonrió confirmando sus sospechas, se le daba bien juzgar a la gente y, al parecer, no se equivocaba con él.

—Eres un romántico —afirmó Andrea y para sí pensó en que sí parecía romántico, pero ciertamente de los comedidos. No veía a Sam asaltando un castillo al estilo Bea, ni secuestrando a su chica como hizo Daniel, el marido de Ruth. Y mucho menos embaucaría a una mujer, la emborracharía y le sonsacaría el «sí, quiero», al estilo de su hermano Nico. No. Sam era de los que cortejaban, pedían permiso y se arrodillaban. Mierda, era de los suyos. Y es que, en el fondo, pero muy en el fondo, Andrea siempre soñó con un compañero así. La señal de peligro se encendió en su interior e intentó convencerse de que ese hombre era un objetivo para conseguir un fin, es decir, información para cubrir el enlace, nada más. En cuanto saliese de allí se debía olvidar de él. Se lo repitió una y otra vez mientras lo escuchaba embobada.

—Mi abuela cree en los finales felices, de ahí el nombre. Supongo que me lo ha contagiado. Pienso que el verdadero amor existe y cuando uno tiene el gran privilegio de encontrarlo, ha de mimarlo cada día como si fuese el último. Las bodas, por muy preciosas que sean, son solo el inicio de la historia. El punto y final no existe porque cada día se tiene que trabajar. Aquí —señaló la estancia— damos forma al cuento, pero son los novios los que tienen que aportar el contenido.

Andrea suspiró, emocionada. Él pareció avergonzado con sus palabras.

—Y tú, Sam. ¿Lo has encontrado?

—¿El amor? Bueno, todavía no he tenido tiempo. —La miró intensamente—. Pero te aseguro que cuando aparezca mi media naranja, no la dejaré escapar. —Sonrió.

Andrea huyó de la intensidad de sus ojos y se removió inquieta en la silla. Ese hombre le provocaba una sensación extraña.

—Me gustaría conocer a tu abuela. ¿Ella también se encarga de la boda de mi prima?

—Sí.

—¿La veré pronto? —insistió. La mujer también podría aportar algo.

—Ya lo has hecho.

—¿Ah, sí?

—Te ha servido un té.

—¿Margaret?

—La misma.

—Pero...

—Aquí soy su socio, o eso dice ella, que considera que el «abuela» la envejece, así que hasta que salimos de la agencia es Margaret.

—¿Cuándo visitarás el local? —cambió ella de tema—. Me gustaría acompañarte. Conociendo a Regi, debe ser una pasada. ¿Está cerca? Podríamos echarle un vistazo, tengo algunas ideas que quisiera enseñarte.

—Te agradezco la ayuda, pero he de declinarla. Verás, hemos tenido unos problemillas. —Pensó en el tal A.R. y se dijo que era mucho más que un problemilla. De hecho, era un jodido grano en el culo—. Y los novios prefieren mantenerlo en secreto hasta último momento.

—Ya, pero, hombre, soy de la familia. Seguro que Regi estaría de acuerdo.

—No sé, si quieres, la llamamos y le preguntamos —le sugirió sumamente divertido. El pánico se reflejó en su bello rostro. «A ver cómo sales de esta, preciosa».

Andrea taconeó con el pie derecho mientras tensaba los labios. «Piensa, joder, piensa», se dijo, pero no se le ocurrió nada brillante. Se tocó el puente de la nariz y decidió fingir preocupación.

—Luego. Ahora, cuéntame, que me has dejado muy alterada. ¿Qué ha pasado? Espero que no sea nada grave. ¡He estado tan ausente! Me siento fatal. Regi es como una hermana, y yo... —Bajó la cabeza, se pellizcó el ojo con la uña y forzó la salida de las lágrimas. Sam podría habérselo tragado si no la estuviese observando tan atentamente. Rio al ver su treta—. Han sido unos meses terribles. Imagino que lo sabrás. —Sam la elogió mentalmente, ¡tenía el descaro de parecer contrita!—. Me avergüenza reconocerlo, pero he estado recuperándome en una clínica de rehabilitación.

—Sí, algo de eso oí.

—Ah.

—Tampoco mucho. Tu familia es muy discreta, ya sabes.

Ella pareció más tranquila.

—Claro. Entonces, ¿qué pasó?

—Nada, lo de siempre, los periodistas. —La examinó con minuciosidad—. Esos malditos carroñeros que meten la nariz donde no les importa.

—Alex es muy famoso. Es normal que quieran publicar su boda, al fin de cuentas, es a lo que te expones cuando eres un personaje público —replicó ella, algo áspera.

—Deberían respetar los deseos de la pareja. Si quisiesen vender la exclusiva, lo harían, pero ellos buscan privacidad, cosa que está siendo casi imposible porque se han empeñado en fastidiar la boda y joder mi trabajo.

—Bueno, Sam —ella forzó una sonrisa—, ellos también hacen el suyo. Recuerda que Alex es quien es gracias a la prensa. Además, muchas veces, los periodistas también salen mal parados.

—Si no se metiesen donde nadie los llama, no les pasaría.

—O si no hubiese gente insoportable, su faena sería más sencilla. —Un duelo de miradas se desató entre ambos—. Luego bien que se acuerdan de ellos cuando quieren impulsar su carrera —profirió tirante.

Sam se repantigó en la silla, ¡por fin empezaba el juego! Y por la rabia que leía en sus ojos, estaba dando en el centro de la diana. Se dijo que debía tensar más la cuerda.

—Y no hablemos de los del corazón. Esas víboras venderían hasta a su propia madre para conseguir una exclusiva. Siempre me pregunto hasta dónde son capaces de llegar —la perforó con sus ácidas palabras.

Andrea comenzó a preocuparse, ¿habría descubierto su argucia? Decidida a relajar la tensión, emitió una risita tonta.

—Ahí tengo que darte la razón, son unos pelmas. Pobre Regi.

Sam no dijo nada, se limitó a mirarla. «Vale. Ha llegado el momento de partir», pensó Andrea. Le molestaba no haber sacado gran cosa, pero lo volvería a intentar. Si poseía una cualidad, era la perseverancia o, como decía su padre, la tozudez.

La puerta sonó, y tras el «adelante» que pronunció Sam, Margaret asomó la cabeza.

—Sam. Ha llamado Alex, quiere que comáis juntos. Por lo visto, está algo agitado por el cambio de sitio. Le he dicho que no se preocupe, que la mansión está quedando genial. Es una zona preciosa y estoy convencida de que el resultado les encantará. —Tras su perorata, desapareció.

Andrea se relamió. ¡Por fin!

Sam vio el deleite en su rostro y maldijo por lo bajo. Quiso borrarle la

satisfacción.

—Mira qué bien. —La miró—. Vienes, ¿no?

—¿Dónde?

—A la comida. A Alex le agradecerá saludarte. Imagina qué feliz se pondrá cuando sepa que vienes a la boda.

—Es sorpresa, ¿recuerdas?

—Solo para Regina. Venga, vamos.

—Yo... —Se levantó apresuradamente—. Lo siento, de verdad. Quizá a la próxima. Tengo que volver a la clínica y...

—Tranquila, los llamaré y les informaré que estás con nosotros. ¿Me dices el número? —Su desconcierto lo animó—. Nada, lo busco en Google. —Encendió la pantalla de su ordenador y tecleó—. Ajá, aquí está. —Cogió el teléfono de su mesa y marcó. Andrea corrió hacia él y lo obligó a colgar. Él arrugó la nariz.

—Están durmiendo. Es mejor no molestar. Podemos alterar a los pacientes.

Sam miró su reloj.

—¿A la una?

—Uy, te sorprenderías al saber qué horarios tenemos. Hacemos más siestas que un bebé. —Cogió su bolso—. ¿Nos vamos? Te seguiré en mi coche.

—De eso nada. ¿Qué caballero sería entonces? Vendrás en el mío.

—Oh, genial —musitó, pero su cara decía todo lo contrario.

Sam aguantó las ganas de reír, impaciente por descubrir su próxima jugada.

Andrea se vio obligada a salir de allí con ese energúmeno. Al pasar por la mesa de Margaret, vio a Peter y Cameron conversando con ella y rezó para que a ellos les fuese mejor.

Sam aparcó frente al restaurante en el que lo había citado Alex Sinclair y, tras salir de su BMW M5 negro, abrió la puerta del copiloto y ayudó a la falsa señorita Brown a bajar. La acompañó hasta la entrada y le cedió el paso. Una vez dentro, se acercó a la recepcionista y le indicó la reserva que tenían. La morena buscó en su listado y, al hallar su nombre, los invitó a seguirla. Los condujo hasta una mesa del fondo.

Andrea había hecho muchas locuras en su profesión, pero esta se llevaba la palma. Estaba segura de que en unos minutos caería el telón, mas para su asombro, al alcanzar la mesa, pudo comprobar que Alex Sinclair todavía no había llegado. Aprovechando la ventaja que tenía, se excusó y le preguntó a la empleada sobre la localización del servicio. Vio que a Sam no le hacía ninguna gracia, y ella le sonrió radiante sabiendo que no podría impedirle el paso. No si quería quedar bien con esa tía que se lo comía con los ojos.

Casi volando se dirigió hasta el baño. Penetró con tanto ímpetu que arrolló a una pobre mujer que intentaba salir, se disculpó y, para su más absoluto gozo, comprobó que la gran ventana daba al exterior. Trepó por ella como pudo y se lanzó a la calle.

Cayó de morros.

—¡Dios mío! ¿Se encuentra bien?

Andrea alzó la cabeza y el corazón casi se le sale del pecho. Ante ella estaba el famoso actor, diana de su pluma cada mes. Él la ayudó a levantarse y le sonrió.

—Gracias —musitó Andrea. Se arregló la ropa y recogió el bolso que él le tendía—. Juro que parecía más fácil en mi cabeza —bromeó.

—¿Huyendo de un admirador?

—Algo así.

—Umm. Creo que te copiaré la inventiva.

—No sé yo si es buena idea. Saldrías en todas las portadas al minuto: «¡Exclusiva! Alex Sinclair escapa de sus fans por la ventana del baño y cae de morros al suelo».

Él dejó de sonreír y alzó una ceja. Por un momento, se preguntó si no estaría ante una periodista. Eran capaces de cualquier cosa por sonsacarle información, incluso de perpetrar ese estrambótico encuentro. Se sintió desolado. La fama le había dado mucho, pero también lo había privado de pequeños placeres, como el ir a comer a cualquier sitio sin molestias.

—Vaya, veo que sabes quién soy.

—¿Realmente hay alguien que no lo sepa?

—*Touché*. Entonces, ¿te vas ya?

—Me temo que sí, antes de que descubran mi ausencia.

—Si puedo ayudarte en algo...

—No, pero gracias. —Se alejó unos pasos y silbó para llamar a un taxi; antes de subir, se giró y vio que Sinclair aguardaba su marcha—. Un consejo. Deshazte de esa horrenda gorra y, por favor, tira esas aparatosas gafas. Van a reconocerte igual, así que da un espectáculo al entrar allí y aparece sin tapujos. Deja de esconderte y sonríe, que siempre sales muy serio en los robados —señaló divertida.

El atractivo actor llevaba unos ceñidos vaqueros, una camisa de cuadros y chaqueta de cuero negra. Intentaba cubrirse el rostro con unas lentes de culo de vaso y una gorra que se había calado hasta la frente. Él rio y asintió con la cabeza. Se desprendió de lo que le ocultaba y le sonrió.

—¿Mejor?

—Mucho —afirmó ella antes de subir al taxi y desaparecer.

Sam no dejaba de mirar hacia atrás, esperando el regreso de la mujer. Sintió un revuelo en la entrada y supo que su cita había llegado. Los cuchicheos, los flashes de los teléfonos móviles y los gritos anunciaban que Alex Sinclair se aproximaba. Él, al contrario del resto de comensales, no estaba pendiente de esa aparición, solo deseaba que la rubia mañosa volviese, pero su yo interior ya le había advertido que esa tramposa había escapado del aprieto.

Sin aguardar a Sinclair, se levantó y caminó hacia el servicio. Se apostó ante

la puerta de señoras y esperó pacientemente. Cuando salieron varias mujeres, las interrogó, pero ninguna reconoció dentro a una joven rubia de sus características. Maldijo varias veces.

Abrió la puerta y entró. Varias mujeres protestaron encarecidamente al verlo, pero él las ignoró. Comprobó que el gran ventanal permanecía abierto y se asomó por él para ver que daba al exterior. Al ojear la calle, observó en el suelo un objeto rosa que reconoció como una de las pulseras de lazo que llevaba la chica, anudada a la muñeca. Soltó varios insultos y cerró de golpe el cristal.

—¿Sam? —Se dio la vuelta y se encontró con Alex, que lo miraba ceñudo —. ¿Todo bien?

—No —refunfuñó—. Bueno, sí, tranquilo, no importa.

—¿Qué haces aquí?

—Es una larga historia, amigo. —Le puso una mano en el hombro y lo condujo a la salida—. Digamos que alguien ha decidido volar del nido. Pero ¿sabes qué? Al final la capturaré y pienso encerrarla en una jaula, con cuatro candados si hiciese falta.

—¿Eh? —Alex se preocupó. Vio como Sam se revolvía el pelo y se restregaba los ojos, donde ya se dibujaban arrugas de tensión. Ese hombre, que desde que lo conoció era un modelo de serenidad, parecía sumamente alterado. A ese paso le salían canas en unos meses. De pronto, una ocurrencia vino a él—. Espera. Ese pajarillo del que hablas no sería rubio y vestía escandalosamente de rosa, ¿no?

Sam paró de golpe. Y lo cogió por los hombros.

—¿Las has visto? ¿Dónde está?

—¡Joder! ¡No me digas que tú eres el ligue del que huía por la ventana!

—¿¡Qué!?

—La pobre chica estaba escapando de un acosador.

—Un... ¡¡Un acosador!! La madre que la... No, Alex. Ella es la acosadora. Otra fisgona que pretende mandar al traste esta boda. —Se atusó el desarreglado cabello una vez más.

—¿Cómo? A mí me pareció muy agradable.

—Todas lo son.

—¿Todas?

—¡Las víboras!

Alex lo miró asombrado. Sam estaba tan alterado que su pecho subía y bajaba con cada respiración. Se restregó las manos por la cara.

—Pero...

—Me encargaré de ella, Alex. Tú deja de preocuparte.

—No si yo...

Sam levantó el dedo índice para silenciarlo.

—Y luego, iré a por el tal A.R. Está controlado.

—Me parece que esta boda te está afectando demasiado.

—Es mi trabajo que así sea. Pedisteis un enlace privado y como que me llamo Samuel Davis que eso tendréis. ¡Por mis cojones!

Alex abrió desmesuradamente los ojos al escucharlo. ¿Había dicho «cojones»? ¿Sam? Regina no le creería cuando se lo contase.

Andrea bajó del taxi y se dirigió a su coche casi a la carrera. Al llegar a él, escuchó como la llamaban. Se giró y vio que Peter y Cameron salían de Finales Felices. Fue a su encuentro.

—¿Habéis averiguado algo más? —les preguntó ansiosa—. Yo he podido confirmar el cambio de sitio; creo que es una vivienda familiar.

—Igual podemos ayudarte, jefa.

—¿Os ha dicho algo Margaret?

—No y sí —le contestó Cameron—. Se ha tragado que somos una pareja a punto de casarnos y nos ha acribillado a preguntas; menos mal que Peter tenía las respuestas, yo casi ni he abierto la boca.

—¡Bien hecho, Pet! Al final, tú también tendrás madera de periodista.

—Todo se pega. Verás lo orgullosa que estará mi Bea cuando se lo cuente. He seguido el consejo que me dio anoche: «Siente el cotilleo, hazlo tuyo y pasa a la acción».

Andrea alzó una ceja y, por la cara de Cameron, supo que tampoco entendía nada.

—Estos dos tienen su propio lenguaje, Cam —le explicó.

—Voy a llamarla —anunció, contentísimo.

Andrea rio. Se lo veía inflado como un pavo real.

—Bueno, ¿y os ha comentado algo que nos sea útil? —la interrogó. Cameron era becaria en la editorial. Y estaba a su cargo desde hacía cinco meses, lo que le venía de perlas porque con ella de ayudante eran imparables. La jovencita tenía dos cualidades perfectas para triunfar allí: era temeraria y astuta.

—He intentado reconducir la conversación y, aunque al principio daba rodeos, al final le he sonsacado que siempre obligan a escoger dos lugares por si alguno falla. Por lo visto, tienen archivadas todas las bodas y en esos documentos se contienen las dos localizaciones.

—¿Y por casualidad no sabrás dónde?

—Pues... ¡¡Sí!! Me aseguró que su socio, Sam Davis, las guarda a buen recaudo en su despacho.

—Joder, Cam. Eres la leche. ¡¡Eso es perfecto!! Venga, vámonos. Os invito a comer a los dos. Os lo merecéis. Buen trabajo.

—¿Vas a colarte en el despacho, no?

Andrea soltó una carcajada.

—¿Lo dudabas?

Margaret recogió su bolso y apagó las luces. Salió por la puerta cuando chocó con alguien. Al observarla, se extrañó. La fémina estaba ataviada con un hábito de monja, del que colgaba una amplia cruz en forma de collar, y portaba un bolsito rojo, lo que desentonaba con su vestimenta. Del velo negro le salían varios mechones rubios que coronaban su bonito rostro.

—Oh, disculpe.

—Tranquila, hija. Ha sido culpa mía, venía distraída. —Al ver la puerta, gimió—. ¡No! Dígame que no han cerrado. Venía a hablar con Davis.

—Lo siento, hermana, pero Sam no está aquí. Y yo ya me iba porque esta tarde no abrimos, tenemos pendientes unos asuntos. ¿Por qué no se pasa mañana?

—Vaya. ¡Qué mala suerte! Es que venía de muy lejos...

—¿Puedo atenderla yo?

—¡Oh, hija mía! Es usted un alma bondadosa, cándida, etérea... —Su móvil sonó de nuevo y un Ave María las sorprendió.

—¿No va a cogerlo? Quizá sea importante, hermana.

—Qué va. Es mi mar... —gimió—. Mi martirio, hija. Una novicia que no da pie con bola sin mí. Bien, ¿por dónde íbamos? Ah, sí. Me hablaba usted de los Banks.

—Yo no he... ¡¡No me diga que es del coro!! Sam me dijo que debía llamarlos.

—Eh, sí, sí. Y no cualquiera, hija. Soy la solista. —Se ruborizó—. Es todo un honor, ¿sabe? Llevo años deseando alcanzarlo, pero Sor Andrea siempre me quita el puesto, y eso que parece un grillo. Yo, en cambio, y no es por echarme flores, que soy muy modesta, me asemejo a un ruiseñor. Al final, debía conseguirlo, ¿no cree?

—Emm... Claro. —Margaret no la seguía mucho, pero decidió asentir a verla tan convencida.

—El caso es que el señor Banks en persona me propuso tamaño privilegio, consciente de mis grandes dotes y como regalo para su adorada hija y en recuerdo de la madre de la criatura. Que Dios la tenga en su gloria.

—¿¡Qué!?! ¿Clarise Michael ha fallecido?

«¡Mierda!», pensó la monja.

—Hija mía, no sea usted tan quisquillosa. Hablaba en sentido figurado. ¿No ve que el señor Banks todavía rememora su antiguo matrimonio?

—¿Ah, sí? Tenía entendido que se llevaban a matar.

—Qué va. Son solo apariencias.

—¿Sí? Qué raro. La propia Clarise me lo dijo, por eso rechazó la invitación.

—Ajá. Ahí lo tiene. Regina la echará en falta en ese majestuoso día, y de ahí mi sorpresa.

—Tiene sentido, sí. Además, el señor Banks adora a la hija. ¿Y qué necesitaba?

—Instalarme, hija mía. Dios no me perdonaría que en el gran día desentonase. Como comprenderá, debo reconocer el lugar y ensayar con esmero.

—Si quiere, se lo apunto. —Abrió la puerta de nuevo y señaló al interior con la mano—. Pase, hermana.

—¡Eso sería perfecto! Y llámeme sor Beatriz, por favor.

Andrea se deslizó con sigilo por la ventana que había conseguido abrir, de la parte de atrás del pequeño recinto en el que se alojaba Finales Felices. Se introdujo en el interior y gateó hasta la puerta del que dedujo sería el despacho de Margaret por la llamativa decoración del mismo. El silencio seguía sus pasos, solo interrumpido por el estridente sonido de su barriga, que le recordaba lo mal que le había sentado la comida compartida con Peter, Cameron y una tardona Bea, que había llegado al restaurante casi media hora tarde, según ella, porque no decidía qué ponerse. Pero Andrea, que ya la conocía lo suficiente, intuía que algo escondía, más que nada porque jamás se hubiera retrasado sabiendo que le iban a contar las pesquisas de la incursión de esa mañana. Otro retortijón la hizo maldecir y apretar los dientes, tragó saliva con dificultad y comenzó a sudar. Inspiró fuertemente y corrió hacia el despacho de Sam, olvidando toda cautela.

Revolvió la mesa y curioseó las estanterías. Abrió los cajones y encontró de todo menos lo que buscaba. Se desplomó en la silla y sacó un pañuelo del bolsillo, con el que se limpió la frente perlada de sudor. Otro retortijón la puso en marcha de nuevo.

Al levantarse, se fijó en que debajo de la amplia mesa había un clasificador. Se puso de rodillas y manipuló el cierre con un gancho, algo que aprendió de un viejo compañero y que había puesto en práctica en varias de sus correrías periodísticas. Al final, el cierre cedió y lo abrió. Hurgó y halló distintas carpetas, buscó por cada una de ellas hasta que dio con la de *Enlace Sinclair y Banks*. Rápidamente leyó todos los papeles, desechando los que no le interesaban, y en el último, tuvo su recompensa: un formulario donde describía al dedillo el antiguo lugar de celebración del banquete y el nuevo.

Sacó su móvil y capturó esas líneas en una imagen. Luego, ordenó los documentos de nuevo y los colocó donde estaban. Cerró el mueble e intentó ordenar el resto del despacho para borrar las huellas de su razia. Sacó la cabeza por la puerta y verificó que no había peligro. A hurtadillas, se desplazó hasta el despacho de Margaret, abrió el ventanal y, cuando levantó la pierna, tuvo que agarrarse fuertemente al cristal para evitar que su endemoniada tripa le jugase una mala pasada. Por un momento, casi cedió al impulso de invadir el servicio de esa oficina, pero se recordó que era una locura quedarse más tiempo allí, no porque pudiesen pillarla y acusarla de allanamiento, sino porque el asno de Alfred no había dado señales de vida y temía que se le adelantase con algún dato. Andrea debía ir un paso por delante y en ese momento lo tenía, sabía dónde tendría lugar el enlace y quien lo organizaría; debía publicar una entrada hoy mismo. Rio, jamás habría pensado que sería en la misma residencia de los Banks. «Buena jugada, Davis», pensó.

Sin embargo, el astuto planificador no contaba con lo más importante: ella. Andrea jamás desistía y, cuando se proponía algo, movía cielo y tierra hasta conseguirlo. Y en ese entonces, su objetivo era cubrir esa boda a como diese lugar.

Con jadeos trepó y aguardó unos segundos hasta que se sintió lista para seguir con su trayecto. Medio llorando de impotencia, se dejó caer y el movimiento le revolvió más el estómago. Se puso en pie y se quedó de piedra cuando escuchó tras ella:

—¡Vaya, señorita Brown! Tiene usted tendencia a escapar por las ventanas. ¿Es quizá una patología?

—Da... ¡Davis! ¡Qué haces aquí!

Él observó su precioso rostro contraído, la confusión en sus grisáceos ojos, libres ahora de las aparatosas lentes, y dio gracias a Margaret por olvidarse de los listados que necesitaba y obligarlo a regresar. Gracias a eso había podido observar el vehículo de esa intrigante y pillarla infraganti cuando huía.

—Es mi negocio, ¿recuerdas? —la tuteó—. Y dime, ¿en qué te puedo ayudar? Imagino que será urgente cuando no podías esperar a que abriésemos mañana —mencionó, dejándole claro que había presenciado cómo se colaba en su despacho.

—Yo...

Sam alzó una mano y la calló. Su rostro pasó de la indiferencia a un enfado brutal. Andrea tragó saliva, pero no del miedo, sino porque su barriga le anunció que quedaban pocos minutos de charla antes de que la catástrofe estallase.

—Ahórrame excusas baratas. Mira, estoy harto de que me tomes por imbécil, porque no lo soy. ¿Quién eres? —Sam dio un paso hacia ella, amenazante.

—Soy Heat...

—¡¡Tú no eres Heather Brown!! —la cortó—. Lo supe desde el primer momento, así que evita la escenita. —Se despeinó, agobiado—. Joder, ¿es que vosotros no paráis nunca? ¡¡Sois capaces de todo por una noticia de mierda!! No, no te esfuerces en negarlo, sé de sobra que eres una carroñera, como todos los malditos periodistas.

Andrea alzó la mano e intentó abofetearlo. Sam la frenó y la pegó a él, aspiró su aroma y lo turbó. Observó la furia reflejada en sus bellísimas facciones y la deseó con fuerza. Se regañó mentalmente por ello.

—Solo hago mi trabajo, gilipollas.

—Ah, sí, claro. Fisgonear en la vida de los demás, avasallar a la pobre gente y destruir su intimidad.

—¡Esa pobre gente son personajes públicos! Cuando les interesa, bien que nos buscan.

—¿No te das cuenta de que Regina quiere privacidad?

—Te repito que hago mi trabajo. Y si quería privacidad, que se hubiese juntado con otro. Si te lías con uno de los tíos más famosos del momento, es lo que hay. Además —rio despectiva—, seguro de que ella no hace ascos a aparecer en las portadas. Anda, que no le habrá venido bien el compromiso, hace unos meses, poca gente sabía de ella y ahora, medio mundo la conoce.

—Qué cínica eres —barbotó Sam; ella se encogió de hombros—. ¿No se te ha ocurrido pensar que se han enamorado? Puede que en tu mente retorcida sea algo imposible, pero, a veces, pasa, ¿sabes?

—Y lo dice alguien que nunca lo ha experimentado —replicó ella, recordándole lo que él mismo le había confesado.

—¡Arpia! —siseó Sam, estrechándola más. Andrea gruñó e intentó deshacerse de su agarre; él la abrazó con más ferocidad. Lo miró a la boca y se mordió el labio. Él bajó el rostro y sus ojos se enzarzaron en una lucha de

voluntades. Andrea sintió un escalofrío y la fragancia de él la envolvió.

—¡Suéltame, idiota! —ordenó casi sin fuerzas.

—No hasta que me devuelvas lo que has robado. —Sus palabras la sacaron del trance erótico en el que se encontraba y reaccionó, ceñuda.

—¡¡No he cogido nada!

—Ya, claro. Y te has colado para echarle otro vistazo a mi despacho, ¿no? ¿La decoración, quizá? —ironizó él.

—Escucha. Intenté descubrir algo, es verdad. Pero no he hallado gran cosa, papeles por tu mesa que no me han servido. Es la verdad, puedes registrarme el bolso si quieres —le sugirió con una sonrisa. Sam recordó dónde guardaba sus datos confidenciales y se apaciguó, pero siguió sin soltarla—. ¿Vas a dejarme en paz ya?

—No.

—¡¡Te he dicho que no me he llevado ningún documento!!

—Pero has cometido un delito.

—¿Vas a denunciarme? —casi chilló ella y se removió con más ímpetu.

—No. Solo quiero mostrarte cuan peligrosa es esta profesión tuya...

—¿Qué...?

Andrea abrió la boca para protestar, y Sam aprovechó para invadirla con su lengua. La combatió con ferocidad y la expuso a una lucha sin cuartel, a un intenso beso que pretendía castigarla, pero que acabó por trastocarlo también. La apretó más a él y se olvidó de quiénes eran, dónde estaban y el motivo de esa acción. Solo quería probar su sabor, fundirse más en ella, sentir a esa hermosa mujer que desde que entró por su despacho lo había afectado como ninguna otra.

No tenía ningún dato de su vida, ni siquiera conocía su nombre y, sin embargo, ella lo afectaba, lo confundía, le hacía perder su estudiada serenidad. Lo enloquecía. Él, que presumía de su entereza, se sentía descolocado con su mera presencia. Deseaba verla desde que la había perdido de vista y anhelaba tenerla así, a su merced, vencida por su deseo, gimiendo a su compás. ¿Qué le estaba pasando?

Andrea se hacía la misma pregunta mientras disfrutaba de uno de los mejores besos que le habían dado en la vida. Intentó penetrar en su enturbiada mente y decirse que Sam Davis no podía ser para ella, ¡no pegaban! Era demasiado

cuadriculado, estructurado, fanfarrón y serio.

Entonces, ¿por qué no se apartaba? ¿Por qué disfrutaba? Y, maldita sea, ¿por qué deseaba que no parase nunca?

Gimió. «Oh, Dios, sí», ¡había gemido! Y eso no era lo peor. Lo peor fue que se acercó un poco más y se sujetó a él cuando sintió que las piernas le fallaban. Sam la acogió entre sus brazos y profundizó, más si cabe, el beso. Andrea cerró los ojos y disfrutó de ese placer infinito hasta que sintió otro retortijón, pero este más intenso.

Asustada, intentó apartarlo. Sam, totalmente aturdido, no reaccionó a tiempo hasta que sintió sus afilados dientes clavándose sobre su labio. Aulló de dolor y la miró confuso.

—¿Pero qué te pasa, es que te has vuelto loca? —la acusó. Andrea aprovechó para escapar, pero él la retuvo por el brazo, todavía confuso por las fuertes sensaciones experimentadas en el beso—. Espera.

—¡Que me sueltes, joder! —Se revolvió desesperada.

—No puedes irte así...

Andrea chilló angustiada y comenzó a golpearlo como una loca. Finalmente, consiguió que Sam la dejase libre, pero de la forma más inusual. Él quedó tan paralizado que no reaccionó cuando la vio correr hacia el coche. Andrea subió y arrancó sintiendo que el rostro le ardía. ¡Se le había escapado un pedo! Rogó al cielo que no viese nunca más a ese hombre.

A la mañana siguiente, la periodista entró en el despacho de su jefe portando unas hojas en sus manos. Tocó a la puerta y esperó hasta que él la hizo pasar.

Richard Hole observó a la joven que entraba y suspiró fascinado.

Andrea Rico Caballero no solo era muy atractiva, sino una fiera en su profesión. La mujer sabía qué teclas tocar para dar con la más jugosa de las noticias. Él se felicitaba cada día por el fichaje que hizo. Esa bonita niña que había entrado como becaria se había convertido en una despampanante reportera que tenía la admirativa tendencia de aumentar las cifras de la editorial con cada publicación. Sin duda, perderla sería una desgracia.

Richard se dijo una vez más que debía andar con pies de plomo, sabía de la rivalidad entre Alfred y ella, y estaba convencido de que no podría aguardar mucho más tiempo sin tomar una decisión. Pero ¿cómo se podía elegir entre los mejores? Los dos, a su modo, eran unos lince en lo suyo.

Repasó con la mirada su aspecto y silbó con aprobación. Sus esbeltas piernas estaban enfundadas en unos pantalones grises de tela y portaba una blusa blanca con piedrecitas alrededor del cuello. Su cabello, recogido en una coleta, como la mayoría de días, y los labios frambuesa destacaban sobre el marcado maquillaje que acentuaba la tonalidad grisácea de sus ojos. Calzaba sus habituales zapatos negros de infarto que siempre le anunciaban su llegada. Pese a sentirse como su mentor, su guía y algo así como un padrino, reconocía que la rubia era bastante imponente.

—Hola, querida. ¿Qué me traes hoy? Anoche leí el artículo que publicaste; fabuloso. Te felicito. Esta mañana, varios medios me han llamado para confirmar la información y ya a primera hora la he visto replicada. Los que no se lo han tomado nada bien han sido los novios. Bueno, y ese tal Davis, que no ha parado de llamarme cada diez minutos.

Andrea se sintió inquieta al oírlo mencionar. Recordó su desafortunado *incidente* y se ruborizó, sintió que llevaba toda la noche haciéndolo. Sobre todo, tras el intenso interrogatorio de Bea y las consecuentes carcajadas de su amiga al enterarse. Estaba tan mortificada que había decidido hacer lo que mejor sabía, despellejarlo. De esa forma, al menos, calmaba, en parte, su bochorno. Así que había publicado una extensa noticia detallando la labor de Finales Felices y puntualizando que serían ellos los que se encargarían del enlace de Sinclair.

—¿Qué quería? —preguntó.

—Saber quién era A.R. Estaba realmente furioso. Me amenazó con demandarnos.

—¿Se lo has dicho? —lo interrogó alarmada. Solo le faltaba eso, que ese idiota la localizase.

—Claro que no, niña. Desvié la conversación y el resto de llamadas las evité. La pobre Mariah ya no sabe qué excusa darle al hombre.

—Menos mal. No nos conviene tenerlo rondando por aquí.

—Bueno, olvidémonos de ese tipo. ¿Qué más tienes? Porque supongo que

algo me traes si estás aquí.

—Así es, mira. —Le tendió las hojas que había impreso. Richard las leyó con avidez.

—Esto es...

—¡¡El sitio donde se celebra!! Por fin lo tenemos, Richard.

—Excelente, querida. Sabía que lo conseguirías. ¿Cuándo lo sacamos? Podemos parar las rotativas y publicarlo en la portada, creo que llegamos a tiempo.

—No, no. Quería que lo vieses solamente.

—Andrea, ¡hay que sacarlo! Es una primicia.

—Richard, si lo damos, pueden fastidiarnos la boda. Te aseguro que el organizador es capaz de cambiar el lugar otra vez solo por jodernos; lo conozco, créeme.

—Pero...

—Quiero cubrirla, ¡esa es la auténtica noticia! Si lo mantenemos en secreto, tendremos la exclusiva de ese reportaje.

—Sí, tienes razón. Podemos ser los únicos que accedan al enlace de Sinclair. —A Richard le salían los dólares por los ojos solo de imaginarlo—. Esperaremos. Bien, pues ponte con ello. ¿Necesitas algo? —Ella negó con la cabeza—. ¿Cuánto queda?

—Poco más de una semana.

—Perfecto. Prepáralo todo, pues. Debes saber que Alfred también está al acecho. ¿Por qué no aunáis fuerzas? —Al ver su rostro, rio—. Está bien, como quieras. Confío en ti.

—Hablando de eso. ¿Has decidido ya quién va a ser el nuevo jefe de sección?

—¿Tantas ganas tienes de que se vaya el pobre William?

—Oh, vamos. Sabes muy bien que no es así, pero queda menos de un mes y todavía no te has pronunciado. —Lo escrutó con intensidad—. O eso creo yo. Quizá Alfred sepa...

—¡Andrea! Os dije que debía sopesar todas las opciones antes de decantarme por alguien. Quiero ser imparcial y ya sé cuánto ansías el puesto, pero deberás tener paciencia, a su debido tiempo comunicaré mi decisión y serás la primera en saberlo, te lo prometo.

—Está bien. Pero ya sabes cómo opino.

—Sí, sí —afirmó cansado. A veces, ser el redactor jefe le pesaba demasiado

—. Él constantemente me repite lo mismo. ¿Por qué no podéis llevaros bien? Estoy seguro de que seríais el mejor equipo de aquí.

—Eso es imposible.

—Tú céntrate en Sinclair y ya hablaremos de lo otro.

Richard esperó hasta que Andrea salió de su despacho y hundió la cabeza en las manos. ¡Estaba harto de las amenazas de esos dos! Ambos renunciarían a su puesto si el otro asumía el nuevo cargo. ¿Cómo iba a solucionarlo? ¡No podía desprenderse de ninguno! Miró el marco que decoraba su mesa y acarició el rostro de Alison, su exmujer. El periodismo era una profesión dura, uno renunciaba a mucho por ella. Horas interminables, poco tiempo con la familia... Volvió a pensar en lo mismo y se sintió desolado. Ya no era joven ni tan apasionado como antes. Y lo peor, estaba solo. Había escogido su vocación por encima de todo y ahora, ¿qué tenía? Un divorcio y un hijo que lo detestaba tanto que no solo no había seguido sus pasos, sino que escogió la oportunidad laboral que más lejos quedaba de él, en China. Se preguntó si no era hora de encauzar su vida. ¿Lo aceptaría Alison de nuevo? Dio vueltas a la idea, como cada noche.

Sam se acercó a la chica de la recepción de *Hunting* y abrió ante ella el periódico que traía. Señaló al responsable de una de las noticias que estaban publicadas, el mismo que le estaba amargando la existencia, y preguntó con cierta brusquedad:

—¿Dónde está?

Mariah se puso de puntillas y leyó las iniciales que ese hombre tan guapo le indicaba.

—¿A.R.?

—Sí, necesito verlo.

—Está arriba. —Le sonrió coqueta.

Él se percató y le siguió el juego.

—¿Podrías decirme dónde?

—Si me dice su nombre, lo anunciaré. Puede bajar a recogerlo.

—No, gracias. Es una sorpresa. —Le guiñó un ojo, y la otra soltó unas risitas.

—Su mesa está en la primera planta. Suba las escaleras y, luego, todo recto hasta el final. La de la derecha.

—Gracias, preciosa.

Sam subió como una exhalación, casi de dos en dos, las escaleras. Siguió las indicaciones de la recepcionista, pero se encontró una mesa vacía cuando llegó. Maldijo entre dientes y se sentó en su silla a esperar. Unos minutos después, un chico de veintitantos, cabello largo y rizado, varios aros en la oreja izquierda y ropas anchas y llamativas se le acercó.

—¿Estás esperando a Andrea?

—¿A quién?

—Andrea Rico. Esta es su mesa.

«¡¡Claro. A.R. Andrea Rico. Así que es una mujer... Interesante», pensó Sam, que pronto tuvo una iluminación. No sería... ¡No! Imposible, aunque algo le decía que su historia con la bella rubia del día anterior no había acabado allí. Rio al pensar en su escapada y carraspeó al comprobar que el otro no entendía qué le hacía tanta gracia. Asintió y el *hippie* lo imitó.

—Imagino que vendrá dentro de poco, está hablando con el jefe.

—Gracias.

—Soy Paul, informático.

—Sam, visitante.

A Paul le hizo mucha gracia su respuesta o eso parecía por las carcajadas que soltó.

—Dile a Andrea que estaré en la mazmorra.

—¿¡Dónde!?

Paul se rio con ganas.

—En mi guarida, el sótano.

—Vale.

—Adiós, tío. Nos vemos.

Sam despidió al extraño personaje con la cabeza. Y se puso a ojear los papeles que tenía la joven sobre la mesa. Leyó varios artículos de famosos hasta que llegó al que había sido el borrador de lo que escribió la noche anterior. Tuvo ganas de hacerlo añicos. Una mano apareció de la nada y le

arrebató la hoja.

—¡¡¡Fuera!!! ¿Quién coño te ha dado permiso para hurgar entre mis cosas?

—La furiosa voz de una mujer lo atacó desde atrás. Sam giró lentamente la cabeza y una sonrisa asomó a sus labios.

—¡¡Tú!! —chilló ella, atrayendo la atención de varios compañeros.

—Hola, Andrea. Volvemos a encontrarnos.

—¿Cómo coño me has encontrado? ¿Y qué estás haciendo aquí? —siseó la periodista, bajando la voz para que nadie la oyese, aunque ya varios compañeros habían dejado de teclear y se centraban en su visita y en ella, que a todas luces parecía muy enfadada.

—Solo quería conocer al esquivo A.R. Imagina mi sorpresa al descubrir de quién se trataba...

—¡¡No vas a montarme un pollo!!

—¿Lo estoy haciendo?

—Te lo advierto.

—Tampoco tendría motivos, ¿o sí? ¡Espera! Ahora lo recuerdo, ¿no es ese A.R. el que jodió el primer lugar del banquete? Y el que ha desvelado detalles del vestido de la novia, que han provocado que esta llore toda la noche a pesar de que Sinclair le ha asegurado que no ha leído nada. —Se puso en pie y la enfrentó. La miró a los ojos con toda la rabia que destilaban; ella no se amilanó, lo encaró.

—¡Eso no es cierto! Tan solo publiqué quién se encargaba de confeccionarlo, yo jamás haría algo tan pueril. Sé que muchas mujeres tratan lo del vestido como si fuese secreto de estado; mi amiga Bea me habría matado si lo hubiese desvelado. Ha sido Alfred.

—¿Quién demonios es Alfred?

—Un sabueso de esta editorial que se ha propuesto joderme la vida.

—Mira, eso me suena —repuso él, mirándola intencionadamente.

—Oye, lo siento por la chica. Alfred es una rata sin escrúpulos y lo de ayer no estuvo bien, pero lamentablemente así es este mundillo, muchas veces no importa el quién, solo el qué, cómo y cuándo. Y en descubrir eso, Alfred es el

mejor.

—¿Y tú no?

—También, pero hay cosas que me reservo. Yo sé dónde está el límite.

—Ya lo veo, igual que cuando chafaste lo del banquete.

—Oh, vamos. Cualquiera habría dado esa información, no pude dejarlo pasar, pero te juro que nunca habría publicado lo del vestido.

—No te creo.

—Bueno, tampoco es que me importe si lo haces o no. ¿Algo más? Tengo mucho que hacer.

—¿Otra pobre víctima a la que fastidiar?

—Vete a la mierda. —Él la cogió del brazo. Andrea observó que eran el centro de atención y, de un empujón, se soltó de su agarre—. ¡Lárgate!

—Lo haré cuando me prometas que vas a dejarnos en paz. ¡Desiste de esta boda!

—¿Estás loco? Llevo meses detrás de esto.

—Esa pareja solo quiere intimidad, Andrea. ¿Es que no puedes entenderlo?

—Claro que sí. Como tú también deberías comprender que son personajes públicos y que mi trabajo consiste en hablar de ellos, y eso es lo que hago y haré. Cubriré ese enlace a como dé lugar.

—¡¡Por encima de mi cadáver!!

—Así sea.

—Ya lo veremos.

—Pues eso, ya lo veremos. ¿Conoces la salida o llamo a seguridad para que te guíe?

—¡¡Bruja!!

—¡Idiota!

Sam dio media vuelta y, en pocas zancadas, desapareció de su vista. Andrea se dejó caer en la silla y mordió distraídamente el bolígrafo que tenía en la mano, una sonrisa fue dibujándose en su rostro al recordar la escena acontecida segundos antes. Una sensación placentera se alojó en su estómago y miles de mariposas revolotearon sobre él. Cerró los ojos y rememoró el beso del día anterior.

—Sam... ¿Qué me estás haciendo? —susurró.

Viola tocó con reverencia la tela blanca que tenía frente a ella, la acarició sin pudor y deseó que se manchase irremediabilmente.

Sin remordimientos, desprendió del resto de papel que la protegía y la alzó dando una vuelta sobre sí misma mientras se la colocaba encima. Se acercó al espejo de cuerpo entero y apreció la imagen que aparecía en él. Se la veía bella, mucho más que la anodina de Regina. ¿Por qué él no era capaz de verlo? Su hermana tenía algo que atraía a la gente hacia ella. Su padre, su madre, incluso su madrastra, parecían admirarla más. Por eso, Viola se esforzaba cada día por superarla e intentaba chafarla en cuanto podía. Quizá fuese más lista, pero indudablemente ella era más hermosa, y eso hacía que los novios de Regi pronto se convirtiesen en ex cuando los seducía y los alejaba. Luego, la triste y tonta de Regi caía en sus brazos y lloraba a lágrima viva sus desamores, sin sospechar si quiera que su hermanita era la causante de todos ellos. O así había sido hasta que apareció Alex Sinclair. Suspiró al pensar en él. Lo deseaba tanto... Pero se le resistía. Quedaba una semana para la boda y todavía no perdía las esperanzas. Como que se llamaba Viola Banks que al final conseguiría atraerlo, revolotearía sobre ella como polilla en busca de luz.

Con una sonrisa taimada, lanzó el vestido sobre la cama y se deshizo de sus pantalones blancos y su camisa de la misma tonalidad. Tocó su lencería negra y, después, se probó el traje de novia. Dio saltitos y se imaginó en el altar junto a Alex. Gozó de esa idea y de saber que Regina ya no sorprendería a nadie con él, pues ella misma se había encargado de eso dando los detalles al periodista. Incluso, le mandó una fotografía para que la publicase. Ay, ¡cómo había disfrutado en ese momento! Tardaría años en olvidar el rostro de su hermana cuando vio publicado su vestido en la edición digital de *Hunting*. Ella misma había sido la encargada de mostrárselo cuando Alfred le confirmó la publicación.

Dio otra vuelta sobre sí misma y lanzó una carcajada. ¡Qué terrible era!

Regina seguía aturdida por la desgracia acontecida la noche anterior. ¡Habían publicado su vestido de novia en el diario digital más popular del país! ¿Y ahora qué? ¿Era demasiado pedir que hubiesen esperado, al menos, hasta el día de la boda? Alex le había asegurado que no había leído, ni visto nada; porque esa era otra, no solo habían detallado al dedillo cada característica de la tela, además, habían sacado la imagen. No se explicaba cómo. Su padre había interrogado a todos los empleados y a su familia más directa. Y ni su madrastra, ni su madre o Viola habían difundido nada. Óscar aseguraba que de su taller tampoco salió la información, sin embargo, el periodista la había conseguido.

Sollozó. Se sentía tan desgraciada... A veces pensaba en desistir. Mandar al traste la dichosa boda, que se estaba convirtiendo en un martirio. Ella, que, desde niña, soñó con ese día, con su propio cuento de hadas, y ahora se veía inmersa en una horrible pesadilla. Si no fuese por Alex... Escaparía. Huiría bien lejos de todo aquello.

—Regi, querida, debes serenarte. Estás demasiado alterada. Templa los nervios, cariño, verás como todo se arregla. —Su madrastra la cogió de las manos y se las apretó en señal de apoyo. Le dio un beso en la mejilla y la obligó a apoyar la cabeza sobre su hombro. Regina se sintió segura y libre para dar rienda suelta a su frustración y estalló en un sonoro llanto—. Shh, shh. No te angusties más, mi niña. Algún día nos reiremos de todo esto, ya verás.

—Ay, Riqui —pronunció Regina, aludiendo al apodo que le habían dado de niñas ella y su hermana cuando entró a formar parte de la familia, tras el desastroso divorcio de sus padres. Enriqueta se alejaba del rol de madrastra

de Disney. Ella era rígida y conservadora, sí, pero tenía un corazón de oro y desde el primer día que pisó esa casa, les demostró cuánto los quería a todos. Regina se sentía más unida a ella que a su propia madre, quien jamás pasaba más de tres días seguidos con sus hijas, es más, ni siquiera pensaba asistir a la boda—. ¡Qué voy a hacer! ¡¡No puedo más!! Esto es demasiado. No estoy preparada para este revuelo.

—Cielo, sabías a lo que te exponías. La profesión de Alex y el éxito que ha cosechado lo ponen en el punto de mira de casi todos los objetivos de la prensa rosa. Por eso, mi niña, tenía mis reservas. Te lo advertí, ¿recuerdas?

—Lo sé, quizá debí escucharte. ¡¡Pero es que lo quiero tanto...!! Si no fuese por eso, ya habría huido bien lejos. La farándula no es para mí. Soy una persona discreta, que gusta de mantener en secreto su vida privada, no sé cómo voy a acostumbrarme —acabó la frase con la voz rota de angustia.

Enriqueta le ofreció un pañuelo. Regina lo tomó y se secó las lágrimas. Su madrastra la observó atentamente antes de sugerirle:

—Todavía estás a tiempo, cariño.

—¿Qué quieres decir?

—Reflexiona si esto es lo que realmente quieres, Regi. Te enfrentarás a diario a esta situación, dejaréis de ser el centro de atención dentro de años, pero mientras tanto seguirás apareciendo en las revistas. ¿Estás preparada para algo tan espantoso? Alex no pertenece a nuestro mundo, es un joven muy agradable, pero siempre he creído que mereces algo más. No, no pongas esa cara. Sé que te disgusta que te lo diga, pero creo que es el momento de hacerlo. Respetaré la decisión que tomes, como siempre he hecho porque confío en ti, pero piensa muy bien si merece la pena enfangar el apellido Banks por un calentón.

—¡¡Alex no es un calentón!! —Regina se puso en pie; apretando fuertemente las manos en puños. Se olvidó de las lágrimas y proyectó su enfado sobre la rubia que la miraba con sus ojos dorados repletos de compasión. Se había pasado de la raya—. Lo quiero. Quizá ni tú ni papá podáis entenderlo, pero es así. Y lo defenderé con uñas y dientes contra quien sea, hasta contra ti, Riqui.

Enriqueta Banks se puso en pie, en su cara se reflejaba el arrepentimiento.

—Por favor, cariño, perdóname. Es que te veo tan afligida que yo misma me siento así, sabes que adoro a Alex. Ese muchacho se ha ganado un sitio en

nuestro hogar, el mismo en el que me acogisteis años atrás. No quise molestarte, no era mi intención. ¿Podrás perdonar a esta vieja tonta?

Regi, visiblemente más calmada, le sonrió. Enriqueta no tenía nada de vieja. Era una sesentona muy atractiva que aparentaba muchos años menos de los que poseía. Rubia y esbelta, cuidaba su apariencia hasta la perfección.

—Claro que sí. Todos estamos muy alterados. Yo también me disculpo, no debí gritarte.

Unos fuertes pasos hicieron que las dos mujeres mirasen hacia la entrada del salón.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡¡Papá!! —Regina se lanzó hacia los brazos abiertos de su padre.

—¿Qué le pasa a mi pequeña? Mamá —refiriéndose a Enriqueta— me llamó esta mañana para contarme lo del vestido, he acertado mi viaje para verte, peluchín.

—¡Oh, papá! —Rompió a llorar de nuevo, segura en sus brazos—. Ha sido horrible. No dejan de acosarme y de fastidiarlo todo, ¡ya no sé qué hacer!

—¡Esos malditos periodistas! Tranquila, pequeña. Estoy aquí. —Miró a su esposa—. ¿No hay nada que podamos hacer? Cariño, ¿y si te haces otro? Sabes que el dinero no es un problema.

—No, papá. Es mi vestido. Además, no creo que dé tiempo. —Se encogió de hombros—. No pasa nada.

—¡Claro que pasa! ¡Mira qué disgusto tienes! Me siento impotente. ¡No sé qué más puedo hacer!

—Consolarme y alentarme. Dime que todo irá genial a partir de ahora y lo creeré.

—Claro que sí, pequeña. No permitiré que nada más estropee tu gran día, personalmente me ocuparé de que así sea. ¿Has hablado con Sam?

—Sí. Bueno, yo no. Alex lo ha llamado esta mañana para contárselo, le ha dicho que se pasará por casa, estará a punto de llegar.

—Debería estar ya aquí.

—Estaba en la mansión cuando Alex se hizo con él, supervisando los preparativos. Papá, sabes que son dos horas desde los Hamptons, por eso escogí la otra localización primero. Pero, en fin, otra cosa que se ha fastidiado. —Justo en ese momento la puerta sonó—. Mira, debe ser él.

Frank Banks acarició el cabello de su hija mientras la estrechaba entre sus brazos. Su mujer los miraba desde el sofá en el que había vuelto a tomar asiento.

—Cariño —Enriqueta tomó la palabra dirigiéndose a Regina—, si quieres saber mi opinión, siempre creí que la casa de la playa era la mejor opción. — La casa de la playa a la que se refería su madrastra era la propiedad estival de los Banks, situada frente a una bahía en el East Hampton. Una residencia de mil metros cuadrados distribuidos en dos plantas unidas por una imponente escalinata central colocada frente a la entrada. Decorada al estilo sueco, con tonos claros para aportar más luminosidad. Siete habitaciones, cinco cuartos de baño y dos jardines. En el trasero, el más amplio, con ochocientos metros cuadrados, tendría lugar su boda.

Frank asintió dándole la razón. Esa vivienda le encantaba, sobre todo, al impedir que la taimada de su ex se hiciese con ella en el sangrante divorcio que lo despojó de una buena suma. Tras obtener la custodia de sus pequeñas, puesto que Clarise se había negado a hacerse cargo, se trasladó con ellas allí hasta que conoció a Enriqueta y se mudaron para la gran manzana de nuevo. Secretamente consideraba que esos dos años en el Long Island fueron los mejores de su vida.

Sam Davis apareció de repente y lo privó de sus recuerdos. Frank carraspeó y salió a su encuentro, ofreciéndole la mano en un gesto amistoso.

—Ah, hola, Sam. —Se saludaron con un buen apretón—. Te estábamos esperando. Toma asiento, quisiera conversar contigo.

El recién llegado asintió y, antes de acomodarse en el sofá, saludó a las dos mujeres que permanecían de pie. Enriqueta, como siempre, fue fría al recibirlo, y Regina se lanzó a sus brazos entre un suspiro de alivio y manifestando: «¡Menos mal que ya estás aquí! Tienes que arreglarlo, Sam». Él la tranquilizó como pudo.

—Mamá, acompaña a Regi a su habitación. Que descanse un rato, todavía se la ve indispuesta.

Enriqueta sonrió, consciente de que su marido las quería fuera de allí, era su sutil forma de echarlas. Se disculpó con Sam y guio a Regina escaleras arriba, hacia la habitación que ocupaba en aquella casa.

Subieron los escalones charlando y Regina pareció más animada, como si su

habitual jovialidad hubiese regresado. Enriqueta pensó que, de todos los Banks, ella era la más pura. Lástima, la verdad. Si algo había aprendido al poner un pie en ese hogar era que solo un alma fuerte era capaz de sobrevivir entre esa jauría de fieras. Y ella sin duda lo era, la peor de todas.

Regina asió el pomo de su cuarto y lo giró. Alumbró la estancia y sus palabras murieron en la garganta, remplazadas por un escalofriante grito que llamó la atención de los hombres que conversaban en el salón. En pocos minutos, ellos también se encontraban en la habitación, admirando la tela completamente resquebrajada del centro de la cama.

Regina sostenía entre sus dedos algunos retazos de lo que un día fue su vestido de novia. Ya no lloraba, no le quedaban lágrimas. Simplemente miraba al vacío sintiéndose sumamente desdichada. A lo lejos escuchaba la voz de su padre maldiciendo, Riqui gimoteando e intentando llamar su atención, y Sam contemplaba incrédulo el destrozo, preguntándose, como ella, qué pasaría ahora con la boda. «Pobrecillo, pensó Regina. Con todo lo que había hecho por ellos...

—¿Quién ha podido hacer algo así?—preguntó Sam.

—No lo sé, pero te juro que encontraré al culpable. Ahora mismo reuniré a todos en el salón y preguntaré uno a uno —respondió, iracundo, Frank.

—Querido —Enriqueta bajó la voz para que Regina no la escuchase—, no sé si tendrá algo que ver, realmente lo dudo, pero hace un rato, cuando buscaba a Regi, observé a Viola entrar en el cuarto. Me acerqué para preguntarle si había visto a su hermana, sin embargo, acabé marchándome sin hacerlo porque me aturdió bastante lo que divisé. No pensaba comentarlo para no meterla en problemas, pero dada la situación...

—Señora Banks. —Sam, situado al lado del señor Banks, la escuchaba atentamente—. ¿Qué fue lo que contempló?

—Estaba... —Bajó aún más la voz y miró de reojo a Regina—. Estaba probándose el vestido.

—¡La madre que la...! Esa niña no aprende. —El rostro de Frank se volvió escarlata—. Me va a escuchar, vaya que sí. Esta vez, Viola ha llegado demasiado lejos, y ya me tiene hartó.

—Querido, igual no fue ella...

—Riqui, por Dios. ¿Quién si no? Esa muchachita sigue resentida por no ser

ella la que se casa primero. La haré entrar en vereda, un tiempo sin tarjetas de crédito le dará un buen escarmiento.

Enriqueta se abanicó con la mano.

—Creo que iré a echarme un rato, demasiados sobresaltos. Si me disculpáis.
—Antes de irse, se giró hacia su hijastra—. Regi, cariño, dile a Anne que te prepare una infusión, te calmará los nervios, y tumbate un rato. Descansa y luego pensaremos en algo.

Sin esperar respuesta, marchó de allí directa a su habitación. Conforme se acercaba a su refugio, sus labios fueron agrandándose hasta mostrar una sonrisa completa, llena de satisfacción. Corrió hasta la puerta y penetró en el interior justo a tiempo de soltar una carcajada. Se palpó el bolsillo de su vestido y sacó las tijeras que escondía en él. Las guardó en su mesita de noche, se sentó sobre la cama y cerró los ojos. Pobre Regina, realmente le apenaba. Siempre se había considerado como una darwiniana dentro del apellido Banks, abogaba por la supremacía del más fuerte. Y, lamentablemente, su hijastra aún no lo era. Por suerte, ella era una hiena dispuesta a todo por conseguir sus propósitos, y estos pasaban por alejar al maldito Alex Sinclair de su familia. Sonrió, qué cerca estaba de conseguirlo.

Bea se sentía afortunada, Andrea la felicitaría si realmente supiese dónde estaba y en qué iba a meterse. Peter quizá no tanto, pero, por suerte, tanto su marido, que estaba visitando al señor de Rowland, como su amiga, que se hallaba con su ayudante, pensaban que seguía en la cama, languideciendo de aburrimiento. En realidad, se encontraba junto a Marga, vestida de sor Beatriz.

El móvil de su compañera de viaje volvió a sonar, Marga se lo señaló y le pidió que pusiese el manos libres mientras ella cambiaba de marcha. Una voz potente y sensual invadió el MINI que conducía la propietaria de Finales Felices.

—¿Abuela?

—¡Cariño! Estoy con una clienta.

Se escuchó un carraspeó al otro lado de la línea.

—*Emm... Sí, ¿Marga?*

—Dime, colega.

—*¿Colega? Bueno, da igual. Ha ocurrido una desgracia, abue... Digo, Marga. Necesito hablar contigo en privado, cuanto antes.*

—Cuéntame, cariño.

—*Pero ¿no has dicho que estabas acompañada?*

—Es de confianza, ¿verdad, hermana? Estoy segura de que sor Beatriz guardará silencio sobre lo que escuche.

—Soy una tumba —dijo ésta.

—¿Una monja? No entiendo nada. ¿Es que acaso *está prometida?*

—¡Qué cosas tienes, Sam!

—Hijo mío, tienes razón.

—¿Ah, sí?

—Mi vida está prometida al más grande de todos los hombres. Al Padre misericordioso, bondadoso, gentil... Dios. Él es mi dueño —finalizó teatralmente.

—¿Y quiere que le organicemos el convite?

—¡Sam! Deja de decir chorradas. La hermana Beatriz está colaborando con los Banks, se encargará del coro. Además, amablemente se ha ofrecido a acompañarme a la floristería.

—¡Qué raro! Nadie la mencionó.

—Es una sorpresa. Venga, ¿qué ha pasado?

—*El vestido de Regina Banks ha aparecido completamente desgarrado, sus familiares creen que Viola, la hermana, podría estar detrás.*

Bea soltó un sonoro gemido. Marga la miró, se leía la angustia en sus bellos ojos oscuros. Bea le puso una mano en el brazo, confortándola. Para ella, gran diseñadora de moda en España, pionera en su sector, revelación de año, creativa y... En fin, que era un sacrilegio que alguien destrozase una prenda, y más si era un vestido de boda de Óscar de la Renta. Aquello era peor que cuando Paulina había sido descubierta por Carlos Daniel y había decidido huir, dejando vía libre a la bruja malvada de su gemela Paola. Sonrió saboreando ese recuerdo. Ese día se había sentido más unida que nunca a su madre. Ambas hubiesen querido traspasar la pantalla y darle su merecido a Paola. A veces, las telenovelas tenían esa magia; la *Usurpadora*, ciertamente, estaba en su top de las mejores. Pero, bueno, que se desviaba del tema. Volvió a poner la oreja.

—*Sí, sí. Casi seguros. No sé por qué, Marga. Enriqueta fue quien vio a Viola probándose el vestido antes de que apareciese destrozado. Y, encima, acaba de salir publicado en el diario. Regina está hecha polvo, yo le he prometido que encontraríamos una solución, pero no tengo ni idea de cómo arreglar este entuerto.*

—Sam. Estamos a menos de una semana de la boda. ¿De dónde vamos a sacar un vestido de novia?

—*Contrataremos a alguien.*

—Nadie en su sano juicio aceptaría un encargo así.

—¡Hola! Perdonad que me inmiscuya. Puede que yo sí sepa cómo ayudaros. Conozco a la persona idónea para esta confección. Es rápida, diestra y no da

puntada sin hilo. De las mejores del mundo.

—¿Y querría ayudarnos, hermana? —preguntó Marga.

—Oh, sí. Estaría encantada.

—¿Lo tendrá antes de la boda?

—Rotundo sí.

—*Perfecto. ¿Cuándo puedo hablar con ella?*

—Lo estás haciendo.

—¿Cómo?

—Yo, hijo mío. Me encargaré de ese vestido.

—*Pero...*

—Shh, déjalo en mis manos. Tengo amplia experiencia, hasta cosí una túnica para el Papa, mi nombre es susurrado en los círculos más selectos del clero, y no es por echarme flores, ¿eh? Como dice sor Sara, soy la modestia hecha persona. Pero, claro, cuando una tiene un don... Pues ha de hacer uso de él, ¿verdad, Margaret? —Bea pensó que algún día tendría una nariz más larga que la de *Pinocho*.

—Sí, hermana, sí. Bien, pues arreglado, Sam. Nos vemos ahora, cariño. Llevo a sor Beatriz conmigo.

—*Está bien. Aquí os espero.*

Una hora después, Bea penetraba en el interior del caserón de los Banks. Una jovencita de uniforme les abrió la puerta y, cuando accedieron, vieron a un hombre alto, fuerte y sumamente guapo bajar las escaleras. Bea abrió la boca y los ojos todo lo que pudo y lo observó deslizarse hacia abajo como si fuese una aparición. ¡Qué hombretón! Parecía salido de uno de sus libros victorianos, hasta podía apreciar su galantería rodeándolo. ¿Quién sería ese espécimen? Pensó en su amiga, que era la única soltera del grupo, y supo que debía presentarle a este tío. Si ese Darcy reencarnado no conseguía conquistarla, se jubilaba como Celestina.

—¡¡Sam!! —lo saludó, entusiasta, Marga.

Bea agrandó tanto los ojos que pensó que se le saldrían de las órbitas. ¡Un momento! ¿¡Sam!?! ¿El mismo Sam del que hablaba día y noche Andrea? ¿Al que ella había imaginado con rabo y cuernos? ¡¡Menuda *cacho* perra!! Bea empezó a reír, para asombro de los otros dos. ¡Qué calladito se lo tenía! Con razón el señor Davis estaba en boca de su amiga todo el santo día. ¡Y ella que

pensaba que la pobre lo detestaba! Y una mierda.

Vale, sabía reconocer una buena historia cuando la tenía delante y esta era digna de una novela. «Ay, Andrea, por fin te ha llegado el turno, y no sabes cómo voy a disfrutar...», se dijo, frotándose las manos de anticipación.

—¿Sor Beatriz está bien? —Bea, que seguía sonriendo perversamente, se apresuró a asentir. Saludó a Sam con una reverencia, y él alzó una ceja, confuso. Ella le guiñó un ojo y preguntó:

—¿Dónde está mi víctima?

—¿Cómo?

—Regina Banks. Tengo que hacerle unas preguntas y tomarle medidas. Búscame un metro, anda, bombón.

—Yo... Esto... Está arriba, hermana, encerrada en su cuarto. Al parecer, ha visto la nueva noticia en la que mencionan el desastre —pronunció entre dientes, apretando la mandíbula—. No creo que la reciba. Pero venga, la acompañaré.

—Hijo mío, no subestimes el poder de la mujer. Oramos milagros. Ya verás. —Le guiñó un ojo, y él la observó extrañado. Era una monja de lo más peculiar.

Sam las acompañó hasta el piso de arriba y, tras cruzar el umbral de la puerta, Bea se transformó. Se convirtió en Trizzy Martínez, la diseñadora. Se presentó ante Regina que, con su animada cháchara, fue recobrando las fuerzas hasta entusiasmarse con las ideas que le iba proponiendo.

Veinte minutos después, y para el asombro de Sam, Regina volvía a ser la de siempre y confiaba plenamente en la religiosa, a la que miraba con algo parecido a la adoración. Él todavía tenía sus reservas, no la creía capaz de las proezas que afirmaba, objeciones que se tragaría días más tarde cuando comprobase por sí mismo que esa monjita no vacilaba en balde. Pero eso sería después, en ese momento no se reconocía, creía haber perdido el juicio. Él jamás daba pie a la improvisación, todo debía estar calculado al milímetro y desde que había aparecido Andrea Rico, el caos se había apoderado de su existencia.

Al pensar en ella, el enfado volvió a resurgir. Una vez más, la muy carroñera se había servido de las desgracias ajenas para vanagloriarse. ¡Había publicado la noticia del vestido desgarrado apoyándose en imágenes! El resto

de tabloides del mundo del corazón ya se habían hecho eco de la desgracia de Regina Banks. Pero Sam no pensaba dejarlo así. Oh, no. Había movido varios hilos y había conseguido la dirección.

«Prepárate, harpía», susurró, antes de arrancar su vehículo.

Andrea entró por la puerta de su apartamento y vociferó el nombre de su amiga. Al no recibir respuesta, se dirigió al cuarto que ocupaba con Peter. Tocó, aguardó y abrió creyendo que la encontraría dormida, mas para su asombro la cama se encontraba desierta. Se acercó y vio una nota sobre la almohada. La sujetó y sonrió. La había escrito en inglés, aunque con algunas faltas. Sin duda, su fuerte era el habla. Según decía, era primordial para su negocio el conocimiento del idioma, por eso, llevaba años dándole caña y desde que había puesto un pie en Nueva York se había negado a responder si se le preguntaba en español. Cosas de Bea, vamos.

La nota decía que había salido a dar una vuelta, a hacer varias compras por la ciudad. Andrea, que la conocía muy bien, sabía de sobra que estaba tramando algo, pero esperaría pacientemente hasta que la verdad saliese a la luz.

El timbre sonó y, creyendo que su amiga estaría de vuelta, se dirigió a abrir. Caminó rauda hacia la entrada, accionó la manivela y dio varios pasos hacia atrás, trastabillando, al ver quién se encontraba en el exterior. El mismísimo Samuel Davis.

«¿Qué mierda hace aquí?».

—Me sorprende que lo preguntes después de tu última jugarreta. ¿Acaso creías que lo dejaría pasar?

Andrea parpadeó varias veces. ¡Vaya! ¿Lo había dicho en voz alta? Se aclaró la garganta e intentó mirarlo con enfado.

—¿Quién te ha dado mi dirección?

Él se encogió de hombros.

—No eres la única con recursos. Tengo mis contactos.

—¡¡Cómo te atreves...!!

—No —la cortó—. ¿Cómo te atreves tú a hacer algo tan mezquino? ¿Es que no tienes corazón?

—¿¡De qué estás hablando ahora!?

—¿Te haces la tonta? Regina lleva llorando como una Magdalena desde que vio tu maldita noticia hace una hora.

—Pero, bueno, esto es demasiado. ¿Soy acaso responsable de lo que publique el periódico? ¿Por qué no le das la tabarra a mi jefe? —Intentó cerrar la puerta, pero él se lo impidió sujetándola con la mano.

—Encaro a la responsable. O sea, tú.

—Joder. Yo no he escrito nada. Ni siquiera me he pasado por la redacción esta tarde.

—¿Ah, sí? —Sacó el teléfono móvil, tecleó y le mostró la pantalla.

Andrea leyó un titular que hablaba del desgarrado vestido de Regina Banks. Iba a replicarle cuando vio que estaba firmada con sus iniciales. Cogió el móvil con sorpresa y resopló.

—Esto no es mío.

—Ya, claro.

—Joder, es verdad. ¿Por qué iba a negarlo si no fuese así?

—A saber. Quizá, en el fondo te avergüenzas de las bajezas que escribes. Dime, ¿qué se siente sabiendo que arruinas la vida de los demás?

—Mira, guapo, te repito una vez más que yo solo hago mi trabajo. Además, jamás he cruzado el límite, ya te lo dije. Informo de hechos, pero no me recreo en ello. No me gusta el sensacionalismo ni el morbo. Puedes comprobarlo tú mismo, compara la noticia con una de las mías. Nunca titularía algo así: «Regina Banks, compuesta y sin vestido. ¿Llegará a casarse esta mujer?». Es grotesco.

Sam no contestó, estaba confuso. Una parte de él reconocía la verdad en sus palabras. Desde que había descubierto quién era esa mujer realmente, parecía subyugado por ella. La odiaba y la deseaba. Se había leído la mayoría de las noticias de A.R. y lo cierto era que el estilo distaba mucho de ese último. Sin embargo, la desconfianza hacia ella lo obligaba a ponerla en duda. ¡¡Lo estaba volviendo loco!! Se pasaba más tiempo pensando en esa entrometida que en sus propios problemas, que eran muchos, pues si el contrato de la familia

Banks se iba al garete, Finales Felices entraría en números rojos, cosa que no iba a permitir. Necesitaba que esa boda se llevase a término, y ni ella ni nadie lo impediría.

Observó el rictus contraído de su boca, que señalaba su enfado. Los ojos grises centellaban iracundos y su pecho subía y bajaba de agitación. Sam pensó que estaba deliciosa. Sintió la necesidad de perderse en su boca, de borrarle las huellas de un enfado que él mismo había causado. El pecho le palpité y sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Asustado con las sensaciones que experimentaba a su lado, decidió concentrarse en sus dudas y provocarla, solo así dejaría de imaginarla sobre él, desnuda, besándolo de arriba abajo mientras ronroneaba su nombre con sonrisa gatuna. «¿¡Qué!? Basta, Sam. Templa el ánimo y recupera tu maldito control de una vez».

Andrea contemplaba cómo las bellas facciones del hombre se contraían en una mueca, leyó cuanto pasó por ellas como si fuese un libro abierto y se sintió satisfecha por no ser la única que experimentase ese desasosiego cuando lo tenía cerca. ¿Podía gustarle a una alguien que detestaba profundamente? No podía engañarse a sí misma no, Sam Davis la tenía hechizada desde el mismo instante en el que lo vio. Le gustaba. Era así de simple. Y por la confusión, deseo y enfado que leía en esas dos brillantes esmeraldas, supo que él también se sentía esclavo de la atracción que los envolvía. Dio un paso, sin dejar de mirarlo. ¿Por qué debían sufrir en balde? Sobre todo, teniendo tan cerca su habitación... Iba a lanzarse cuando su pregunta la desestabilizó y eliminó toda pasión surgida.

—Entonces, según tú, alguien ha publicado en tu nombre. —La ironía plagó sus palabras, y Andrea apretó las manos en puños, furiosa. ¿Cómo se podía haber planteado besarlo? Esa bestia desconfiada, lo único que merecía de ella eran dos buenas ostias.

—¡¡Sí!!

—¿Y quién?

—Joder, no tengo ni idea, pero te aseguro que lo voy a descubrir. Hoy mismo, y haré que la borren. —«Para restregártelo después, listillo», pensó ella, esta vez, sin pronunciarlo.

Andrea se preguntó si era Alfred el que estaría detrás, o quizá Richard. No era la primera vez que su jefe sacaba una información y ponía el nombre de

ella. Sin embargo, solía cuidar el estilo y la escritura, y siempre era un artículo de opinión sobre algo relevante. Además, le pedía permiso y juntos hacían los retoques finales. No, definitivamente Richard no estaba detrás. Rememoró ese título tan pueril y supo sin lugar a dudas que el rastrero de Alfred era el responsable.

Ese, por alcanzar el *ranking* de los más leídos del periódico, era capaz de auténticas bajezas, como aquella en la que en vez de hablar del nuevo *single* de Adele, lo había hecho de su aumento de peso. Lo había titulado: «Adele estrena disco y kilos». Y en el cuerpo de la noticia se había cebado con ella, apuntando lo mucho que había engordado. Andrea sonrió mentalmente al recordar la campaña de desprestigio que había sufrido el estúpido en Twitter por parte de los fans de la cantante, ella misma había colaborado con un perfil falso y le había recordado en un tuit que él justamente no estaba para criticar a nadie.

—Eso espero, aunque el daño ya está hecho —comentó Sam, apenado.

Andrea se sintió fatal porque, en parte, ella era culpable de lo sucedido. Alfred quería jugársela, pasar por encima de ella y demostrarle que la primicia de esa boda sería de él. El puesto que ofertaba el jefe pendía sobre ellos como la espada de Damocles, y ese idiota estaba dispuesto a lo que fuese por conseguirlo, hasta joder a quien hiciese falta. En este caso, la pobre Regina Banks.

—Lo siento por la chica, de verdad. Ha sido cruel y así se lo haré saber al responsable.

—Estoy harto. De ti, de tu periódico y de esta maldita boda. Mira. —Se tocó el cabello—. ¡¡Se me cae!! A este paso me quedaré calvo.

Andrea pensó con malicia que ese hombre hasta sin pelo sería imponente.

—¿También soy la culpable de eso? —apuntó con sorna.

—Desde que has entrado en mi vida... Yo...

Sam la cogió por los hombros, pegándose a ella, sus intensos ojos la penetraron con ferocidad. Se quedaron quietos, mirándose, absortos en la tensión que los envolvía.

Andrea sin ser consciente de lo que hacía, alzó el rostro, rogando que sus labios volviesen a fundirse con los suyos. Él la observó como si fuese lo más maravilloso del mundo; ella experimentó un extraño estremecimiento y un

pinchazo en el estómago. Apoyó la mano en su pecho y sintió, sobre sus dedos, los latidos de su corazón. Y justo cuando sus bocas estaban a punto de rozarse, el hechizo se rompió.

Sus vecinos, los de la puerta de al lado, habían elegido ese preciso instante para aparecer. Su conversación los trajo a la realidad y ambos se separaron. Sam se alejó varios pasos y murmuró una débil excusa que lo precipitó en su huida. Andrea lo vio alejarse mientras se apoyaba en el marco de la puerta y saludaba con la mano a la pareja que se adentraba en su piso. Cerró los ojos y añoró ese beso que nunca llegó. Se palpó el bolsillo y suspiró antes de meterse en su casa. Sacó su móvil del pantalón y vio varias llamadas de su padre, sintió remordimientos, pues hacía días que no daba señales de vida, ¿estarían desquiciados! Sin embargo, no fue su nombre el que buscó. Marcó y aguardó varios tonos hasta que el teléfono fue descolgado.

—¿Andrea? Imagino que me llamas por mi sorpresita.

—Imaginas bien, idiota.

—*Oh, pero qué genio. Veo que estás furiosa conmigo. No entiendo por qué, si te he hecho un favor.*

—Furiosa es poco, Alfred. ¿Quién cojones te crees que eres para publicar algo en mi nombre?

—*No te pongas así, Anddy. Solo quise darte algo de ventaja, para que la derrota no sepa tan amarga después.*

—Me pongo como me da la gana. Vuelve a hacerlo y te corto los huevos, quedas avisado. Y espero que la borres, ¡ahora!

—*Está bien, cambiaré la firma.*

—¡¡Elimínala!!

—*Claaarroo* —se burló. Andrea supo que esa lagartija no quitaría la noticia, sus siguientes palabras se lo confirmaron—. ¿Sabes la visibilidad que hemos tenido? Es una de las más leídas *de la tarde, bueno, de todo el día.*

—¿Alguna vez piensas en el daño que haces?

—¿Sinceramente? No. *Son solo números que se añaden a mi cuenta bancaria a final de cada mes; contra más escarbe y saque de ellos, más gano. Me nutro de sus penurias, cosa que tú deberías hacer también. Deja los escrúpulos a un lado y ve a por todas, funciona.*

—Eres un cerdo.

—*Puede, pero soy el mejor, aunque te joda. En fin, como siempre, ha sido un placer. ¿Querías algo más o cuelgo?*

«Oh, sí, que desaparezcas de mi vida», pensó Andrea. Con suma satisfacción, se apartó el teléfono de la oreja y pulsó el botón rojo. «Adiós, lagartija», bramó hacia la pantalla. Lanzó el teléfono hacia el sofá y, luego, se dejó caer ella también.

El teléfono sonó y, con mala leche, descolgó, creyendo que era el pesado de Alfred, de nuevo.

—¿Qué quieres ahora?

—¿Cariño?

—¡¡Papá!! Perdona yo...

—¿Qué sucede? Nos tienes preocupados. Llevas días sin llamar. Addy casi coge un vuelo esta semana para ir a verte. ¡Hablando de eso! ¿Fue Beatriz? Nico me contó que iban a pasar unos días contigo.

—Sí, sí, están aquí.

—*Te noto cansada, ¿qué pasa?*

—Nada, el trabajo. Y el incordio de Alfred, ya sabes.

—¿Ha vuelto a fastidiarte?

—Bueno, eso se queda corto. Pero no te preocupes, sé defenderme bien.

—*Ay, cariño, odio que estés tan lejos. ¿Cuándo te veremos?*

—Le he prometido a Ruth que iría cuando Marcos naciese. ¿Cómo estáis todos? ¿Y Raúl? Me muero por ver a mi hermanito.

—*Por aquí, todo bien, hija. Raúl crece demasiado rápido, todos los días doy gracias de haberlo adoptado, aunque te confieso que ya estoy algo viejo para sus juegos, sobre todo, cuando se junta con tu sobrina. Sofía es un trasto. Me recuerda mucho a ti.* —Se escuchó una voz y Andrea pudo oír a su madrastra preguntando—: ¿Es la niña? ¿Cómo está? ¿Por qué no contestaba? Trae, anda. ¿Andrea? Cielo, ¿estás bien?

—Sí. Perdóname, Addy. Es que he tenido mucho trabajo. —Rio ella al notar su efusividad. Adela era peor que Bea, no conocía a nadie más enérgico.

—*Ya. Trabajo...*

—¿Qué quieres decir?

—*Que lo sé todo, niña. No tienes que fingir conmigo.*

—¿Cómo?

—Bea se lo contó a Ruth, que a su vez se lo dijo a Sara, quien me lo comentó a mí. Sabemos lo de Sam.

—¡¡Qué!!

—Confieso que, al enterarnos que te molestaba, urdimos un plan para deshacernos de él. Bea también participó, creamos hasta un grupo de WhatsApp, fue idea mía. Las vengadoras. —Rio.

—Pero...

—Obligué a Bea a no decirte nada. Sabía que te parecería mal, pero siempre he tenido un sexto sentido. Me olía que estabas en problemas y más o menos acerté.

—¿Y la traidora de mi amiga es muy activa en ese grupo?

—Oh, sí. Nos ha contado todos tus avances.

—¡Menuda cotilla! Yo la mato.

—Bueno, pues, como te decía, queríamos poner en su sitio a ese chico. Sin embargo, hoy ha cambiado la cosa.

—¿Hoy?, ¿por qué?

—Bea me ha escrito hace un rato para pedirme que abortemos misión porque Sam Davis es un FYDA.

—¿FYDA? ¿Qué significa eso?

—Son cosas nuestras.

—Addy...

—¡Está bien! Futuro Yerno De Adela. De modo que el plan ha cambiado, ahora te ayudaremos a conquistarlo.

—Joder.

—Tranquila, niña. Déjalo en nuestras manos.

—Eso precisamente es lo que más me preocupa, sobre todo, si Bea está involucrada.

—Entonces, ¿es cierto?

—¿El qué?

—Que está para mojar pan, el chico. ¡¡Riri, para!! No, no. Calla, son cosas de mujeres. Riri, sabes que tú eres el mejor de todos, que sí, cariño. Ahora déjame, que estoy con la niña. —Lanzó una carcajada—. Luego te doy lo tuyo, sí. —Su padre gritó desde la otra línea un «Adiós, cariño, hablamos mañana»—. ¡Qué pesado! ¿Andrea?

—Sigo aquí —respondió acostumbrada a esos dos.
—¿Por dónde iba?
—Me preguntabas si Samuel Davis está para mojar el pan.
—¿Y?
—No pienso contestar —respondió riendo.
—*Uy, otra mojigata como Sara.*
Andrea se carcajeó, muy divertida. Su madrastra era única.
—Está bien, sí. Mucho.
—¡¡Madre mía!!! Cariño, *te voy a dar el consejo que le di a mi hija en su día.*
—¿A cuál de las dos?
—*Bueno, a ambas. Seduce y vencerás. Dale un buen meneo, tu chichi se lo merece y tú, también. A tu padre lo conquisté así, a base de kikis.*
—Creo que no quiero saberlo.
—*Pero... Andy, promete que me irás contando.*
—No hay nada. Sam es solo un incordio.
—*Vaya, vaya. Lo mismito que decía mi Sara.* —Soltó un grito—. *Nuevo yerno a la vista. ¡Qué bien! Verás lo contento que se pone Riri. Bueno, quizá no, pero no te preocupes, mantendremos esto en secreto, al menos, de momento.*
—Addy, que no...
—¡¡Espero detalles pronto! Adiós, cariño, te quiero.
Andrea miró la pantalla, incrédula. Movió la cabeza y se dijo que necesitaría un baño caliente. Cuando se levantaba hacia el servicio, se acordó de algo. Según Adela, Bea les había hablado del aspecto de Sam... Gimió. ¿Cómo era posible? En teoría, no lo había visto en persona, a menos que...
¡¡La iba a matar!!

—¡¡Maldita bruja!! ¿Por qué me has acusado?

—¡¡Viola!! ¡Qué susto me has dado! —Enriqueta se giró con una mano puesta sobre su corazón que palpitaba deprisa, signo de su agitación—. No deberías entrar sin llamar, recuerda tus modales, jovencita. Voy a cambiarme para la cena. Si quieres, hablamos en un rato.

—¡Déjate de tonterías y no te hagas la mosquita muerta! Eres una maldita bocazas. Sé que has sido tú.

—¿Pero de qué hablas?

—¡Le dijiste a papá lo del vestido!

—¿Yo? —Fingió inocencia.

—Te calé desde el principio, ¿sabes? Una arribista en busca de la fortuna familiar. Puede que a papá y a Regina los tengas comiendo de tu mano, pero yo sé muy bien cómo eres, ¡¡una pantera!!

Enriqueta rio.

—Qué cosas tienes.

—¡No te saldrás con la tuya! Pienso contarle a papá que fuiste tú. Te vi salir de la habitación, sé que destrozaste el vestido de mi hermana.

—¿Puedes demostrarlo?

—Yo...

—Eres patética. —Los rasgos de Enriqueta Banks se endurecieron—. La vergüenza de este apellido. Un parásito que no trae nada bueno, cuya única virtud es su físico, y este ya empieza a dar cuenta de su edad.

—¡Bruja!!

—Haznos un favor a todos, *cariño*. Y márchate de esta casa.

—La que se va a ir eres tú. Voy a descubrirte ante todos, papá sabrá cómo

eres realmente.

—¿Y a quién crees que creará? ¿A la hija que detesta o a su mujer?

—Diré que destrozaste el vestido, ¡fuiste tú! —sollozó con un hilo de voz.

—Nadie lo creará. Sobre todo, cuando les cuente la obsesión que tienes por Alex. Él mismo confirmará mis palabras, pues lo tienes sometido a un asedio día y noche. Luego, le hablaré de esos dólares que desaparecieron misteriosamente hace dos meses, sin olvidar que Prudence no robó mis perlas, ¿verdad? Sé de buena tinta que las empeñaste y tengo cómo probarlo. Repito, ¿a quién creerán?

—¡Yo no robé nada!

—Pues el encargado de la tienda tiene tus datos, me consta —susurró con una taimada sonrisa.

—¡Tú! ¡¡Lo hiciste tú!! Lograste que papá echara a Prudence. —Enriqueta se encogió de hombros y le guiñó un ojo—. ¿Por qué? Llevaba con nosotros muchos años.

—Se convirtió en un fastidio. Un problema que solucioné a tiempo. —Se miró las uñas—. Harías bien en recordarlo.

—Dios mío. ¿Qué otras monstruosidades ocultas?

—Viola, mi paciencia se está acabando. Lárgate de aquí y apechuga. Un mes sin crédito tampoco es para tanto, así aprenderás a no codiciar hombres ajenos.

—¡¡Esto no se quedará así!!

—Por tu bien, espero que sí.

—No lo entiendo. Tú aprecias a Regi, lo sé. En tu retorcida forma, la quieres. ¿Por qué le has hecho eso?

—Por el mismo motivo por el que tú entregaste las fotografías a ese periodista. Sí, claro que lo sé, no pongas esa cara. Poco ocurre en esta casa que yo desconozca. Quiero impedir la boda. Tu hermana no atiende a razones y he decidido seguir mi método. —Viola abrió y cerró la boca—. Alex Sinclair no es digno de este apellido, ni para tu hermana, ni para ti, grábatelo a fuego. Aunque ahora que lo pienso, quizá nos sea de ayuda tu calentón. Tienes que acostarte con él.

—No quiere.

—Pues inténtalo con más fuerza.

—He hecho hasta lo inimaginable. Alex Sinclair no es de ese tipo de hombres, ama a Regina y no va a caer en mis redes.

—Entonces oblígalo.

—¿Cómo?

—El viernes, tras la cena de ensayo, te metes en su habitación, le ofreces una bebida con la excusa de enterrar el hacha de guerra y demostrarle que estás de acuerdo con el matrimonio. Lo drogas, te desnudas y sacas varias imágenes. Al día siguiente se las hacemos llegar a Regina mediante un anónimo.

—¡No! Me odiará.

—Es la única solución.

—No voy a prestarme. Lo que propones destrozará a Regina y me detestará. Enriqueta rio fuertemente.

—Tampoco sería la primera vez que la engañas, ¿verdad? Muy bien, pues dejemos que se casen, tampoco durarán mucho. Es una crónica de un divorcio anunciado —parafraseó a García Márquez—. Ahora vete, me has dado dolor de cabeza.

—¿Y lo del vestido?

—Alega locura transitoria, qué sé yo, pero mantén tu boca cerrada si no quieres que lo haga yo. Venga, márchate.

Viola dio un respingo y salió del cuarto de su horrible madrastra. Sonrió al pegar un portazo. Caminó presurosa hacia el despacho de su padre, pensaba relatarle la conversación entera, quitarle la venda para que viese realmente cómo era su mujer. Se plantó frente a la puerta y tocó.

—Viola, ¿qué sucede? —le preguntó su padre, tras entrar en el despacho. Seguía áspero con ella, por más que había negado las acusaciones, él no le había creído—. Tengo mucho trabajo. No estoy para otro berrinche, te lo advierto.

—Yo... —Viola se fijó en el marco de la mesa, en la imagen de la mujer que miraba directamente hacia donde ella se encontraba, tragó saliva y se sintió descompuesta.

—¿Vienes a disculparte?

—Sí... —susurró débilmente—. Sí, papá.

Enriqueta se alejó de la hoja de madera con una amplia sonrisa. Ay, qué predecible era esa chica. Siempre buscando unas migajas de atención y cariño.

Patética. Lo que no se esperaba era la negativa a su plan, estaba segurísima que lo haría. Subió las escaleras y se dirigió a la habitación de Regina mientras pensaba qué podría hacer ahora para separar a esos dos...

Bea introdujo en la cerradura la llave que Andrea le había prestado de su apartamento y accedió al interior del piso.

—¿Dónde estabas?

La joven gritó fuertemente y dio un salto. Buscó a tientas la luz e iluminó el salón. Vio a Andrea sentada en el sofá, con los brazos cruzados, mirada de mala leche y ataviada con un pijama de ositos y una mascarilla facial.

—¿Qué susto me has dado, coño! ¿Qué haces ahí velando la puerta?

—Esperarte. Tenemos que hablar.

—Uff. La vida me ha enseñado que esas tres palabras nunca traen nada bueno. —La observó bizqueando—. ¿Estás enfadada?

—No.

—Ah, me parecía.

—¡¡Estoy furiosa!! ¿Te suena por casualidad un grupo llamado «Las vengadoras»?

—Ups.

—Sí, ups. —Alzó la mano, mostrándole la palma—. Quiero verlo.

—No es buena idea, amiga.

—Sí, sí lo es. Dame. —Bea dio dos pasitos y le entregó el móvil. Andrea se lo arrancó de un tirón y buscó el grupo, lo ojeó, y Bea aguardó el veredicto en angustioso silencio—. Pero qué... ¿les detallas lo que hago a cada hora?

—Ruth exigió detalles, y yo me ciño a la petición.

—¡Joder! Hasta les enviaste las veces que me he duchado esta semana.

—Que no han sido muchas, por cierto. Deberías cuidar más tu imagen, amiga.

—¿Insinúas que huelo mal?

—No, más bien, que el trabajo te absorbe.

—Y este Excel qué es...

—Te recomiendo que no lo abras.

Andrea la perforó con los ojos y lo consultó; gimió al leer el contenido.

—¿Un listado de mis últimos polvos?

—Oye, deberías agradecermelo. Me preocupo por tu vida sexual, ya que tú no.

—Vale. Será mejor que me abstenga de hacer comentarios sobre esto.

—¡Querían saber de ti! Desapareces cuando curras.

—¡¡Podrías haberles hecho un resumen!! No hacía falta ser tan concienzuda.

En fin. A lo que importa.

—Ah, ¿qué, hay más? —sollozó Bea, poniendo morritos.

—¿Tú dirás? ¿Cómo explicas que Adela crea que Sam es atractivo?

—¿Atractivo? Imposible. Adela no cree eso.

—¿No?

—Piensa que es un *macizorro*, un dios, un bombón de chocolate blanco, como tu hermano. Un troyano, un milagro divino, la gloria hecha músculo y belleza. Darcy reencarnado, un...

—Corta. Y ya que te ha impresionado tanto, dime, ¿dónde has tenido el placer de verlo?

—Es una larga historia.

—Mira qué bien. Toma asiento, tenemos toda la noche.

—Pero Peter...

—Volverá tarde, lo sabes de sobra.

—No me libro, ¿verdad? —lo dijo tan apenada que Andrea solo pudo reír. ¿Qué haría con ella? Movi6 la cabeza y se acomod6 en el sof6, dispuesta a escuchar la nueva aventura de la alocada dise6adora.

—Me temo que no.

El plan estaba en marcha. Primero, sembraría la semilla y, luego, pasaría a la acción. ¿Quién dudaría de la decisión de Regina? Nadie pondría en tela de juicio su huida tras la cena de ensayo. Sonrió con astucia. Llevaba mucho tiempo detrás, demasiado.

Cogió el DVD que reposaba sobre la mesa y lo acarició con reverencia, anticipando lo que vendría. Ese disco causaría gran conmoción, casi podía sentirlo. Abrió la carátula, lo sacó y lo metió en el reproductor. Encendió la televisión y esperó hasta que cargase. Se rodeó las piernas con los brazos y se maravilló de las imágenes que le devolvía la pequeña pantalla.

Los gemidos, los besos, los gritos y el sonido del roce de piel con piel invadieron el salón. Contempló cómo Alex Sinclair levantaba sus brazos desnudos y se agarraba a la almohada mientras la mujer succionaba su miembro. ¿Qué pensaría de esto Regina Banks? Sin duda, era la mejor actuación de su prometido. Lástima que no fuese una verdadera película, aunque el resultado sería el mismo, dejaría maravillados a los telespectadores de la fiesta. Aguardó impaciente al momento estelar y aplaudió cuando llegó. La fémica, ronroneando como la gata que era, trepó por el cuerpo del actor, lo besó y giró la cara, directamente hacia la cámara. En ese instante, quedó bien claro con quién yacía Alex fuera de la ficción: Rita Marins, su representante.

Su teléfono sonó y, de mala gana, pausó la grabación. Contempló la pantalla antes de responder.

—¿Sí?

—No puedo hacerlo —soltó a bocajarro—. *Es una locura. Ella está sufriendo, y hacerle algo así es inhumano. Cancelelo todo.*

—Sabe que no sufrirá daños. Solo él. Imagine qué dirán los periódicos al

día siguiente... ¡Será un éxito! Conseguiremos nuestros propósitos. Además, detesta esa boda.

—*Sí, pero...*

—Necesito que se centre. No puede dudar cada día, sabe que es lo correcto. Deje de pensar en ello y disfrute del resultado. Le beneficiará tanto como a mí. Escuche, me ocuparé de todo. Le aseguro que nada saldrá mal, nunca conocerán nuestra implicación y ella estará a salvo en todo momento.

—¿Lo promete? *Pese a lo sucedido, no quiero lastimarla.*

—Juro que así será.

Colgó y soltó la carcajada que llevaba aguantando durante toda la conversación. ¿Qué no sufriría? Pues claro que sí. Esa zorra engreída lo merecía. Pensó en la repercusión social, en su nombre elevado a lo más alto. Dejaría de estar a las sombras y pasaría a formar parte de la luz. No veía la hora.

Andrea atravesó la entrada de Finales Felices y se dirigió directamente al despacho de Sam. Cuando se cruzó con Margaret, la saludó con la cabeza y escondió una sonrisa recordando la inventiva de Bea, ¡¡mira que hacerse pasar por monja!! Sintió lástima por la bondadosa mujer, que se quedaría de piedra cuando descubriese la verdad.

No obstante, debía reconocer que algo bueno había salido de los enrevesados planes de su amiga y era que la pobre Regina Banks vería resarcido su orgullo cuando descubriese la maravilla que Bea estaba creando. Esa misma mañana, al levantarse, se había puesto manos a la obra, ayudada por Peter, que también conocía su secreto ya. Él, al contrario de Andrea, se había tomado a risa su jugarreta y la felicitó por la idea. Sin duda, eran tal para cual. De hecho, Peter se había propuesto como sacerdote, quería acompañarla en su próxima visita a la casa de los Banks vestido de religioso para respaldar su inventiva. Menos mal, entre Bea y ella habían logrado hacerlo desistir; al final se conformó con asistirle solamente en la confección del traje.

Bea les había dicho que tras esa tarea se dedicaría a disfrutar de los últimos días que les quedaban allí, lejos del ajetreo que suponía la boda. Peter y Andrea se habían mirado con una sonrisa, sabiendo que ni por asomo lo dejaría estar. Andrea apostaba por un día, solo uno estaría apartada de ese bullicio. Y, por supuesto, Bea presenciaría esa boda, no sabía cómo, pero estaba segura de que así sería.

Andrea se plantó frente a la puerta del despacho de Sam y tocó. Esperó hasta que escuchó su voz indicando que pasase.

—¿Andrea? —exclamó el joven con la sorpresa reflejada en su rostro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ayer te aseguré que descubriría al culpable.

Sam examinó de arriba abajo a la periodista que se quitaba la chaqueta mientras tomaba asiento. Antes de hacerlo, pudo deleitarse con esos pantalones vaqueros ceñidos que marcaban sus curvas y esa camiseta roja de media manga y cuello de barca que la convertía en una Venus.

Su atractivo, como siempre que la veía, le impactó de lleno. Eso sumado a su carácter combativo y espinoso la hacía irresistible. Se preguntó si pasaría otra noche como la anterior, en vela e insatisfecho, acosado por las imágenes y el deseo que esa Afrodita le provocaba. Desvió la mirada de su cuerpo y se centró en los papeles que tenía delante, sin percatarse siquiera de qué eran. Inspiró levemente, impregnándose con su perfume, con el que soñaba día y noche. ¿Qué estaría haciendo allí? A estas alturas la conocía demasiado bien como para sospechar que algo tramaba. Decidió investigar.

—¿Y has venido hasta aquí para decírmelo? Podrías haberte ahorrado el viaje, bastaba con llamar. Además, he leído su nombre esta mañana. Ví que cambió la firma.

—Vaya —musitó decepcionada, lo cierto era que se había imaginado diversas escenas antes de ir allí, en todas ellas, Sam acababa postrado a sus pies, suplicando su perdón y avergonzado de sus acusaciones. Fue frustrante saber que, una vez más, ese perfeccionista lo tenía todo controlado. Sonrió pensando en su propuesta. Al menos, estaba segura, lo dejaría de piedra por una vez—. Es una pena.

—¿Querías que me disculpase? —Ella se encogió de hombros, con una sonrisa; él se la devolvió—. En realidad, ya lo he hecho. Deberías mirar tu

email, el del trabajo, que es el único que he encontrado en internet. Hará una hora que te mandé un texto pidiéndote perdón. Pese a lo que pienses de mí, no soy un desalmado, Andrea. Sé reconocer mis errores. Lamento haberte juzgado mal.

Ella abrió los ojos. Sam se rio al verla confusa.

—¿Significa esto que firmamos la pipa de la paz?

—¿Renunciarás a la boda?

—Claro que no.

—Entonces ya sabes la respuesta.

Ella asintió.

—Sin embargo, te propongo una tregua. Creo que deberíamos unir fuerzas, Sam. —Él alzó una ceja con escepticismo—. Sabemos quién publicó la información, pero no quién se la proporcionó. Yo puedo vigilar a Alfred y tú, desde dentro, averiguar el responsable.

—¿Qué ganas con esto?

—Chafar a Alfred, se lo debo por la putada que me ha hecho. Si le jodo su contacto entre los Banks, lo tendrá difícil para acceder a más informaciones. Solo te pido una cosa a cambio.

—¿El qué?

—Un pase para la cena de ensayo.

—¡Ni de coña!

—Lo único que quiero es recabar información; además, así vigilaré a Alfred por si le da por aparecer.

—No.

—Sam, entiende que es mi trabajo. Tan solo hablaré de cómo fue la cena y de quién estuvo presente. Sabes que me colaré, te estoy dando la posibilidad de hacerlo bien.

—¿Por qué tienes que ponérmelo siempre tan difícil? ¿No podías simplemente ayudarme sin obtener nada a cambio?

Ella le guiñó un ojo.

—Esa es mi oferta, ¿la tomas o la dejas? Piénsatelo. —Se levantó y le entregó una tarjeta. Sam leyó que en ella estaba su teléfono—. Dime algo cuando lo decidas. —Se acercó a la puerta, pero antes de desaparecer, giró hacia él—. Por cierto, algún día deberíamos hablar de nosotros.

—¿Nosotros?

—Oh, vamos, Sam. No te hagas el tonto. Desde que he entrado en esta habitación, no me has quitado el ojo de encima. —Él fue a hablar, pero ella alzó la mano para silenciarlo—. Tampoco yo lo he hecho.

—Yo...

Andrea rio al verlo descolocado. Le encantaba desconcertarlo.

—Me atraes y yo a ti, creo que es algo obvio, deberíamos asumirlo y hacer algo.

—Cómo... ¿Cómo qué? —Se aflojó la corbata y el rubor cubrió su cara.

—¿En serio tengo que explicártelo? —Ella abrió la boca y se la cubrió con la mano—. ¡No me digas que eres virgen, Samuel Davis!

—¿¡Qué!?! —Se lo veía tan apurado que ella soltó una carcajada.

—Bromeaba, tonto. Bueno, hazme saber tú decisión, nos vemos.

Sam siguió mirando la puerta cerrada durante mucho tiempo después de que ella desapareciese, todavía no daba crédito a la conversación. Se despeinó y se repantigó en su silla mirando el móvil y sabiendo que, cuando todo acabase, echaría de menos las batallas con su deslenguada y directa contrincante. Andrea Rico había desbaratado su vida, la había puesto patas arriba y, con ello, a él mismo. Lo enloquecía, lo enfadaba, lo desconcertaba y lo obsesionaba con su recuerdo a cada hora. Se le estaba metiendo en la piel y se sentía demasiado débil para resistirse.

Pensó en su propuesta y sonrió sabiendo que estaba en lo cierto, ella se colaría igualmente; mejor si la tenía localizada y vigilada. Cogió la tarjeta, marcó el número, lo guardó bajo el nombre de Incordio y le mandó un mensaje.

Andrea conducía hacia a su apartamento preguntándose cómo había sido capaz de decir todo aquello. Vale que solía ser directa, pero, joder, podría haberse controlado un poco más. La culpa era de ese sabelotodo que la sacaba de sus casillas, quería borrarle su perenne sonrisa de seguridad y no se le había ocurrido otra forma. Sonrió, la verdad, hubiese dado lo que fuese por inmortalizar su cara, ¡había sido un poema!

Aparcó el coche justo cuando su teléfono móvil sonó. Vio un mensaje de un número desconocido y varias mariposas revolotearon en su interior sabiendo quién era. Pinchó y lo leyó: «Acepto». ¿Y ya está? Andrea tuvo ganas de

preguntarle qué aceptaba, la tregua o el polvo. Decidió ser diplomática y buscó entre los emoticonos aquel que alzaba el pulgar. Se lo envió acompañado de: «Si me entero de algo más sobre el compinche de Alfred, te lo haré saber». Él reenvió el mismo emoticono.

Andrea resopló, hasta por el móvil era parco en palabras. ¡Ni que le cobrasen!

Andrea se sentía inquieta mientras subía por las escaleras que la conducirían al apartamento de Alfred, situado en el segundo piso. Al llegar a la puerta, vaciló. ¿Qué haría a continuación?

Se mordió el labio e inspiró fuertemente, cerrando los ojos. Volvió a hacer el intento y, esta vez, sí que tocó. Esperó pacientemente y arrugó el entrecejo al no tener respuesta. Se preguntó si habría salido, teniendo en cuenta que era sábado por la tarde. ¡Tendría que haber escuchado a Bea! Su amiga le había aconsejado que lo llamase previamente, pero ella quería cogerlo desprevenido y había ignorado la sugerencia. Y en ese momento ahí estaba, frente a una casa vacía. ¡Menudo planazo!

Le sonó el móvil y lo miró. WhatsApp de Bea.

Bea:

Amiga, dime que tienes algo importante que contarme o moriré de aburrimiento.

Andrea sonrió al leerla. La pobre había marchado al castillo del amigo de Peter, el tal señor de Rowland, otro excéntrico como el esposo de la diseñadora, que era el líder de una orden de caballería antigua.

Peter, como representante de Los Trotamundos, había ido a presentar sus respetos el jueves y en ese momento debía asistir a un banquete ofrecido en su honor y en el de su señora, o eso le había explicado esa misma mañana entre pruebas de modelitos.

Al final, y tal y como había apostado Andrea, acabó escogiendo la túnica azul que tanto disgustaba a su amiga. Él la llamaba la del cortejo, aunque Andrea al verla con ella pensó que si alguno se le acercaba con semejantes

pintas, más que conquistarla, la ahuyentaría de por vida.

Bea, por su parte, se había puesto un modelito que había confeccionado con su propia mano. Peter había silbado cuando la vio, y Andrea había reído fuertemente al observar la turbación del joven. La rubia se había puesto a la antigua, pero con pequeñas modificaciones, era de corte medieval sí, pero sexi. Con cuello de barca, generoso escote y una raja de infarto. A lo Bea, vamos.

Andrea:

No me digas que te aburres.

Bea:

Como una ostra. Y eso que al principio ha sido gracioso. Nos han recibido con tambores y flautas y hasta han danzado unas chicas. A cada paso, me hacían una reverencia y me llamaban milady, ja, ja. Me he sentido como una protagonista de la Garwood.

Andrea:

Yo lo veo divertido, nena.

Bea:

Hasta ahí sí, pero luego nos hemos sentado en una mesa enorme y los tíos se han puesto a hablar de rollazos. He intentado conversar con la chica que ponía el agua, pero nada más acercarme, ha dado un gritito y ha salido pitando. Me he puesto la mano en la boca y he soplado, a ver si es que me cantaba el pozo, pero no. El cotilla de Peter, que siempre está en todo, se ha partido al verme. Luego me ha explicado que la chica respeta su condición. ¡Ni que estuviésemos en pleno siglo XV! Aquí, son muy puretas, tía. Bueno, para lo que quieren, hija, porque bien que he pillado al Pepito grillo ese echándole una ojeadita a la raja de mi falda. Poco más y se mete la cuchara del caldo en la nariz.

Andrea:

Ja, ja. Es que ahora es usted una dama, milady.

Oye, ¿Pepito grillo?

Bea:

Calla, anda. Lo que me faltaba.

Ja, ja.

Me recuerda a él, tía. Calvo, pequeño y con un sombrero igual. Nada más ver a George, señor de Rowland, lo he bautizado. Lord Pepito Grillo.

Andrea:

Me da que no te aburres tanto.

Bea:

Ay, que no.

Andrea:

¿Y no hay castellana?

Bea:

Ni castellana ni inglesa, tía. Ja, ja. Estoy más sola que la una. El único que me hacía caso era el perro, pero al darle un trozo de pan, ha desaparecido el traidor. ¡Menudo aburrimiento! Peter me debe una buena por arrastrarme a esto y perderme tu aventura.

Andrea:

¿Aventura? Estoy escribiéndote sentada en un escalón. No hay nadie en la casa.

Bea:

¡¡Te dije que llamas primero!!

Andrea:

Se oyen pasos. Igual es él. Dejo el móvil, luego te leo.

Bea:

¡Espera! Dime al menos si es él, o me da un calambre de la curiosidad.

Eh. Oyeeeeee.

¡¡Cabrona!!

Jfff

Gh

Hhh

Hhh

hhh

Vale, pues cuéntame luego, pero hazlo, ¿eh? Uff. Se pone Peter a cantar, coge paraguas, que hoy llueve fijo.

Ja, ja, ja. Te mando nota de voz. Se han puesto a dúo Pepito grillo y Peter. ¡¡Qué horror!

Andrea sintió que el móvil le vibraba de nuevo y sonrió, cosa que pilló desprevenido a Alfred, que estaba situado frente a ella y sujetaba varias bolsas, lo que evidenciaba dónde estaba.

—¿Qué haces aquí?

—Esperándote.

—Eso es obvio. Digo para qué. Si vas a gruñirme otra vez por lo de la noticia...

—¡No, no! De hecho, vengo a proponerte un intercambio. Una especie de trato —improvisó.

—Umm, esto se pone interesante. —Dejó las bolsas en el suelo y sacó la llave del bolsillo de los tejanos—. ¿Entras? —le ofreció.

Andrea asintió.

Alfred descargó su bolsito bandolera en la mesa de la entrada y se dirigió a la cocina. Desde allí le gritó que tomara asiento. Andrea se acercó al único sofá que había en el minúsculo apartamento de ochenta metros que cobijaba en una misma estancia la cocina, el salón y el baño; separando el pequeño dormitorio compuesto por una cama y una mesita de noche, una escalera situada en la parte izquierda.

Su compañero de pluma le preguntó que si quería algo y ella, para hacer tiempo, le pidió un té. Cuando lo vio agacharse y rebuscar en uno de los cajones de la cocina, se levantó y se acercó a la entrada. Cogió el bolso del hombre y rebuscó, sacó el móvil y ojeó las últimas llamadas y mensajes, sin dejar de mirar a la cocina ni contestar a las tonterías que le iba formulando el periodista.

Volvió a su asiento a tiempo de recibirlo con una sonrisa. Asió la taza que le

ofrecía y dio un pequeño sorbo, pensando en si le habría echado algún tipo de hierba de esas que te sacan la verdad. Ocultó la sonrisa con otro trago, esto de vivir con Bea la estaba afectando.

—Te confieso que me muero de curiosidad —comenzó él—. ¿Qué me propones?

—Un intercambio de información.

—¿Qué quieres saber, Anddy?

Ella apretó los labios, odiaba que la llamase por ese diminutivo que solo quedaba reservado a sus más allegados. Y él, por cierto, no lo era.

—¿Quién es tu contacto entre los Banks?

—¿Por qué supones que tengo uno? —inquirió riéndose.

—Vamos, jamás habrías sacado esas imágenes si no te las hubiesen pasado. —Él le guiñó un ojo—. Venga, quién es.

—Me temo que no te podré ayudar. Es secreto profesional, compañera. Si te lo dijese, perdería mi buena fortuna. Además, ¿qué más te da?

Ella se encogió de hombros.

—Curiosidad.

—Ya. —Lanzó una carcajada—. ¡Me lo quieres robar! ¿Qué piensas ofrecerle, gatita?

—Déjate de estupideces. Me lo dices o no hay trato.

—¿Qué gano yo?

—La ubicación exacta de la nueva localización. Sé de primera mano dónde se va a realizar la boda.

Él empezó a reír y se acomodó en su asiento, con ojos chispeantes.

—Ay, Anddy. ¡Qué inocente eres todavía! ¿De verdad piensas que a estas alturas no lo sé?

«Claro que sí, estúpido. Conociéndote, habrás escarbado hasta en el barro para enterarte». Lo miró pestañeando y con cara inocente.

—¿Ya?

—Casi siento lástima por ti, pequeña. ¡Tengo el ascenso regalado! ¿Has pensado en dedicarte a otra cosa? No sé, con tu físico, quizá de modelo, o mira, de dependienta, venderías mucho con esa labia y ese rostro tan bonito. ¡¡No!! Mejor de acompañante. —Hizo una pausa y la miró libidinosamente. A Andrea se le arrugó la boca de asco—. O lo que se tercie. Cuando sea tu jefe,

necesitaré a alguien que haga ese papel, si quieres, te ofrezco el puesto. Te pagaría más de lo que cobras y estoy seguro de que serías muy buena. —Alzó la vista hacia la cama—. ¿Probamos?

—Eres repulsivo, ¿lo sabías?

Él rio.

—Cómo me voy a divertir puteándote, empleadita.

—Ni muerta dejaré que eso pase, gilipollas. Antes renuncio que soportar tu ingesta cara todo el día. —Se levantó de un salto y se dirigió a la puerta—. Me voy de aquí antes de que me dé una arcada y te vomite en el salón. Adiós, idiota.

—Adiós, querida.

Andrea dio un portazo y lo escuchó reír. Bajó al patio y salió al exterior. Se acercó a su coche, lo abrió y penetró en el interior. Sacó el móvil y, con una gran sonrisa, buscó entre sus contactos a Sam; envió: «Lo tengo. Es Viola Banks».

Luego leyó los testamentos que Bea le había puesto y pulsó el micrófono, contándole en una nota de voz su reciente episodio, antes de que le colapsase el teléfono a punta de mensajes.

—¿Estás seguro, Sam?

—Totalmente.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Estos últimos días tenías demasiado ajetreo. No quería agobiarte con el tema. Además, he estado muy pendiente de ella.

—Joder. ¿Y ahora qué hacemos? Tenemos al enemigo en casa.

—Guardar silencio. Lo importante es que Viola no descubra nada, así podremos vigilar sus movimientos.

—¿Se lo has contado a Regina?

—No. Y creo que tú tampoco deberías hacerlo, al menos, hasta que mañana pase la boda. Déjalo en mis manos, Alex. Hoy disfruta de la cena y mañana, de tu gran día. Cuando todo acabe esta noche, hablaré con tu cuñada y me aseguraré de que mañana no nos dé un disgusto.

—Gracias, Sam. Eres el mejor, ¿te lo he dicho ya?

—Pues no —contestó con media sonrisa.

—¡Menudos quebraderos de cabeza te hemos dado! Te lo compensaré, amigo. —Le dio un manotazo en el hombro y luego se marchó para reunirse con Regina y el resto de invitados de la cena de ensayo.

Sam lo vio alejarse y, después, se acercó a la puerta que daba al exterior; desde allí, fue cómplice del bullicio que reinaba en el interior del gran salón que los Banks habían alquilado para la cena de ensayo. Familiares y amigos cercanos a la pareja los acompañaban en los preliminares del gran día, que tendría lugar horas después.

Sacó el móvil del traje oscuro que vestía y consultó la hora. Las nueve. Lo desbloqueó y hurgó en él buscando rastros de la fémica que lo estaba

trastornando. Se preguntó si habría cambiado de opinión, pero tal y como se formuló la cuestión la descartó. Andrea Rico jamás dejaría pasar la oportunidad de meter su preciosa naricita en el gran acontecimiento de esa noche.

De pronto, captó un movimiento en el exterior y creyó distinguir a una figura aventurándose por los jardines. Salió del restaurante y se dio de bruces con la oscuridad. Decidido y convencido de que sería la periodista, la siguió hasta la parte de atrás. Gritó su nombre y, como respuesta, solo obtuvo silencio. Recorrió cada palmo de la zona sin hallar presencia alguna y, justo cuando se daba por vencido, escuchó el chasquido de unas ramas. Se precipitó hacia allí con la intención de sorprender al intruso, cuando algo tiró de él y lo derribó. Se revolvió inquieto y recibió varios golpes y maldiciones.

—¿Quieres parar? —siseó una voz femenina que conocía demasiado bien. Al enfocar la vista, distinguió las hermosas facciones de Andrea sobre él. Sam fue a replicar, pero ella le puso una mano en la boca—. No hables, mira —susurró y cabeceó hacia la izquierda. Él siguió la trayectoria de su mirada y distinguió a una pareja muy próxima a ellos. Examinó al hombre y comprobó que era Alfred, el detestable reportero de *Hunting*, y cuando posó sus ojos sobre la mujer, abrió sin remedio la boca; Andrea que lo observaba atentamente hizo una mueca. Sam cerró los ojos y resopló. Intentó captar qué decían e hizo señas a la joven para que afinase también su oído.

—¿Es esto? —Alfred alzó un sobre marrón.

—Sí.

—¿Está segura? —Ella asintió—. ¿A primera hora? Escuche, esperaré hasta que me avise; no se preocupe. Lo tendré preparado, tal y como acordamos.

—Ten cuidado. Me juego mucho.

—Sí, yo también.

Ella lo taladró con la mirada.

—Recuerda que tú y yo jamás nos hemos visto. Y si algo saliera mal...

—Lo sé. La única responsable será Viola, usted estará a salvo, créame.

—Por tu bien, eso espero. Ahora márchate.

—¿Qué? ¡Espere! ¡¡Señora Banks!! La cena...

—Nadie puede verte aquí. Es solo una estúpida reunión, mañana tendrás la noticia más jugosa de tu carrera, confórmate con eso.

Alfred no pareció muy seguro, pero, aun así, marchó. Enriqueta Banks, tras mirar a un lado y al otro, se perdió entre las sombras.

Andrea tocó el brazo de Sam y se puso un dedo en la boca señalándole que guardase silencio. Lo cogió de la mano y, agazapados, se alejaron de allí, sin percatarse de que había alguien más.

Cuando ya se encontraban lejos, Viola Banks salió de detrás de un gran roble. Maldijo a su mezquina madrastra y se prometió que se las pagaría. Luego, le llegaría el turno al carroñero periodista. Se perdió en el interior y tomó asiento a la derecha de su hermana, frente a ella estaba Enriqueta, a la que no perdió de vista entre trago y trago.

Lejos de allí, en el exterior, Sam andaba de un lado para el otro, inquieto, revolviéndose el que minutos antes era un impoluto peinado. Andrea, sentada en una roca, lo observaba con la cabeza apoyada sobre las palmas de las manos.

—Sigo sin entenderlo —protestó—. ¿¿Qué significó todo eso!?

—Yo creo que es obvio. Tenemos al auténtico topo.

—No. Te aseguro que la información se la pasó la hermana. Comprobé las llamadas y los WhatsApp. Era ella.

—¿Entonces?

—Eso me pregunto yo. ¿Qué coño significa ese encuentro?

—No hay que ser un lince para comprender que esos dos planean arruinar el enlace. Enriqueta Banks detesta a Sinclair, intenta disimularlo, pero es demasiado obvia. Aborrece la idea de que entre a formar parte de su selecta familia —vaciló al decirlo y la miró frunciendo el ceño.

—Joder, Sam. No hace falta que pongas esa cara, tío. No voy a publicarlo.

—¿Y por qué no? Todo esto es carnaza para una noticia de primera.

—No de las mías. Pese a lo que opinas de mí, tan solo quiero cubrir la boda, si es que algún día se celebra; mostrar al mundo a una feliz pareja el día de sus nupcias. ¿Es tanto pedir?

—Al parecer, sí porque a cada paso que damos surge una traba. —Se volvió a despeinar—. Oye, ¿qué hacías tú allí?

—Vi cómo Alfred bajaba de su coche y supe que tenía que seguirlo. Miraba

hacia atrás a cada paso, y eso me convenció de que se traía algo entre manos. Me escondí en el seto a la espera de ver con quién se iba a reunir. Casi me matas del susto al aparecer por detrás. Tardé un poco en reconocerte y menos mal que reaccioné a tiempo o los habrías espantado. Lo que me recuerda que deberías darme las gracias. —Sam sonrió por primera vez en toda la noche. Apartó de sí la preocupación y se concentró en la bella mujer que portaba un vestido blanco de tirantes, escote en uve pronunciado y falda de vuelo. Se quedó sin aliento. ¿Se lo parecía a él o cada día era más hermosa? Sintió un hormigueo por el estómago y se arqueó hacia ella, cogiéndola de la espalda.

—Sí... Debería hacerlo —susurró contra sus labios, rozándolos.

El corazón galopó desesperadamente en su pecho. ¿Pero qué le hacía esta mujer?

Se apartó con cierta confusión y comprobó con satisfacción que no era el único afectado. Andrea, cuyos preciosos ojos mantenía cerrados, respiraba con dificultad y lo sujetaba con fuerza de la chaqueta. Al notar su ausencia, ella aleteó las pestañas y lo perforó con la intensidad de su mirada. Sam sintió un estremecimiento y supo que lo suyo traspasaba la mera atracción. Ambos estaban experimentando *algo*, a lo que no se atrevían a ponerle nombre, pero que los estaba llevando por un laberinto demasiado complicado para su paz mental.

Escuchó cómo la joven resoplaba, antes de cogerlo de las solapas y acercarlo un poco más a ella.

—¿Qué se supone que ha sido eso?

—Un beso de agradecimiento, señorita Rico.

—No, señor Davis. —Colocó su poderoso brazo masculino sobre su cintura y lo obligó a estrecharla. Subió los suyos hasta su cuello y enroscó los dedos en su cabello mientras susurraba—: Esto es un beso. —Y así, procedió a demostrárselo.

Andrea respiró hondo sintiendo que todos sus sentidos despertaban al rozar la suavidad de esos labios carnosos que sabían a gloria. Escalofríos traidores la asaltaron de arriba abajo. Su embriagador olor la perturbó. Movié los labios y su lengua se abrió camino en busca de su compañera de juegos. Al hallarla, comenzaron una danza húmeda que les robó el aliento y el buen juicio. El beso se tornó ardiente, exigente y se transformó en una auténtica

posesión. Andrea daba y reclamaba sin piedad, doblegándolo a su ser.

Ella acarició sus fuertes brazos y él recorrió su cuerpo con abrasadoras caricias. Allí, al aire libre, lanzaron la máscara de indiferencia al suelo y se entregaron a esa pasión que los consumía desde el mismo instante en que se encontraron. Él profundizó el beso y ella sintió que desfallecía. Jamás había experimentado nada tan poderoso. Nunca un simple contacto de labios la había trastocado de ese modo. Un jadeo escapó de sus labios cuando notó, triunfal, cómo el deseo de él la rozaba. Sus lenguas siguieron frotándose y sumándose a esa marea de sensaciones que los evadió de todo. Incluso, de esa persona que, atónita, los miraba a escasos metros. No escucharon la suave risita ni los carraspeos que emitía.

—¡¡Samuel Davis!! Deja respirar a la chica, hijo.

Sam dio un respingo al oír la voz de su abuela; se separó de Andrea de un brinco. Ella pareció turbada, miró a Margaret y se puso colorada.

—Yo...

—¡¡¡Señorita Brown!!! Sam, pero cómo... Cuando... Yo...

—¡Abuela! Esto no es lo que parece.

—¿Ah, no?

—No.

—Ya. ¿No era un beso?

—Bueno, eso sí...

—¿No le agarrabas del trasero mientras la alzabas en el aire y te apoyabas sobre el pobre matorral que has dejado medio mustio?

—¡¡Abuela!! —Ella rio—. Lo que quiero decir es que no es Heather Brown.

—Oh. Entonces, ¿quién?

—¿Recuerdas a A.R.? El de *Hunting*.

—¿El odioso periodista que te mantiene en vela todas las noches y te ha desesperado estas últimas semanas?

Sam puso los ojos en blanco.

—El mismo.

—¿Qué pasa con él?

—*Ella*, abuela, no él. —Señaló a la joven—. Te presento a Andrea Rico, mi pesadilla.

Andrea lo miró iracunda; se cruzó de brazos y giró el rostro escarlata hacia

Margaret. Se sentía totalmente mortificada por el engaño que había perpetrado contra la bondadosa mujer que, seguramente, la despreciaría por estar detrás de las publicaciones que tanto habían perjudicado a su trabajo.

Margaret la miró de hito en hito y movió los labios; Andrea esperó los insultos o el enfado, pero de ellos tan solo salió una enorme carcajada seguida de varias más.

—¡Oh, querido! Esto es demasiado bueno. ¡¡He rezado tanto!! Esa monjita, sor Beatriz, me ha traído suerte. ¡¡¡A. R., el temido, osado y esquivo a A.R. es nada menos que la señorita Brown!!! Con razón tienes esa cara todo el día. — Se acercó a Andrea y le dio un beso húmedo en la tez que le dejó la marca de su carmín rojo, a juego con el amplio vestido de gasa que lucía la mujer—. Gracias, cariño.

—¿Por qué? —inquirió la aludida, extrañada.

—Por desbaratarle la vida, lo necesitaba. Sigue así, niña. Tienes mi bendición.

Margaret comenzó a reír de nuevo y, como pudo, les informó de que la cena ya comenzaba, entró en el interior sin parar de reír y repitiendo: « Igualito que mi Carl. Lo han cazado. Se lo dije. ¡No podía escapar! ».

Andrea se giró hacia Sam.

—¿Quién es Carl?

—Mi abuelo. —Su rostro se tiñó de cierta angustia—. Murió hace cinco años. Dice que nos parecemos mucho y que aparecerá una mujer que me pondrá en mi sitio, que besaré el suelo que pisa y que cometeré la mayor locura de mi vida: enamorarme como un tonto y para siempre. Ah, y que no lo veré venir. «Sam. Mantente alerta, cariño, el día menos esperado aparecerá por esa puerta» —la imitó con vocecita.

—Tiene razón, Sam.

—¿Ah, sí?

—No lo has visto venir. —Sam casi tropezó al escucharla. Andrea se relamió. ¡Cómo le encantaba descolocarlo!

Sam la observó mientras se alejaba con la espalda recta y moviendo el trasero de forma demasiado provocadora para ser legal. Continuaba paralizado, con el corazón a punto de salirse y sabiendo que ella estaba bromeando, pero temiendo que las palabras de su abuela hubiesen vaticinado

su futuro. ¿Y si el día, en efecto, hubiese llegado?
Tragó saliva varias veces antes de seguirla.

Rita Marins observó atentamente a la feliz pareja que protagonizaba la velada. Reían y se susurraban confidencias a cada momento. Viola, al lado de su hermana, no paraba de beber y de acosar al futuro esposo con ardientes miradas. ¡Era tan evidente su interés!

Frente a ella, Enriqueta Banks, vigilaba cada uno de sus movimientos cerciorándose de que su embriaguez no provocase un comportamiento escandaloso. Su marido charlaba animadamente con la anciana que se encargaba de la boda. Al pensar en los planificadores del enlace, focalizó su interés sobre Sam, quien parecía ajeno a la celebración. El motivo de su distracción era una joven rubia muy guapa.

Libre de miradas, se centró en Alex. Repasó cada uno de sus rasgos y tuvo que controlar su furia cuando vio cómo Regina posaba una mano sobre su pecho, reclamando sus labios. Cerró los ojos diciéndose que lo suyo era agua pasada, que nunca había tomado en serio sus escauceos sexuales, pero el dolor puntiagudo que exhalaba su corazón no remitió. Le pesase o no, amaba a ese hombre.

El camarero puso delante de ella el postre y Rita cogió la cuchara atacando la tarta de queso con la que mitigó sus penas. Lágrimas de impotencia amenazaron con hacer acto de presencia y tuvo que beber varios sorbos de vino para templar sus ánimos.

Un amigo de Alex llamó su atención y le contó una ridícula anécdota a la que no prestó atención, sonrió como respuesta, pero siguió observando a Alex, sabiendo que en pocas horas lo perdería para siempre y no solo en el plano personal, en el profesional también la dejaba tirada, pues pretendía meter cabeza en el imperio Banks y alejarse de la interpretación. «Desagradecido»,

escupió su interior. ¿Cómo podía abandonarla así? ¡Tenía talento! Y amaba su profesión. A su lado, serían imparables. Rita sabía exprimir su potencial, sacar lo mejor de él, lo supo desde el primer momento. Alex tenía algo especial, algo que no vio en el resto de sus representados. Y además, era guapísimo.

Quiso resistirse, pero no pudo, se enamoró de él. Entonces, cuando lo comprendió, decidió que sería suyo y así fue hasta que Regina apareció y lo estropeó todo. Regina, esa pija malcriada jamás lo amaría como ella. ¿No se daba cuenta Alex de que solo quería cortarle las alas?

Se percató que los platos habían sido retirados y que muchos invitados entregaban regalos a los novios. Ella cogió el suyo y, con cierto desasosiego, se acercó hasta los novios y lo ofreció. Simuló una sonrisa que no sentía, recibió el beso de agradecimiento de Regina y la abrazó cordialmente. Luego, se giró hacia Alex e inspiró su olor antes de sentir su torso estrechándola, cerró los ojos y deseó que ese instante no acabase nunca. Incapaz de renunciar a su presencia, pidió silencio y cogió la copa de Alex, que llenó de vino. La alzó y habló:

—Por los novios, que sepan huir de las adversidades y su amor resista los embates de la vida. ¡Por ellos! —El resto coreó sus palabras y las sellaron con un trago. Ella hizo lo propio, posando los labios en el cristal que Alex había utilizado toda la noche. Miró de reojo a Regina y captó un leve enfado que la revitalizó. Marchó a su sitio más ligera y feliz.

Viola se levantó tambaleante y cogió su copa, alzándola. Todos callaron al instante. Enriqueta maldijo por lo bajo y llamó la atención de su marido que le advirtió a su hija que se comportase e intentó tirar de ella para sentarla de nuevo, pero esta se zafó de su agarre y vociferó:

—Quiero... Quiero brindar por mi hermana y por su estu... estupendo prometido. Os deseo que seáis muy felices. Sobre todo tú, Alex, que vas a renunciar a tu carrera por ella. —La copa se volvió inestable en sus manos—. Espero que no te arrepientas y abandones a la pobre Regi. ¡Sería una calamidad más bochornosa que la del vestido!

—¡¡Viola!! —la riñó Enriqueta.

—¿Qué? Todo el mundo vio la noticia. ¿O no?

Regina gimió y Alex puso la mano sobre ella, apretándosela en señal de

apoyo. La encomió y le susurró cuánto la quería, lo que envaró a Viola, que lo escuchó.

—Siéntate y deja de avergonzarnos —le ordenó su padre.

Ella lo ignoró y prosiguió:

—Regina, hermana. Por fin tienes todo lo que has anhelado siempre. ¡Por ti! Por que sepas conservarlo. ¡¡Brindemos!!

Nadie movió su copa. Miraban de un lado al otro, sin saber cómo reaccionar. Viola, satisfecha con su acción, se alzó de hombros y tomó asiento, encogiéndose ante la mirada acusadora de su padre. Mucho se temía que su falta de asignación se prolongaría un mes más.

—Bien. ¿Por qué no pasamos al vídeo que os han preparado vuestros amigos? —propuso Sam para romper el silencio que siguió a las palabras de Viola.

Varias jóvenes dieron aplausos y esperaron impacientes las imágenes. Sam hizo una señal y uno de los camareros conectó el proyector, que resonó por toda la estancia.

La gran pantalla mostró una habitación y un hombre en la cama, desnudo, sonriendo. Era Alex Sinclair, el novio. Los asistentes exclamaron. Regina chilló y la voz de una mujer irrumpió el salón.

—¿Qué te gusta, cariño? ¿Quieres esto o esto? —Una figura se colocó sobre él y comenzó a besarle las piernas hasta llegar al miembro.

Regina gritó y se tapó la boca; llorando silenciosamente.

—¡¡¡Oh, Dios!!! —pronunció el Alex de la grabación cuando ella lamió su pene.

Regina se puso en pie con el rostro plagado de lágrimas, sin apartar la mirada del vídeo.

—¡¡Sam, joder!! Quita el puto vídeo —ordenó a Alex. El organizador salió de su parálisis y comenzó a chillar que encendiesen las luces y que quitasen la proyección.

Mientras, la reproducción seguía su curso.

—Eres malo, Sinclair. Muy malo —decía la mujer del vídeo que seguía de espaldas a la cámara. Él se movió y le dio la vuelta, captándose al instante el rostro de la fémina. La gente de la cena comenzó a murmurar y a mirar de reojo a la protagonista: Rita Marins.

Regina no necesitaba esa prueba, había reconocido la voz desde el principio. Sus sollozos se hicieron oír por encima de la pareja que retozaba. Por fin los camareros consiguieron quitar el vídeo y alumbraron el salón.

—¿Cómo has podido, Alex? —sollozó Regina, rota de dolor. Él se puso en pie y le cogió la mano con ojos suplicantes, ella se liberó y huyó de allí hecha un mar de lágrimas.

—¡¡Regina!! —la llamó el joven. Miró a sus amigos, que estaban igual de confusos que él—. ¿Por qué habéis hecho esto?

—Alex, te juro que no tenemos nada que ver. No es el vídeo que preparamos —se disculpó una chica morena, secundada por el resto de grupo.

—¿Quién coño es el responsable? —Nadie contestó—. ¡¡Esas imágenes no son reales!!

Viola Banks rio.

—Cuñadito, ¿pretendes que creamos que es ficción? —Viola lanzó una carcajada—. Pues sí que actúas bien, ¡te mereces el Oscar! —Rio otra vez—. ¡Sabía que no eras tan bueno! Ninguno lo es.

—¿¡Es obra tuya, verdad!? ¡¡Maldita arpía envidiosa!!

—Eh, a mí no me metas. Esta vez, no soy la responsable. ¡Lo juro!

Alex gruñó y se lanzó sobre Viola, que chilló desesperada. Sam lo apartó e intentó calmarlo.

—¿¡Por qué no aceptas que quiero a tu hermana!? Joder, Viola, deja de meterte en nuestra vida. —Atacó a todos con los ojos—. Sí, me acosté con Rita, pero fue antes, antes de que conociese a esa maravillosa mujer —señaló a la puerta—, una noche que ambos habíamos bebido más de la cuenta. ¡Rita, dilo, por favor! Fue un error. No tuvo importancia. ¡Nunca engañaría a Regina! Jamás. ¡¡La amo!!

—Tranquilo, Alex. Sabemos que es así —afirmó uno de sus amigos.

—Eso, Alex, te creemos —secundó la joven morena que había hablado antes negando que el vídeo fuese de ellos.

—Tienes nuestro apoyo, amigo —dijo otro.

—¿Cómo podemos creerte, hijo? Esas imágenes son muy explícitas y...

—Señor Banks. Un día después de conocer a su hija, me tatué el hombro. —Se quitó la chaqueta y se desabrochó la camisa para mostrarlo—. Aquella noche, un ángel entró en mi vida y quise recordarlo para siempre. —Todos

comprobaron que en el hombro derecho había una figura femenina arqueada de la que salían dos alas—. Puede visionar las imágenes si quiere. Verá que no está. Lo que prueba que son anteriores. Regina lo sabe, si me escucha, lo creerá.

Su suegro asintió.

—Ve a decírselo, pues. Tenemos una boda que celebrar —musitó sin mucha convicción.

Alex no necesitó más apremio, salió al encuentro de Regina. No tuvo que buscar mucho, ella estaba tras las puertas del salón.

—¿Lo has oído?

La joven asintió.

—¡Tienes que creerme, cariño! Te juro que nunca te he sido infiel. Eres lo más importante que tengo. Jamás te haría daño a propósito.

—Lo sé, Alex.

—Por favor, Regi. Te amo, dime que me crees. Lo único que me importa en esta vida eres tú, ¡no puedo perderte!

Regina se acercó y lo abrazó, llorando. Alex dejó escapar sus propias lágrimas.

—Mi amor, te creo. Pero me cabrea que no me lo contases.

—Sé que estuvo mal. No debí ocultártelo, Regi. No era importante para mí y creí que podría enemistarte con Rita. Ella coincide conmigo en que fue un error, una noche con demasiado alcohol que los dos nos hemos esforzado por ocultar.

—Lo que no entiendo es por qué lo grabó.

La puerta se abrió y por ella salió Rita.

—Regina. Siento lo ocurrido. No sabes cuánto. Estoy avergonzada. Aquella noche estábamos tan borrachos que grabé con mi móvil las imágenes. No me explico cómo han aparecido, pues estoy segura de que las eliminé del dispositivo. De hecho, acabo de mirarlo y no están. —Lo sacó del bolsillo y se lo ofreció, la otra negó con la cabeza mientras se dejaba abrazar por su prometido—. Yo... Me siento fatal, Regi.

—Tranquila. Ahora solo quiero olvidarlo y casarme.

—¿De verdad? —Los iris de Alex brillaron de esperanza—. ¿Todavía quieres que se celebre la boda?

—¡¡Sí!! —Le sonrió con todo el amor que sentía—. No permitiré que nada ni nadie la estropee.

—Cariño, hay algo que tengo que contarte. Sam me dijo que tu hermana estaba detrás de las filtraciones a la prensa, quizá lo del vídeo...

—¡No importa! No dejaré que haya más interrupciones, mi amor. Mañana serás mío, pese a quien le pese.

—¡Perfecto! Avisaré a los invitados de la decisión.

Rita forzó una sonrisa mientras los veía marcharse. Apretó los puños y maldijo su suerte.

Regina entró en su habitación y su abatimiento se convirtió en dicha cuando vio la sorpresa que la aguardaba en la cama. ¡Por fin mejoraba la noche! Se acercó, agarró la tarjeta y la leyó al instante:

Tal y como te prometí, aquí lo tienes. Hecho a tu gusto y medida. Espero que te sientas como la princesa que eres con él.

La joven, mentalmente, dio las gracias a la simpática monja y corrió a destapar la caja blanca. Alzó la tela y las lágrimas acudieron a sus ojos al contemplar su nuevo vestido de novia. Era hermoso. Sencillo, pero llamativo a la vez.

Tuvo que admitir para sí que la monjita ciertamente cumplía sus promesas. Le había jurado que le haría el mejor vestido de la historia en tiempo récord y así había sido. Durante las pruebas que habían realizado en los últimos días, Regina jamás creyó que el resultado sería tan espectacular. Tenía una obra de arte entre los dedos, su vestido, con el que había soñado de niña. Tan solo tuvo que describirle la idea, y la otra hizo magia.

Se desnudó, se lo probó y se miró en el espejo. Parpadeó varias veces para constatar que esa rubia fuese realmente ella. ¡Parecía una princesa de cuento! Se echó a llorar de la alegría. Corrió hacia la cama y buscó en su bolso el móvil para agradecerle a sor Beatriz el esfuerzo invertido y felicitarla por su trabajo, pero justo cuando cogía el teléfono, la puerta sonó. Se miró e hizo el intento de quitarse el vestido, pero otra insistente llamada la precipitó hacia la entrada. Se mordió el labio, abrió despacito y espió el exterior; al constatar quién era, separó la puerta del todo.

—Hola. ¿Cómo estás?

Regina le sonrió.
—Mejor.
Escuchó un gemido y se dio cuenta de que la miraba de arriba abajo.
—Estás... Estás maravillosa.
Regina se sonrojó. Inspiró fuertemente y contuvo las lágrimas, riendo.
—¿Vas a entrar? ¿Qué llevas ahí?
—Una tila. Me han dicho que te la tomes, calmará tus nervios.
—Gracias. —Le dejó pasar y le dio un beso en la mejilla—. ¡Qué haría yo sin ti!

Andrea llegó hasta su coche y se giró hacia su acompañante.
—Sana y salva, caballero.
—Así me gusta, señorita. —Rio Sam, que le abrió la puerta e hizo una reverencia. La periodista soltó una carcajada y tomó asiento.
—Menuda noche, ¿eh? Qué pena me ha dado Regina. ¿Seguro que está bien?
—Estabas delante cuando Alex me ha llamado. Espero que así sea. Te confieso que esta noche creí que se cancelaría todo.
—¿Quién pudo haber hecho algo así?
—Viola. Estoy seguro.
—No sé, Sam. Ella parecía tan sorprendida como el resto.
—Bueno, ahora ya da igual. Ha sido un mal trago, pero los novios lo han superado. Mañana será la boda y por fin dormiré una semana seguida sin pensar en nadie más.
—¿Ni siquiera en mí?
Sam levantó una ceja y estiró los labios en una sonrisa pícaro.
—Sobre todo en ti, pequeña meticona.
—¡Oye! He prometido que no publicaré nada de lo que ha pasado. ¿Acaso no es suficiente?
—Contigo nada es suficiente, Anddy. —Se apoyó en la puerta y la devoró con los ojos.
—Creo... Debería irme. Es tarde y... Venga, suelta.

Él rio y se apartó. Andrea cerró y bajó la ventanilla.

—¿Dónde te hospedas?

—En The Baker House, con el resto de invitados —respondió risueña.

—¿Por qué será que no me extraña? —Sam movió la cabeza de un lado al otro; Andrea le guiñó un ojo.

—Me tomo muy en serio mi trabajo, señor Davis.

—Ya lo veo, ya. Lo que me sorprende es que no te alojases en la propia residencia de los Banks. No hace falta que disimules, Anddy. Sé de sobra que te has enterado de dónde se celebrará la boda.

—Bien, pues hasta mañana.

—¿Sabes que intentaré impedir que entres, verdad?

—¿Y tú, que lo haré, no?

Sam volvió a reír y se apartó. Andrea arrancó y desapareció de su vista.

Un cuarto de hora después, la joven llegaba al lujoso hotel situado en el East Hampton. La antigua casa señorial se veía imponente hasta en esas horas. Entró y accedió a la amplia habitación. Observó a la pareja acurrucada que se hallaba en la cama de al lado. Al verla, se alzaron.

—¿Cómo ha ido? ¿Qué le han regalado? ¿Ha visto el vestido? ¿Le ha gustado? ¿Has estado con Sam? ¡Espero que te haya piropeado porque vas rompedora! ¿Se ha declarado por fin? ¿O lo has hecho tú? A mí no me engañas, ¿eh? Te tiene loquita. Ay, ¿qué han puesto de cenar? ¿La novia ha repartido algo? ¿Alguien ha dado un discurso? ¿Has visto esta habitación? ¡Es más grande que mi casa entera!! Me he dado un masaje en el spa... ¡Mañana tienes que probarlo! Hablando de eso, sigue la boda en pie, ¿no? ¿Estaba Alfred?

—¡¡Bea!! —la cortó Andrea antes de que siguiese con el interrogatorio—. Que te vas a ahogar. Antes de empezar la entrevista, dime, ¿los tienes? —La otra sonrió y le dio un empujoncito cariñoso a su marido, que se descolgó de la cama y rebuscó por lo bajo. Sacó una bolsa y mostró su interior.

—Aquí están. —Andrea observó los dos disfraces y sonrió—. ¿Tú también vienes, Peter?

—Por supuesto. ¡No me lo perdería por nada!

—¿De monja?

—¡Seré novicia! Bea dice que llamaré menos la atención.

—Es verdad. Nadie se fija en los nuevos. Bien, y ahora, ¡¡cuenta!!
—¿Por dónde empiezo?

Alex aparcó el coche en el Percival, el restaurante de la cena, y entró. Tras dejar a Regina en la mansión, había decidido volver y tomarse varias copas para deshacer el nudo que todavía sentía en la garganta. Sin duda, recordarían durante años esa maldita noche. Alex podía oler su propio miedo, ese que seguía recorriendo cada poro de su piel. ¡Había estado tan cerca de perder a su amada Regina!

Temblando, se dirigió al salón. Al entrar, frenó en seco. En la barra, dos mujeres discutían acaloradamente; Alex cerró los ojos y dio media vuelta para huir de allí. Lo que menos necesitaba en ese momento era enfrentarse a Viola y Rita. Las dos féminas estaban acabando con sus nervios. Regresó al coche y condujo hasta la casa de los Banks, donde pasaría la noche junto a los más allegados a ellos. El resto de invitados se alojaba en The Baker House 1650.

Pasó por la cocina y recogió una botella de whisky. ¡Necesitaba un trago desesperadamente!

Enriqueta Banks releyó la carta que sostenía entre sus manos y sonrió ampliamente. En ella, Helen, la antigua doncella, se deshacía en disculpas con su hijastra. Le contaba que se había acostado con su prometido y que no era capaz de seguir allí; soportando el dolor de verlo a un paso del altar. Leyó las líneas finales y aplaudió mentalmente por su ocurrencia. Por supuesto, era una vil mentira, pero nadie sospecharía, pues la estúpida criada pensaba contar la versión que juntas habían tejido. Además, Alfred aportaría su granito de arena publicándola en *Hunting* cuando ella le diese la señal. Y lo mejor, Helen estaba dispuesta a dar declaraciones.

Era el momento de poner en marcha su plan, ya que la semilla en Regina estaba sembrada. Enriqueta se sintió dichosa, al día siguiente no habría boda,

estaba segura. Se puso la alarma a las seis, hora en la que pensaba hacer entrega de su *hallazgo*. Guardó la carta justo cuando la puerta se abrió; vio a su marido entrar por ella.

—¿Dónde estabas?

—En el despacho.

—¿A estas horas? Querido, lo tuyo es enfermizo. Venga, cámbiate y durmamos, que mañana nos espera un día ajetreado. Esperemos que sin más sobresaltos, que por hoy ya ha estado bien.

—Sabía que esta boda no era buena idea, Riqui. Espero que Regi esté bien.

—Pues claro que sí, Frank. Es una Banks. Venga, ¡a dormir!

Él asintió y se dirigió al baño.

Rita se marchó del restaurante rezumando impropiedades contra la rubia estirada que seguía empujando el codo en el bar. ¡Maldita pija! Se palpó la mejilla que iba tornándose morada y se dijo que se las pagaría. La muy perra le había montado un espectáculo por el vídeo, la acusó de ponerlo para ridiculizar a su hermana y de seducir a Alex, a quien por lo visto ella también deseaba. Y luego, la abofeteó.

Condujo hasta la mansión Banks, donde dormiría por invitación expresa del propio novio. Aparcó y se dirigió a la habitación que le habían asignado en la primera planta. Abrió su maleta, rebuscó y sacó lo que deseaba.

Con una sonrisa maligna, se coló en el cuarto de la odiosa Viola y se introdujo en el servicio. Agarró su champú, lo vació y lo rellenó con el líquido que portaba. Después lo dejó como estaba y salió de allí sin ser vista.

Esa noche durmió impaciente.

Regina despertó aturdida. Se tocó la cabeza y gimió de dolor. Intentó enfocar la vista, pero la más absoluta oscuridad la absorbió. Miró alrededor y no reconoció a cuanto la rodeaba. ¿Dónde estaba? Palpó el frío suelo y, con

cierta dificultad, se puso en pie. Un fuerte mareó la asaltó y la hizo trastabillar. Abrió y cerró los ojos y creyó ver una cortina en el lateral derecho. Con pasos trémulos anduvo hacia allí y, al llegar, tiró de la tela; la estancia se iluminó con la luz que proyectaba la luna a través del cristal de la ventana. Regina se dio la vuelta y chilló al contemplar la habitación desértica.

Se giró hacia el cristal y lo abrió. Tras él, vio unos barrotes de hierro. Desesperada, se agarró a ellos y gritó a pleno pulmón. Pero solo obtuvo silencio como respuesta.

El insomnio se hizo patente en cada movimiento de Alfred. Sentía el cuerpo cansado, los párpados le pesaban y bostezaba a cada segundo. Se recriminó la falta de sueño, causada por la excitación que lo invadía al saber que tan solo unas horas lo separaban de la gloria. Imaginó su nombre encumbrado en todos los medios de comunicación, fantaseó con jugosas ofertas laborales e idealizó una realidad que jamás llegaría. Y todo por esa vieja urraca que se había echado atrás en el último momento.

El mensaje llegó sobre las ocho de la mañana. El corazón le dio un palpito cuando escuchó el estridente sonido que provenía de su teléfono móvil. Se levantó de un salto de la cama en la que intentaba inútilmente descansar y se precipitó en su busca. Al abrirlo, el mundo se le cayó encima: «Reúnete conmigo en una hora, ya sabes dónde. No publiques». Y ya estaba; ni una mísera explicación, ni unas palabras de aliento que calmasen su desasosiego. ¿Qué se creía? ¡No era su puta marioneta!

Sin embargo, ahí estaba. Tal y como le había indicado en su escueto mensaje, Alfred se había colado en la mansión Banks cuando el formidable reloj de madera había marcado las nueve.

Al principio, aguardó impaciente en la antigua habitación de Helen, recorriendo con la mirada y manos cuanto poseía la estancia, que ciertamente era poco. Una triste mesita de noche con una cajita repleta de bisutería barata de la antigua doncella. Tres míseros cuadros de paisajes, una cama demasiado incómoda para su gusto y una cómoda en la que hurgó y de la que poco pudo extraer. Media hora después, su expedición lo hastiaba y sus pies traqueteaban con exasperación. Accionó el móvil y maldijo en voz baja al comprobar que no había señal.

Se acercó a la puerta y abrió levemente para asomar la nariz. Se extrañó al observar cierto ajeteo entre los miembros del servicio. De arriba, le llegó la voz airada del propietario del caserío, gimoteos, chillidos y órdenes lanzadas a diestro y siniestro por Enriqueta Banks. Su alarma interior se encendió y activó su olfato periodístico. Allí se estaba cociendo algo y debía descubrirlo.

Se encaminó al exterior y subió los escalones que conducían arriba. Se topó con dos empleadas, pero ninguna reparó en él. Se las veía agitadas, nerviosas y hasta llorosas. ¿Qué habría sucedido?

Recorrió las habitaciones y se acercó a la principal, desde donde captó un retazo de conversación.

—¿Has llamado a la policía?

—¡Tranquilízate, querido!

—¿¡Has llamado o no!?

—¡¡Sí!!

—¿Y bien?

—Todavía no podemos formular la denuncia. Me han prometido que se pasarán más tarde para recabar información, pero que no la darán por desaparecida hasta que transcurran algunas horas más. Sinceramente, me ha dado la impresión de que creen que aparecerá por su propio pie hoy mismo.

—¿Quéee? ¡¡No está en su habitación!! ¡¡El día de su boda!! Llevamos tres horas sin saber de ella, en dos más se casa o, mejor dicho, se casaba. ¿¡Qué más necesitan!?

—Frank, quizá... Escucha, anoche vimos el vídeo. Estaba muy alterada... Puede que solo quisiese aclarar las ideas, estoy segura de que en unas horas regresará. Queda tiempo para la ceremonia. O igual... Igual se lo ha pensado mejor y ha escapado.

—El móvil está en su habitación. ¡Y lleva consigo el vestido de novia! Conozco a mi hija, Riqui, nunca huiría así.

—Frank. ¿Quién podría entrar en casa? Tenemos que ser realistas y aceptarlo. Regina se ha fugado. No habrá boda. Verás como más tarde nos llama, estoy segura. La pobrecita se ha asustado, ¿y quién puede culparla? Después de todo lo que ha vivido... Siempre supe que ese Sinclair era insuficiente para ella.

—¡Joder! ¿Y la prensa?

—Me encargaré de ello, tranquilo. Esperaremos hasta las once. Si todo sigue igual, daremos un comunicado para cancelar el enlace.

—¡No puedo creerlo, Riqui! Espero que esté bien.

—Seguro, querido.

—¿Sabes algo más de Sam?

—Sigue con Alex, se lo ha llevado a tomar algo. Confieso que hasta a mí me ha alterado cuando ha aparecido. Está destrozado. Si al menos hubiese una nota...

—No te apartes del teléfono, puede que llame. ¿Has visto a Viola?

Enriqueta Banks arrugó la nariz con hastío.

—Sigue durmiendo. Hace un rato, yo misma la he despertado para contarle lo que ha pasado, pero tras reírse, me ha echado y se ha girado para dormir de nuevo.

—Voy a mi despacho. Quiero hacer unas llamadas a ver si doy con alguna pista.

—¿Y los invitados?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Les avisamos?

Frank se acarició el mentón, pensativo.

—Esperaremos un poco más. Sam sabrá qué hacer, pregúntale cuando regrese.

Alfred se apartó de la puerta y se escondió en la habitación de al lado, espío el exterior y, cuando hubo comprobado que el patriarca de los Banks ya no se encontraba junto a su mujer, penetró en el interior de su cuarto y la abordó. Al verlo, ella chilló y le dio alcance.

—¿Qué haces aquí, estúpido! Lárgate, venga.

—¿Usted me citó! —Alzó el móvil—. ¿Qué ha pasado? ¿Regina ha huido?

—Te dije que me esperases abajo, maldita sea. Si te encuentran aquí, puedo meterme en serios problemas. ¡Márchate!

—No me iré hasta que me dé una explicación. ¿Qué pasó con la carta? ¿Y su hijastra? ¿Sigue la boda adelante?

—Seguramente has puesto la oreja, así que ya lo sabes. Regina no está. Lleva horas desaparecida y no sabemos nada de ella. —Bajó la voz y se pegó a él—. Y no, no hizo falta. A las seis, me dirigí a su cuarto para despertarla y

entregársela, pero la cama estaba vacía. Pregunté al personal y nadie la ha visto desde anoche.

—Entonces, ¿no hay boda? —Sus ojos resplandecieron. Al final, sí iba a tener una exclusiva y de las gordas. Ya veía el titular: «Regina Banks, novia a la fuga». Se relamió al imaginarlo.

—No lo sé. Lo dudo. Dentro de dos horas lo sabremos.

—Se la ve contenta.

—No voy a negar que me satisface, la verdad. Lo único que me disgusta es que haya pasado así, seremos la comidilla de los Hamptons. Y en cuanto lo publiques, que lo harás, será un escándalo.

—¿La complace?

—Puede venirnos bien... —Enriqueta imaginó que el bombazo desataría el caos en los medios de comunicación, lo que quizá beneficiaría a los supermercados Banks, que posiblemente recibiesen más visitas y por ende, venderían el doble. Al final, Sinclair traería algo bueno—. ¡¡Oh, no!! Alguien viene. Rápido. —Miró de un lado al otro con desesperación, hasta fijar la vista en el armario; lo señaló—. Métete dentro y ni se te ocurra salir. Cuando veas que nos marchamos, te vas. —Le dio un empujón—. Vale, deprisa.

Alfred se escondió donde ella le indicó. Segundos después, dos voces varoniles se oyeron tras la puerta; al poco, tocaron. Vio desde una rendija que Enriqueta se acercaba a abrirles.

—Alex, muchacho.

—Señora.

Alfred sintió pena, se lo escuchaba derrotado.

—¿Todavía no ha llamado?

—No. Lo siento.

—Yo... ¡¡No lo entiendo!! Ella nunca haría algo así. Me ama, lo sé.

—Quizá...

—¡¡No!! Regina nunca me abandonaría de esta forma —afirmó airado.

Sam le puso una mano en el hombro y se lo apretó.

—Habrá una explicación, Alex. Estoy seguro.

—Anoche parecía ilusionada... Sé que lo del vídeo estropeó la cena y le causó un disgusto, pero antes de despedirnos, me aseguró que estaba dispuesta a casarse conmigo, me dijo que nadie lograría separarnos. ¿Y si...? Sé que

parece una locura, pero su móvil, su monedero y hasta su abrigo siguen aquí. ¿Por qué se marcharía sin nada?

—Falta el vestido de novia —apuntó Enriqueta.

—¿Y si salió a dar una vuelta y le ha pasado algo? —insistió Alex—. Sam, puede estar en peligro.

—Hemos peinado la zona durante dos horas, Alex. Creía también en esa posibilidad, pero tú mismo has comprobado que no hay signos de ella. Y nadie la ha visto salir ni caminar.

—¡Volvamos a mirar!

Sam lo observó con pena, se lo veía totalmente destrozado. Observó cómo la leve esperanza que brillaba en sus ojos comenzaba a apagarse y se dijo que nada perdían por hacer otro intento. Le sonrió, aceptó con la cabeza y lo empujó al exterior.

Un grito aterrador resonó por toda la casa.

—¡Es Viola! —gritó Sam, corriendo en dirección a su dormitorio.

Alex imaginó lo peor y, con el corazón en un puño, siguió al organizador, creyendo que al llegar encontraría una escena dantesca, protagonizada por su prometida.

—Viola, Viola. Abre la puerta —vociferó Sam.

—¡¡¡Aparta, Sam!!!

Alex arremetió con todas sus fuerzas contra la puerta y logró abrirla de un golpe. Entró en el interior seguido de Sam, Enriqueta y dos empleadas. Fuertes sollozos se escuchaban desde la entrada del servicio que la joven tenía en la habitación. Alex, acompañado de Sam, se encaminó hacia allí y el espanto lo invadió al ver a su cuñada. Las palabras se le atrancaron en la garganta y fue incapaz de reaccionar. A su lado, Sam presentaba la misma turbación; Enriqueta dejó escapar un gemido.

—Pero, niña, ¿qué has hecho? —murmuró.

Viola Banks se hallaba dentro de su amplia bañera, encorvada, llorando silenciosamente mientras se abrazaba a sí misma y se balanceaba. Su largo y rubio cabello, uno de sus rasgos más distintivos, se encontraba flotando por la espumosa agua. Tan solo unas hebras colgaban de su cabeza, y estas desaparecieron también cuando la joven las acarició. Viola Banks había recibido el peor de los castigos para alguien como ella. Estaba calva.

Enriqueta echó a los dos hombres y se acercó a la toalla que reposaba sobre la pila, la cogió y envolvió a Viola en ella. Su hijastra se dejó mimar, ajena a todo. Riqui la condujo hasta la cama y la sentó en ella, luego, la imitó. La joven sollozaba en silencio, atónita, sin creerse su desgracia.

—¿Cómo...? —carraspeó—. Viola, ¿qué ha pasado?

Los ojos de la antigua rubia se posaron sobre su rostro y las lágrimas brillaron en ellos. Movi6 la boca, pero no pronunci6 palabra.

Alguien toc6 y Enriqueta le dio paso.

—Rita, ¿llegas ahora?

—SÍ. Y antes de que me lo pregunte, la respuesta es no. Nadie la ha visto, al menos, desde anoche. Es como si se la hubiese tragado la tierra.

Enriqueta suspir6.

—Qué raro. —Ech6 una mirada atrás; Viola miraba al frente, llorando.

—Acabo de cruzarme con Alex; me lo ha contado. —Cabece6 hacia Viola—. He venido a ver c6mo estaba.

—¿Te quedas con ella un momento? Tengo que hacer unas cosas. Búscale un gorro o no sé, ahora no tengo cabeza para sus tonterías. Encárgate, Rita, por favor.

—Claro, señora Banks, cuente con ello. —Sonri6 y asinti6.

Esper6 a que Enriqueta saliese para lanzar la carcajada que tanto había aguantado. Viola dio un brinco, sali6 del aturdimiento y su rostro fue deformándose por la rabia.

—¡¡Tú!! —La señal6 y se puso en pie—. Has sido tú, maldita zorra.

Rita ríe más fuerte.

—No sé de qué me estás hablando.

—¡Maldita hija de puta! ¿¡Qué me has hecho!?

—¿Yo? ¿Qué culpa tengo de esto? ¡Ni que te hubiese echado crema depiladora en el champú!

Viola gimi6, arrug6 la nariz y, con un chillido atroz, se lanzó hacia ella. Rita ríe con ganas.

—Te mataré, zorra perversa —rugió mientras intentaba ahogarla. Rita le sujet6 los brazos, la otra la arañ6 y, al final, la representante tuvo que darle un codazo en la tripa para liberarse. Se la quit6 de encima y se puso en pie.

—Aléjate de mi camino, Viola. O lo siguiente te gustará menos aún.

—¡¡Estás loca!!
Rita sonrió y se encogió de hombros.
—Imagino que nos parecemos. ¿Acaso crees que no sé lo que has hecho?
—¿De qué estás hablando?
—Anoche te vi, Viola. Estabas frente a su puerta; eres responsable de la desaparición de Regina.
—¡No tienes ni puta idea!
—Yo creo que sí. Harías cualquier cosa por impedir su boda, ¿verdad? Hasta matarla.
—¿¿Qué?? ¡¡Fui a pedirle perdón!! Nunca le haría daño.
—Ya. —Rio—. Ahora, aléjate de mí o no tendré más remedio que contarles a tus queridos padres tu incursión de ayer. Quizá a la policía le interese...
—¡¡No he hecho nada malo!! Di lo que quieras, arpía.
—Por tu bien, espero que así sea. —Cerró la puerta antes de que el jarrón del escritorio de Viola fuese estallado contra la hoja de madera.

Alfred seguía escondido, sin atreverse a salir. Escuchó la puerta y creyó que Enriqueta había regresado en su busca, fue a salir, pero lo que oyó le impidió moverse.

—¿Qué quiere? —Alguien entró—. Es mejor que guardemos las apariencias. Al menos, unos días. Deje de llamarme.
—Teníamos que hablarlo. ¿Cómo está?
—Bien, cálmese.
—¡Sabía que no era buena idea! Nunca debí prestarme.
Alfred sacó el móvil y, con manos temblorosas, buscó la cámara para grabar.
—Tranquilícese. A lo hecho, pecho. Ayer se comportó estupendamente, gracias a usted y a la droga, pude trasladarla. Nadie nos vio.
—¿Nos? ¿A quién más ha involucrado?
—No se preocupe por eso, que es de confianza. Además, me debía un favor.
—Quiero verla.
—¡Maldita sea, baje la voz! Hasta que se cancele la boda, estará aquí, no quiero que nadie sospeche. Luego vaya a verla. Tome. —Alfred vio el papel que le entregaba—. La dirección. Quédese con ella esta noche, pero, por el

amor de Dios, que no le vea. Ya he puesto en marcha el plan. Esta misma mañana ha recibido varias pruebas que muestran las numerosas infidelidades de su prometido. Cuando la liberemos mañana, no querrá casarse con él, se lo aseguro.

—Regina denunciará el secuestro. ¿No ha pensado en eso?

—Intentaremos que crea que lo hemos hecho por su bien.

—Querrá saber quién ha estado detrás. Pero creo que tengo la solución. Hay una mujer, Helen, trabajaba aquí. Tengo una carta que prueba que se acostó con él, podríamos culparla a ella, puesto que desapareció ayer sin dar aviso a nadie.

—Vaya. Es usted una caja de sorpresas. Ahora, máchese, mañana la liberaremos, lo prometo.

—Confío en usted.

La puerta se cerró. Alfred respiraba con dificultad, ¡tenía la noticia más gorda de todos los tiempos! Con manos agitadas, cortó la grabación, pulsó para comprobar que se había guardado y, sin querer, la reprodujo. Escuchó un sonido en el exterior. ¿Habían cerrado el pestillo? El corazón le galopó sobre su pecho mientras sus trémulos dedos intentaban acallar a las voces que salían de su dispositivo y se inculpaban en el secuestro perpetrado contra Regina Banks.

La luz de la habitación entró en el armario cuando alguien abrió, Alfred no tuvo tiempo de protegerse, una lámpara de mesita estalló contra su sien y lo aturdió el tiempo justo para sentir cómo la hoja afilada del abrecartas de Enriqueta Banks se hundía en su garganta. La vida se escapó por sus ojos; pero, antes, pudo retener la imagen de quien le robaba el aliento.

—¡Jodido periodista! —le escuchó formular. Después, la negrura lo envolvió.

Andrea, Bea y Peter se miraron entre sí. Habían aparcado lejos para evitar ser descubiertos, se habían disfrazado y los tres acudieron a la entrada con cierto temor, pero para su sorpresa, al llegar, el bullicio reinaba en la mansión veraniega de los Banks.

Gente salía y entraba por la puerta principal, con ímpetu, entre cuchicheos y carreras. Nadie se fijaba en el resto. El caos era el protagonista. Y en el jardín, donde supuestamente tendría lugar la ceremonia en escasos treinta minutos, encontraron la misma escena.

—¿Qué está pasando aquí? ¿No se supone que ya debería estar todo preparado? ¡Andrea! A ver si te has equivocado de hora y llegamos tarde.

—Es a las once, Bea, estoy segura.

—Vale, escuchad —los apremió con la mano, bajando la voz—. Tenemos una misión, equipo. ¡Poned bien la oreja, agudizar el oído y cotillear a diestro y siniestro! Aquí hay un *moje*, estoy segura, mi olfato me lo dice. Y como que me llamo Beatriz Martínez Saez que lo capto o muero en el intento. ¡Vamos allá! —Y con esas palabras se perdió entre el gentío, sin darles tiempo de seguirla.

—¿La seguimos?

—No creo que haga falta, Peter. Mira. —La señaló. Bea se situaba en medio de un círculo de mujeres que gesticulaba profusamente—. Me da que en unos minutos nos traerá algo. —Y así fue. Cinco minutos después, la joven diseñadora regresaba con un bombazo.

—¡¡No os lo vais a creer!! ¡Qué fuerte! —Su pecho subía y bajaba y las mejillas habían adoptado un bello tono rosado—. ¡La novia ha hecho la de Julia Roberts!

—¿Cómo? —Peter alzó una ceja, confuso. Andrea rio, captando a su amiga, que ahora se apoyaba en su marido, intentando recuperar el resuello.

—Se refiere a que se ha fugado. —Se giró hacia la diseñadora—. Bea, ¿estás segura? Me resulta difícil de asimilar. Ayer, Alex le aseguró a Sam que la boda seguía adelante por petición expresa de Regina, ¿por qué iba a cambiar de opinión en tan solo unas horas?

—¿Qué estás rumiando, amiga?

—No lo sé. —Se mordió el labio—. Algo se nos escapa. ¿Los familiares han cancelado el enlace?

Una mujer oronda, vestida en tonos salmón y con un tocado de plumas en la cabeza, se metió en la conversación.

—Sí, hermanas —comentó, aludiendo a los ropajes de los tres—. El chico ese tan guapo que organiza la boda ha dado la noticia hace diez minutos. No ha especificado nada, pero tampoco hacía falta, pues los rumores corrían como la pólvora. —Bajó el tono y se acercó un poco más—. Todo el mundo comenta que la novia ha dejado plantado en el altar a Sinclair. Claro que a nosotros no nos han dicho eso, simplemente se han deshecho en disculpas y han lamentado esta situación y las molestias ocasionadas. ¡Como si eso justificase este escándalo! Espero que al menos nos devuelvan los regalos. Menudo bochorno. Me apena Enriqueta, si fuese ella, estaría en cama un mes entero. ¡A ver cómo va a dar la cara tras tamaña calamidad! Bueno, al menos Regina ha sido la que se ha ido. ¡Imaginad que fuese al revés! Jamás podrían...

—Ya. Gracias, señora. Si nos disculpa... —se despidió Andrea, tirando de Bea y Peter, y dejó a la fémica chismosa con la palabra en la boca—. Tengo que encontrar a Sam. Vosotros seguid por aquí, si os enteráis de más cosas, llamadme. Ahora vuelvo.

Andrea accedió al interior y buscó a Sam. En la cocina, aprovechó para hablar con los empleados y descubrió varios datos: Regina se había encerrado en su dormitorio la noche anterior; a las seis de la madrugada, Enriqueta Banks había ido a buscarla y ya no estaba; nadie la había visto salir, no había dejado nota explicándose, el teléfono móvil estaba arriba y faltaba el vestido. Ah, y algo extraño, que a todos impresionaba incluso más que la desaparición de la joven, Viola Banks estaba calva.

Armada con esos datos, se desplazó por la primera planta. Escuchó voces en

el gran salón y se acercó para espiar desde la entrada. Observó a Enriqueta Banks sentada en el sofá, con una taza en las manos; a Alex, en una silla, al lado de Margaret que lo abrazaba; Rita, asomada a la ventana, y Viola hurgaba entre la vidriera que contenía las botellas de alcohol, seleccionó una y se sirvió generosamente en la copa que portaba. Andrea la observó atentamente, pero no pudo comprobar la información dada por los trabajadores de la casa, pues su cuero cabelludo se hallaba oculto bajo un sombrerito marrón.

—Si no estuviésemos ante una crisis, te felicitaría —oyó tras ella. Dio un brinco y se giró.

—¡Sam! ¡Me has asustado!

Él llevaba en sus manos una botella de agua y varios vasos. La miró de arriba abajo y rio.

—¿Monja? No te va mucho, ¿no crees? —Andrea rio; él sonrió, pero sin mucho ánimo—. No tenías que haberte tomado tantas molestias. Como verás, con todo el jaleo que hay montado, podrías haber entrado sin problemas.

—¿Tú crees que se ha marchado? —le preguntó sin rodeos.

Sam se encogió de hombros.

—Eso parece.

Ella lo miró intensamente.

—Pero no lo piensas.

Sam resopló. Andrea se fijó en las ojeras que coronaban sus ojos, se lo veía cansado.

—No lo sé, Anddy. Hemos revisado la zona durante horas, pero no hay señales de ella. Creímos que podría haber salido a caminar y que le sucedió algo, pero ni siquiera la policía ha encontrado pistas que sustenten esa teoría. Es más, están convencidos de que se fue por su propio pie y que aparecerá dentro de unos días. Han estado haciendo preguntas, creo que todavía están por aquí. Alex está destrozado.

—Imagino, tiene que ser un palo.

—Por cierto, lo siento.

—¿Qué sientes?

—Lo de tu exclusiva. Al final te has quedado sin cubrir la boda y mucho me temo que este suceso también; acabo de verlo publicado en varios medios, algún invitado se habrá ido de la lengua.

—Bueno, lo que importa ahora es Regina. —Sam la contempló y le sonrió con cariño—. Sam, me resulta extraño. Tenemos que investigar, mi instinto me dice que hay mucho más detrás.

—Cariño, has visto demasiadas películas. Debemos aceptar la verdad, Regina Banks se ha largado.

—No, Sam, escucha. Si fuese así, estoy segura de que ella habría dejado un mensaje. Los empleados me han comentado que su móvil está arriba y que no llevaba dinero ni ropa. Te aseguro que nadie huye en esas condiciones, y mucho menos alguien tan relevante como ella.

—¿Y qué propones?

—Investiguemos. Sé que tengo razón.

—Supongo que no perdemos nada... Espérame aquí, voy a darles el agua.

Andrea vio cómo se acercaba a su abuela y le servía un vaso. El resto lo dejó en la mesa. Se agachó y habló con Alex, quien asintió y siguió cabizbajo. Luego se puso en pie y se dirigió hacia donde ella se encontraba.

Una de las jóvenes empleadas de la mansión con la que había hablado en la cocina pasó por su lado y se aproximó a Enriqueta Banks, que le pidió un chal de su cuarto. La chica se apresuró a cumplir el encargo. Sam, ya a su lado, le preguntó por dónde comenzaban. Ella quiso inspeccionar el cuarto de Regina, y él la llevó hasta allí.

La amplia habitación se encontraba iluminada por la luz que se filtraba desde la ventana. Al entrar, Andrea sintió que invadía la privacidad de la joven y notó un pinchazo en el pecho. Cerró los ojos e interiormente pronunció su nombre: «Ayúdame, Regina», le rogó.

Se acercó al escritorio y conectó el portátil, ojeó la mesa y no encontró nada fuera de lugar. Se agachó y echó un vistazo bajo la cama. Sam buscó por el armario, y ella revisó la mesita de noche, donde solo encontró una tacita sin contenido.

Su móvil seguía sobre la cama, casi sin batería. Lo accionó y se extrañó al contemplar un mensaje a medio enviar; lo leyó.

—¡Sam! —lo llamó. Él se acercó y cogió el teléfono— No llegó a enviarlo. ¿Raro, no?

—Podríamos hablar con la monja. La religiosa, cuando Viola destrozó su vestido, se ofreció para confeccionarle uno nuevo, por lo visto, ayer se lo

entregó. —Andrea le dio la espalda y se acercó al ordenador que ya estaba encendido. Miró las carpetas y consultó el historial de navegación, donde solo encontró webs de moda, conexiones en redes sociales, accesos a *Hunting* y otros portales de noticias—. Igual la llamó, quizá pueda decirnos algo más. ¡Me olvidé por completo de ella!

—Bea no sabe nada.

Sam la miró. Sus ojos verdes brillaron con intensidad y apretó la mandíbula.

—¿Cómo sabes su nombre, Andrea?

Esta se envaró y tragó saliva. «Mierda», susurró. ¡Había metido la pata hasta el fondo! Decidió hacerse la tonta. Se dio media vuelta con una sonrisa fingida.

—Tú mismo la has mencionado.

—No, no lo he hecho.

—Claro que sí, ¿cómo si no podría saber el nombre?

—Eso mismo me pregunto.

—¡El mensaje! Lo leí en él.

Sam alzó el teléfono y leyó:

—«Gracias. Eres mi ángel. Es precioso, y sí, con él me sentiré como la princesa...». Y ahí acaba. Como ves, no la menciona. Así que dime, *cariño*, ¿qué diantres ocultas? —Su enfado era evidente.

—Joder.

—Sí, joder. Imagino que la chica tiene de monja lo mismo que tú, ¿no? ¿Y eso de que viene de un convento español, ficción también? He de reconocer que tenéis inventiva. ¿Os habéis reído a gusto? ¿Habéis disfrutado burlándoos? —El pecho le subía y bajaba y su respiración se escuchaba por toda la estancia—. Eres peor que todos ellos. Al menos, los veía venir. Pero tú... —Cerró los ojos y giró el rostro—. He de reconocer que eres buena. La mejor, sí, señor. No deberías temer por el ascenso, estoy seguro de que será tuyo, no creo que nadie te llegue a la suela de los zapatos —escupió con repulsa.

—¡¡Basta!! No tienes ningún derecho...

—¿Que no? ¿A caso no has jugado conmigo? ¿Con mi abuela? ¡Se acercó a ella, la embaucó, y solo quería información!

—No es así. Bueno, quizá sí. Pero Bea es una gran persona.

—Sí, ya lo veo. Se sirve de ancianas bondadosas para espiarlas y trapichear con lo que saca de ellas. Y pensar que yo... —Giró la cara, apretando aún más las manos.

—¿Que tú qué, Sam? —Se acercó a él—. Vamos, no vuelvas a cerrarte en ti mismo. Me conoces.

—No, para nada. La mujer que creía empezar a descubrir jamás habría perpetrado este vil engaño. Pero por un instante se me olvidó lo que eres, a qué te dedicabas. Me dejé arrastrar por lo que siento y me cegué. ¡Seré idiota! Mi abuela tenía razón, he perdido el corazón, pero también el maldito juicio. Menudo estúpido. Bravo, señorita Rico, ha hecho usted un trabajo de primera. —Andrea abrió los ojos al escucharlo. ¿Se había declarado? ¿La quería? El corazón le dio un vuelco, pues por mucho que lo negara, lo cierto era que ella sentía lo mismo—. Ahora entiendo a qué viene ese disfraz de monja, ella iba a introducirte en la mansión, ¿verdad? No contestes, está claro. ¿Lo de hacerle el vestido también fue idea tuya? Información de primera mano, muy lista.

Ella, que seguía impresionada por sus palabras, negó con la cabeza.

—Si así hubiese sido, ¿por qué no lo publiqué? ¡Dime!

—Y yo que sé. Ya no sé nada, joder.

—Sam. —Le cogió los brazos—. Escúchame. Bea no es periodista. Ella solo quería ayudarme, pero nunca ha hecho nada para perjudicaros y aprecia de verdad a tu abuela, como yo. Está pasando aquí su luna de miel y quiso echarme una mano, cuando me enteré ya se había ofrecido a hacer el vestido. Es diseñadora y tiene muchísimo talento, tú mismo viste el traje, es una pasada. Nunca quiso lastimaros y tampoco yo. Sam, lo siento, de verdad, pero te juro que no teníamos malas intenciones. En esta semana he podido publicar muchísimas cosas, tú lo sabes bien, pero no lo he hecho. Sam, ¿no lo ves? Por primera vez ha habido algo más importante para mí. —Sus ojos azules lo sacudieron—. Tienes que creerme...

—¿No te das cuenta de lo que me haces? —susurró él, más apaciguado.

—Sí, por qué es lo mismo que tú provocas en mí.

La respuesta de Sam quedó silenciada por el horripilante grito que salió del pasillo. Sin mediar palabra, los jóvenes salieron de la estancia y se dirigieron hacia el estruendoso chillido que provenía de la habitación de los señores de la casa. Al llegar, vieron a Anne, la doncella que había subido a por el chal de

Enriqueta, blanca, temblorosa y sollozando. Tras ella, el cadáver de Alfred Reinods.

La hora siguiente pasó como una nebulosa por la mente de Andrea, que todavía se encontraba aterrorizada. La policía llegó al poco tiempo y, tras interrogarlos, los obligó a salir del cuarto. Ella se separó de Sam y buscó a Peter y Bea para contarles lo sucedido. La obligaron a sentarse en una de las mesas que se habían preparado para el inexistente banquete de bodas y le sirvieron un vaso de agua, mientras le hacían todo tipo de preguntas y le contaban los detalles que habían descubierto, que coincidían con lo que ella ya sabía.

—¿Cómo está?

—Mejor. La pobre estaba en *shock*, cosa que no me extraña porque hasta yo, que detestaba al fisgón de Alfred, me he quedado patidifusa al enterarme del asesinato. ¡Y con un abrecartas! —comentó Bea ausente, sin mirar al recién llegado. Al voltearse, emitió un gemido al tiempo que se tapaba la boca con la mano.

—Tranquila, Bea. Lo sabe —la serenó Andrea.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo?

—Tuve el placer de enterarme hace un rato —respondió Sam.

—Vaya, bueno, pues menos mal. Me estaba cansando de esta comedia.

—Di más bien que te morías por hacerle una de tus encuestas —le señaló Andrea, guiñándole un ojo. Bea la ignoró.

—Espero que no me guardes rencor. A veces, una tiene que hacer lo que tiene que hacer, ya sabes. —Él la miró confuso—. Gajes del oficio.

—¿No eras diseñadora?

—Ajá. Y espía en mis ratos libres. Soy Beatriz Martínez, encantada, *Darcy*.

—¿Darcy?

—El de Austen. —Sam seguía mostrando desconcierto—. ¿Tú lees? Lo siento, Anddy, pero esto es un punto negativo. Pero bueno, tampoco te desanimes, Peter tenía muchos en contra y mira, al final me cazó. —El aludido, que se encontraba en silencio sentado en una silla, puso los ojos en blanco.

—Sé quién es Fitzwilliam Darcy, protagonista de *Orgullo y prejuicio*, organizo bodas, ¿te acuerdas? Lo mío es la romántica. Pero no entiendo por qué me llamas así.

—Ay, sí, es verdad. —Aleteó las pestañas—. Me lo recuerdas. —Sonrió y luego emitió una especie de gruñido al encararse a la novicia—. Peter, a ver si nos ponemos las pilas que ni uno de la Garwood te has leído tú. —Este se encogió.

«¿Peter?» Sam lo contempló bien y por poco le da un espasmo. Bajo los ropajes descubrió a un hombre de unos treinta y pocos. ¿Es que se habían vuelto todos locos?

—No preguntes —le advirtió Andrea al contemplar su turbación.

—No lo haré. —Se agachó frente a ella y le cogió las manos—. ¿Estás mejor?

—Sí, gracias.

—Se te veía muy pálida.

—Bueno, es comprensible, es el primer asesinato que veo. Además, a pesar de nuestras diferencias, jamás le habría deseado algo así. Ni siquiera Alfred merecía ese final. Sam, ¿sabes lo que esto significa?

Él asintió.

—Regina Banks no se fue por su propio pie.

—Andrea —la llamó Peter—, ¿recuerdas lo que nos contaste de la carta?

—¡Ostia puta! —Bea se alborozó—. Amiga, ahí hay chicha. Enriqueta Banks y Alfred... Ella le entregó un sobre que posiblemente contenga el porqué de este misterio. ¿Y si el asesino los vio? —Se tocó los imaginarios bigotes, pues ya se había puesto en la piel del detective Hércules Poirot, de su querida Agatha Christie, y se paseó de arriba abajo ante la atenta mirada de todos; al fin paró y sentenció—: O peor, la señora Banks se lo cargó

—¿Pero qué motivo podría tener para ello? —preguntó Andrea.

—Habrá que encontrar ese sobre —sugirió Peter—. Puede que Alfred

todavía lo llevase encima.

—¡Tenía la misma chaqueta! Quizá tengamos suerte. Si estuvo aquí, puede que se hubiera reunido de nuevo con ella. Vamos, Sam. —Andrea tiró de él—. Tenemos que contárselo a la policía.

Cuando se quedaron solos, Bea se acercó a Peter y se sentó sobre él.

—Tienes esa mirada, cariño —mencionó él.

—¿Cuál?

—La que pones cuando me quieres comer.

—Devorar diría yo, mi tigre.

—¿Y eso?

—Me ha dado un subidón al verte en plan Sherlock. Uff, me están entrando unas ganas locas de ir al servicio.

—Oh, vale, cariño. Pues te espero aquí.

Bea puso cara mustia.

—¡Contigo, tonto!

Peter captó la indirecta y, con una sonrisa lobuna, la siguió.

Sam y Andrea llegaron al salón al tiempo de escuchar las acusaciones de Viola. Al parecer, ella también había presenciado el encuentro de su madrastra y el periodista la noche anterior.

—Tienen que creerme, esta bruja es la asesina. ¡¡Ella lo mató!!

—Señorita, cálmese —le dijo uno de los agentes mientras le pedía que tomase asiento.

Alex perdió la paciencia y tiró un jarrón al suelo para tener la atención de todos.

—En vez de estar aquí escuchando a estas dos, deberían buscar a mi prometida. ¿Es que no se dan cuenta? ¡Alguien le ha hecho daño! —Se lo veía derrotado. Las lágrimas bañaban su rostro—. Lo sabía, yo lo sabía. Ella nunca me habría hecho algo así... ¡¡Si me hubiesen escuchado!! —Su tez se volvió carmesí—. Como le pase algo, juro que tomaré represalias. —Se dejó caer sobre una silla y escondió su rostro entre las manos; Rita corrió a abrazarlo. Margaret se sirvió otro vaso de agua y Enriqueta se abanicó.

—¡¡Ella es la culpable!! —gritó, de nuevo, Viola, señalando a su madrastra

—. Oblíguenla a hablar. Ayer se citaron a solas, ella le dio un puto sobre y quedaron en llamarse. Y qué casualidad, ahora está muerto en su armario, con su abrecartas en la garganta. ¡¡Asesina!! —escupió.

—Cállate, estúpida.

—¿Qué?, vieja bruja. No tienes cómo justificarte, ¿verdad?

—Señora —uno de los policías se aproximó a Enriqueta Banks—, tendrá que acompañarnos.

—¡¡No!! Escuchen, escúchenme. Soy inocente, ¡lo juro! Reconozco que me cité con ese estúpido, pero solo fue por Regina.

—Ven, ahí está. Es la asesina.

—¡¡Cierra la boca, Viola!! Yo le entregué un sobre. Una carta firmada por Helen, una antigua empleada. La misiva iba dirigida a mi hijastra, en ella contaba que había mantenido relaciones íntimas con Alex y que quería avisarle antes de que se casase.

—¡¡Eso es una vil patraña!! —estalló el aludido—. Jamás le puse un dedo encima. ¿Qué os pasa a todos en esta casa? Maldita la hora en la que entré.

—Secundo a mi cuñado, dice la verdad. Esta arpía me propuso un plan para seducirlo y engañar a mi hermana, quería impedir la boda, por eso la mató.

—¡¡Regina no está muerta!! ¡¡¡No lo está!!! —chilló Alex desesperado.

Sam y Andrea acudieron a su lado e intentaron reconfortarlo.

—¡Yo no he matado a nadie! —Enriqueta comenzó a llorar—. La carta era falsa. Yo la inventé con ayuda de Helen —confesó entre sollozos—. Quería dársela a Regina antes de la boda porque no podía consentir este enlace. —Miró a Alex, lanzando las máscaras al aire—. No eres digno de esta familia. ¡¡Nunca serás un Banks!! Sí, soy culpable de intrigar para separarlos, pero nunca haría daño a mi hija.

—¡¡Hijastra!!

—Esa eres tú, Viola. Pero a Regina la quiero, la quiero de verdad, como si fuese mía. —Viola sintió un latigazo en el pecho. El dolor del rechazo se clavó en su corazón como una afilada hoja de metal—. Quería algo mejor para ella. Tú eres famoso y sí, tienes dinero, pero vamos, ¿un actor de telenovela? ¡Jamás!

—Eh, Alex es mucho más que eso. Es la nueva promesa de Hollywood —lo defendió Rita.

—Tú cállate, golfa, que ni deberías estar aquí —la insultó Viola.

—Señora —intervino uno de los policías, desesperado—. ¿Cuándo vio al señor Reinods por última vez?

Enriqueta se mordió el labio, indecisa. Al final, resolvió que debía contar la verdad.

—Esta mañana, sobre las nueve.

—¡Ahí lo tienen! Ha sido ella —bramó Viola.

—¡No, no!

—¿Por qué no la dejamos hablar? Desde el principio. Señora Banks, cuéntenoslo todo —propuso el otro agente, exasperado con los miembros de esa insoportable familia.

—Como ya les he dicho, inventé esa carta. La idiota esta —señaló a Viola— se escribía con ese periodista y le contaba los detalles de la boda para fastidiar a su hermana, yo lo sabía. —Viola se sentó avergonzada y, por primera vez, calló—. Se me ocurrió la idea de la relación con Helen y conseguí el teléfono del tal Alfred, lo llamé y se lo conté. Claro que él no sabía que era falso, aunque tampoco le importaría, ese, con tal de obtener una exclusiva, era capaz de todo. Pues bien, lo cité anoche en los jardines del restaurante donde celebramos la cena de ensayo, le hice entrega de la carta, pero le advertí que no la publicase hasta que yo le avisase; primero, quería enseñársela a Regina. Me guardé una copia para mí, que tengo escondida en mi cómoda. Como ven, puedo probar mi versión. Esta mañana, sobre las seis, fui al cuarto de mi hija con la intención de llevar a cabo mi plan. Sin embargo, ella ya no estaba. Pregunté al servicio por si la habían visto salir, pero no había ni rastro. Luego, le mandé un mensaje a Reinods y lo cité a las nueve en la planta baja, le pedí que nos viésemos en la habitación de Helen, donde él solía quedar con Viola y obtenía información. —Taladró a esta con los ojos—. Después los llamé a ustedes para avisarles de la desaparición de Regina y subí a mi dormitorio. Intenté consolar a mi marido, que estaba muy angustiado. De hecho, todo este ajetreo lo ha alterado y se ha tenido que ir al hospital, ¿saben? Es que sufre del corazón. En fin, a lo que iba. Tras la marcha de Frank, alguien se coló en nuestro dormitorio, era Alfred. Quería saber por qué no podía publicar la carta, le conté lo de Regina y pareció contento por tener otro bombazo. En ese momento, llegaron Alex y Sam, y lo apremié para que se

escondiese en el armario. Le advertí que se fuese en cuanto saliésemos del cuarto, y eso pensé que habría hecho; lo siguiente que supe de él es que yacía desangrado entre mi ropa. —Arrugó la nariz, con repulsa—. Sé que parece un relato inverosímil, pero les juro que digo la verdad, toda la verdad. Acompañenme arriba, les entregaré la carta para que la lean. Imagino que Alfred tendrá su copia en casa o puede que en su abrigo.

—Bien, subiremos a comprobarlo. Paul —el detective llamó a su compañero—, ¿cómo van?

—La forense ya se ha marchado. Están retirando el cuerpo.

—¿Puedes encargarte?

—Iré a ver.

—¡¡Dios mío!! —Enriqueta sollozó—. ¡Qué escándalo! Tendremos que vender la casa. Hoy mismo se lo diré a Frank... Tú. —Se dirigió a Alex—. Has traído la vergüenza a este apellido. Maldigo el día en el que conociste a mi Regi. —Lloró—. ¡Qué diré a nuestras amistades! Y los periódicos... —Se fijó en Andrea y chilló—. ¿Quién es esa monja?

—Viene conmigo —la cortó Sam—. Déjela en paz.

—No la quiero aquí. Son asuntos privados, de familia. Ni siquiera tú deberías presenciar todo esto.

—Señora, dejó de ser privado cuando un hombre fue asesinado en su cuarto.

Enriqueta agrandó los ojos y chilló. Sam puso los ojos en blanco y sonrió a Andrea cuando notó sus suaves dedos apoyados sobre su brazo.

El agente regresó y les informó que no había encontrado nada.

—¡¡Eso es imposible!! —negó Enriqueta antes de echar a correr hacia su habitación.

—¡¡Señora!! Vuelva aquí. ¡No puede pisar el escenario del crimen! —Paul salió en pos de la matriarca de los Banks. Al llegar arriba, la vio hurgando en los cajones, que tiró al suelo sin miramientos, mientras dejaba caer cuanto había en ellos y rebuscaba con desesperación. Él la agarró y la sacó a rastras de la casa.

—¡¡Estaba aquí!! ¡¡Estaba aquí!! —chilló mientras era conducida escaleras abajo. El agente Paul le informó de sus derechos y la condujo hacia su coche, directa a la comisaria. Los pocos invitados que todavía rondaban por la casa no dieron crédito al ver la escena. Enseguida lo tuitearon. Enriqueta Banks, la

reina de los Hamptons, estaba detenida.

En el salón, el resto aguardaba atónito.

—¡Sabía que era ella! —expresó Viola—. Detective, tiene que confesar. ¡Necesito saber qué le ha pasado a Regina!

—Entonces abre tú la boca —manifestó Rita—. Sabes muy bien la respuesta. Alex alzó la cabeza y, con ojos tortuosos, preguntó:

—¿A qué te refieres, Rita?

—Anoche vi a Viola ante la puerta de Regina. Sobre las tres y algo de la mañana. Fui a la cocina a tomar un vaso de agua cuando escuché un ruido. Subí y la vi. Bajé antes de que me descubriese. Esta mañana, Regina no estaba.

—¡Quería disculparme! ¡¡Nunca le haría daño!! Es mi hermana, por el amor de Dios.

—Sí, y la detestas.

—¡¡Cállate, cállate, cállate!!

—Señorita, deberá acompañarnos.

—No, agente. Usted no lo entiende, había bebido, ni siquiera lo recuerdo bien, pensé en ir a pedirle perdón y explicarle que el vídeo no era cosa mía, pero no me atreví. Al final, no entré. ¡¡Lo juro!!

—Por favor. Venga conmigo. —El detective se acercó a ella.

—¡Tiene que creerme! Es esta zorra mentirosa que quiere joderme. ¿Es que no lo ve? Hasta me hizo esto. —Se quitó el gorro y todos la vieron sin cabello—. Lo confesó esta mañana. Si es capaz de realizar tamaña maldad, ¿de qué más será? Odia a mi hermana. Ayer vimos unas imágenes en las que se tiraba a Alex. Es ella. ¿Por qué no la interrogan? Tenía motivos para deshacerse de Regina.

—Viola, basta —pidió Alex—. Lo nuestro pasó hace mucho. Deja de mentir. Llevas haciéndonos la vida imposible desde el principio. Si alguien tenía motivos para hacerle daño a Regina, esa eres tú. Por favor —le imploró—, dinos dónde está. Necesito verla. Te lo suplico.

—Que no lo sé. De verdad.

—Vamos, señorita, hablaremos en comisaría con más tranquilidad. —El policía la acompañó hasta la salida; antes de marcharse, miró al resto—. Espero que no tengan pensado salir del país; mientras tengamos la

investigación abierta, todos, y repito, todos están en mi punto de mira. Seguramente los llame para hablar más detenidamente, así que estén disponibles.

Margaret tomó más agua y sintió una urgente necesidad de ir al servicio. Salió directa al excusado y abrió la puerta sin llamar; lo que encontró ante sus ojos fue la gota que colmó el vaso. Dos religiosas retozaban ante sus ojos. «¿Has sido malo? Pues deja que te haga entrar en vereda», escuchó.

—¡¡¡Por Dios Bendito!!!

Una de las monjas giró la cara y la reconoció. La otra novicia, situada debajo, se mantenía oculta a su vista.

—¡¡Sor Beatriz!!

—Margaret. ¡No es lo que parece! —Ella abrió y cerró la boca, incapaz de emitir sonido—. En realidad, es un hombre. Y estamos casados. —Bea mostró su anillo y se apartó. Peter asomó la cabeza y la saludó.

Margaret emitió un suspiro antes de caer desplomada.

Margaret, sentada en el sofá del gran salón de los Banks, observaba de reojo a la pareja que estaba frente a ella. Parecían preocupados y avergonzados, cosa que le alegraba, pues todavía le costaba asimilar la historia que le habían contado. Sam, a su lado, los taladraba con la mirada.

—¡¡Cómo se os ocurre!!

—Bueno, verás... —comenzó Bea.

—La culpa fue mía, me puse en plan Sherlock, ¿sabes?

—No, no, cariño. La del calentón fui yo. Te tenté, ¿recuerdas?

—Se nos olvidó echar el pestillo.

—Es que no había. Sam, si lo piensas así, verás que los auténticos culpables son los Banks. ¿A quién se le ocurre hacer un servicio sin pestillo? Sí, deberías encararte a ellos, no a nosotros.

—Estoy de acuerdo —la secundó Peter.

—¿Pero de qué estáis hablando ahora?

Andrea sonrió.

—Es inútil tratar de entenderlos, Sam. Son la pareja más compenetrada que conozco, y eso que sus ocurrencias son auténticas locuras.

—¡Andrea! ¿No se suponía que eras nuestra amiga? —la riñó Bea.

—Y lo soy. Vuestra fan número uno. —Miró a Margaret—. Siento todo esto. No queríamos engañarla y mucho menos causarle un disgusto. Bea la aprecia, se pasa el día hablando de usted, espero que pueda perdonarnos.

—Tranquila, querida. Debo reconocer que en el fondo me parece divertido, aunque tardaré en olvidar este último acontecimiento. —Cabeceó hacia el baño. Peter y Bea parecieron azorados.

—Bueno, aclarado este punto, debemos ponernos las pilas.

—¿Qué quieres decir, Anddy? —preguntó Sam. Ella se quitó el oscuro velo y se liberó de la túnica para mostrar los leggins negros y la camisola que portaba debajo—. La policía ya se está encargando. Imagino que una de las dos —señaló, refiriéndose a Viola y Enriqueta— acabará confesando. Encontraremos a Regina muy pronto.

—¿No os parece demasiado fácil?

—A mí, no. Las dos están como una cabra —acotó la diseñadora.

—Ya, Bea. Pero siento que el rompecabezas está a medias. Sam, ¿dónde está Alex? ¿Y Rita?

—Rita ha ido a por una pastilla para el dolor de cabeza y Alex me ha dicho que iría a su cuarto a echarse un rato. Quiere que lo llamemos si nos enteramos de algo.

—Andrea. —Bea la notó preocupada—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Tú, descansar o ese bebé nacerá alterado.

—Jo.

—Venga, quédate aquí con Margaret y estad pendientes del teléfono por si llama la policía. Peter, pregunta una vez más a los empleados, apunta las horas de llegada de todos los miembros de la casa —le indicó la periodista.

Sam se puso en pie.

—Yo iré a echar a los merodeadores que aún quedan por la casa. En cuanto acabe, me reuniré contigo, Peter. ¿Andrea, dónde vas? —inquirió al verla de pie.

—Regresaré a la habitación de Regina, puede que hayamos pasado algo por alto. Nos vemos en un rato aquí.

Andrea subió los escalones de dos en dos y se sumergió en el dormitorio, revisó todos los muebles y conectó el portátil sabiendo que algo se le escapaba.

Volvió a mirar bajo la cama, el móvil, y se sentó frente al ordenador. Al meterse en la carpeta imágenes y bucear en ella, varias le llamaron la atención, pues en todas descubría una casita que ya había visto antes. Cogió el teléfono y lo accionó, de salvapantallas tenía la misma cabaña. ¿Y si...? Se le ocurrió que quizá se podría haber escondido allí, así que volvió a la pantalla e imprimió una fotografía en la que salía Regina, Viola y una mujer que supuso que sería su madre.

Al girarse para marcharse, reparó otra vez en la taza que descansaba sobre la mesita. La cogió y la observó atentamente, tenía restos de carmín. Entonces, una idea vino a ella. Si Regina no había salido del cuarto la noche anterior, ¿quién cojones le había traído esa bebida? Porque según las empleadas, ninguna la había visto desde que entró. Gimió. Eso era, la persona que le había hecho entrega de la tila estaba involucrada en su desaparición.

Mentalmente repasó las cuartadas y ninguna mencionaba tal hecho. Salió con estrépito de la habitación, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina justo a tiempo de ver cómo Anne salía por la puerta trasera.

—¿Anne, espera! —la llamó, y fue tras ella. La otra, todavía alterada, la miró—. Necesito tu ayuda. ¿Qué empleado es el último en acostarse?

—Yo.

Andrea sonrió, sabiendo que estaba de suerte.

—¿Le llevaste una infusión a Regina anoche?

—No. La señorita Regina llegó y se acostó. No volvimos a verla. ¿Es usted periodista?

—Sí. Escucha, ¿y nadie lo hizo? ¿Nadie se la acercó?

—No que yo sepa.

—Joder. —Se llevó las manos a la cabeza—. Vale, gracias, si recuerdas algo más, dímelo, estaré dentro.

La otra asintió y sujetó la bolsa de basura que portaba; antes de irse, se mordió el labio.

—Espere. No sé si tendrá algo que ver, pero todas las noches, un miembro de esta casa se prepara un café antes de acostarse. Ayer lo hizo, no sospeché nada porque, como le dije, es habitual, pero quizá puso la tila.

Andrea se le acercó, impaciente. Estaba a un paso de desentrañar el misterio.

Regina miraba fijamente la puerta. No le quedaban lágrimas, las había derramado todas. Pensó en Alex, ¿qué habría sentido esa mañana? ¿La estarían buscando? Rezó porque así fuese. Él debía sospecharlo, tendría que saber que

jamás lo abandonaría, por mucho que el cerdo de su secuestrador la torturase diciéndole que nadie creía la verdad, que todos suponían que se había fugado.

Se rodeó las piernas con los brazos y agachó la cabeza. ¿Quién sería? Jamás había escuchado su voz, estaba segura. Y se mantenía oculto por un pasamontañas, vestía de negro y un gorro de lana del mismo tono le cubría el cabello, pero tenía un tatuaje en el brazo. Regina había podido verlo cuando forcejeó con él, a la hora de la merienda.

No lo conocía. Pero él la llamaba «zorra». Rememoró sus últimas palabras: «Ese tío no es para ti, zorra. Déjaselo a ella, tú ya tienes dinero, ¿qué más quieres? Bueno, tampoco creo que salgas viva de aquí, la verdad. Te odia mucho, ¿sabes? Una lástima, con lo bonita que eres... Podríamos jugar un ratito, tú y yo, nadie se enteraría...». Ahí había sido cuando Regina le atizó un zarpazo y, por el chillido que había emitido, le acertó de pleno en el ojo. Luego la había insultado y había desaparecido por la puerta de la pequeña habitación. Pero antes de irse, había dicho unas palabras que todavía le rondaban. «Espero que mi prima te haga picadillo, zorra». ¿Prima? ¿Qué prima?

Miró la puerta impaciente, escuchaba sonidos fuera. ¿Y qué era eso? ¿Voces? ¿Habría alguien más? ¿La prima esa, quizás? Se preguntó si regresaría. Le daba mucho miedo, pero más aún que no entrase, pues ahora estaba preparada y necesitaba una oportunidad para poner en marcha su idea y escapar.

¿Qué hora era? Si le había llevado la comida y la merienda, tendría que aparecer con la cena, sería entonces cuando lo asaltaría. Vio el tubo de hierro que mantenía cerca de ella y se convenció, lo atacaría con todas sus fuerzas.

Minutos después, escuchó el sonido de una llave en la puerta; se envaró y asió el hierro con fuerza, esperó impacientemente y por fin lo vio entrar. La observó desde la entrada y, sin mediar palabra, cruzó la habitación, dejándole un cuenco que ni a los perros les servirían, lo más lejos posible.

—Quiero agua.

Él resopló y miró la botella vacía; ella misma se había encargado de ello para entretenerlo.

—Joder, cómo tragas. Vale, coño. —Marchó a por la bebida y Regina corrió a situarse tras la entrada, cuando notó que accionaba el pomo y pasaba, lo golpeó con toda la fuerza que poseía, en la cabeza; cayó al suelo con una

horrible maldición.

La joven aprovechó para correr; él se puso en pie y, tambaleante, fue tras ella.

—No te quedes ahí, coño, ¡¡detenla!! —ordenó el maleante. Entonces Regina giró y vio a la otra persona que ocupaba la estancia. Gimió y las lágrimas corrieron libremente por su rostro, sin dar crédito a lo que contemplaban sus ojos.

—¡¡¡¿Papá?!!! ¿Por qué? —susurró antes de caer en la inconsciencia, con el corazón partido en mil pedazos.

Peter acabó su interrogatorio y entró en el gran salón de los Banks. Al poquito, Bea y Sam se reunieron con él.

—¿Habéis dejado a Margaret? —les preguntó nada más verlos.

—Sí, no quería, pero Bea ha hecho bien buscándome, se la veía agotada.

—Pobrecilla, ha sido un día duro —comentó la diseñadora—. ¿Avisaste a Andrea, cariño?

—No. Sigue arriba.

—Vale. Pues ahora la buscaré y le cuento —dijo Sam—. ¿Has descubierto algo?

—A ver, repasemos.

—¡¡Me encanta cuando se pone así!! —Bea dio una palmada.

Peter rio y prosiguió:

—A la una llegaron Alex y Regina, quien se metió en su cuarto y ya no se la volvió a ver. Alex cogió el coche, regresó al restaurante, pero quince minutos después, volvió a la casa. A la una y media, según él mismo ha declarado, estaba en su dormitorio tomando un trago. A esa misma hora llegaron los Banks. Enriqueta se fue directa a su cuarto y Frank, a su despacho; antes de dormir, va a la cocina. A las dos llegas tú, Sam, junto a Margaret. Dos y media entra Viola. A las tres, Rita, que acababa de salir del cuarto a por agua, ve a Viola frente a la puerta de Regina. —Sam niega con la cabeza—. ¿No?

—Rita no llegó a las tres.

Peter bajó la mirada y releyó sus notas.

—Sí, vieron su coche a esa hora.

—Imposible, Peter. Yo mismo la traje y te aseguro que eran las dos.

—Pero una de las empleadas, Anne, escuchó el motor de un vehículo sobre

las tres, al asomarse y ver que era el de Rita Marins, regresó a la cama.

El rostro de Sam varió.

—Traje a Rita porque aseguraba estar demasiado ebria para conducir. Su coche se quedó allí, en el restaurante.

—Joder.

Bea se sentó en el sofá, con el rostro pálido.

—Entonces ella es...

Alex entró por la puerta del salón, dando eses. Sujetaba una botella de whisky, de la que bebió antes de saludarlos. Sam fue a su encuentro.

—¿Dónde está Rita?

—¿Ri... Rita?

—Se ha ido.

—Mierda. Voy a buscar a Andrea, esperadme aquí.

Alex lanzó una carcajada.

—¿An... Andrea? Ah, sí, la que iba de monjita antes. Es muy guapa, ¿verdad? Me recuerda a mi Regi. —Sus ojos se plagaron de lágrimas. Se sentó al lado de Bea—. Hola. ¿Nos conocemos? —Se encogió de hombros—. Es igual. Tampoco conozco a los de aquí e iba a casarme con una de ellos... —Rio de su ocurrencia—. La chica no está, Sam.

—Alex. ¿Y Andrea?

—¿Es periodista, verdad, Sam? Sabía que me sonaba de algo, la que iba de rosa aquella mañana en el bar. Espero que no te enamores, amigo. Solo te traerá dolor. Mírame a mí. —Lloró—. Me ha mandado un mensaje, es de ella, de mi Regi. No quiere que la busque. Ha cancelado la boda.

—¿Cuándo lo has recibido?

—Hace un rato. He llamado a la policía para decírselo. Supongo que soltarán a Viola, al final, era inocente.

—Alex, ¿dónde está Andrea? ¿Y Rita? Creemos que Regina está en peligro.

Él negó profusamente con la cabeza.

—No, amigo. Simplemente me ha dejado. —Bebió un abundante trago—. Tu Andrea estuvo revisando el portátil de Regina. Vio una imagen, la imprimió y me la trajo; la reconocí enseguida, la vieja cabaña que tanto le gustaba a su madre. Regina siempre pensó que allí se encontraba con sus amantes, estaba un poco obsesionada con el sitio. Su padre la puso a la venta hará dos meses,

pero la verdad es que no sé mucho más. Hablando de su madre, ¿sabéis que ni se ha dignado a venir? ¡Dos llamadas ha hecho! ¡Dos! Me ha pedido que le informe de cuando aparezca. ¿Qué clase de madre es esa?

—¡Alex! —Lo zarandó Sam—. Necesito que te centres. ¿Qué quería saber Andrea de esa cabaña?

—Dónde estaba. Le di las señas, a diez kilómetros, dirección a Southampton, en el primer desvío a la derecha, luego recto hasta que encuentras un giro a la izquierda y ya un caminito de tierra hasta el final, no tiene mucha pérdida; salió pitando. Me preguntó por ti, no te encontraba. Tranquilo, hombre, que no se fue sola; le pedí a Rita que la acompañase.

—¡¡No!! —chilló Bea, que comenzó a llorar. Peter la abrazó.

—¡¡¡Mierda!!! —rugió Sam antes de ponerse en pie para salir corriendo—. Tengo que alcanzarla —expresó el joven con desesperación.

—¿Qué pasa?

—Alex, ¿desde dónde te escribió Regina?

—Pues no reconocí el número.

—Joder, ¿y no te extrañó? ¡¡Era una trampa!! Mira, no puedo explicártelo ahora, pero sé que Rita está detrás, ella secuestró a Regina.

—¿¡Qué!?! —Alex parecía ido. Se puso en pie con dificultad y movió la cabeza para aclararse las ideas—. Espera, Sam. ¿Dónde vas?

—A la cabaña. Estoy seguro de que la retiene allí.

—Dios mío... —Alex sollozó—. Sam, hay algo que debes saber. Andrea me dio un recado para ti, me dijo que el responsable de la tila que le entregaron a Regina anoche era Frank Banks. Ah, y que no ha estado en el hospital en todo el día. —Al ver el horror pintado en el rostro de su amigo, preguntó—: ¿Qué significa?

—Que tu suegro es el cómplice de Rita. Peter, Bea, quedaos aquí por si regresa alguien; llamad a la policía y contadles todo.

Sam echó a correr, seguido de Alex. Se introdujeron en el coche y condujeron en silencio hacia la cabaña. Durante el trayecto, cada uno se sumió en sus propios pensamientos. Los de Alex, dedicados a Regina. Se recriminaba su estupidez, ¿cómo había podido dudar de ella? No la merecía. Se prometió recuperarla y resarcirla cada día del resto de su vida. Decidió que se la llevaría a una isla desierta para que nadie volviese a inmiscuirse

entre ellos.

Por su parte, Sam pensaba en Andrea. En el primer día en que la vio, en sus besos, sus ojos, su sonrisa, su valentía. En cómo lo había subyugado en tan poco tiempo. Rememoró sus encuentros, sus chanzas y cada palabra suya. Con un intenso nudo oprimiéndole la garganta, rogó volver a escucharla, cualquier cosa, hasta un insulto de su parte sería bienvenido; daría lo que fuese por oírla maldecirlo otra vez porque eso significaría que estaba bien. Y entonces, él podría seguir respirando.

«Y tú, Sam. ¿Lo has encontrado?», la escuchó en su cabeza. «¿El amor? Bueno, todavía no he tenido tiempo. Pero te aseguro que cuando aparezca mi media naranja, no la dejaré escapar».

Menudo estúpido. Le había dicho que, cuando hallase a su verdadero amor, no lo dejaría escapar. Y, sin embargo, lo había hecho. «Andrea, mi amor, resiste, por favor, resiste», imploró mentalmente mientras se acercaba a su destino. La salvaría. Tenía que hacerlo, porque ya no existía la vida sin ella.

Andrea divisaba el exterior a través de la ventana del coche de Rita, mientras su mente reconstruía el intrincado rompecabezas, ¿qué motivo podría tener Frank Banks? ¿Cómo había sacado de la casa a su hija si Enriqueta había asegurado que durmió con ella toda la noche? ¿Tendría un cómplice? Sí, seguro. Entonces, ¿quién? ¿Por qué en la cabaña? ¿Y Alfred? ¿Sería el patriarca de la familia responsable de su muerte? Movi6 la cabeza y se apret6 las sienes, ¡tantas preguntas y tan pocas respuestas!

Rita, que la observaba de reajo, carraspe6.

—Entonces —comenz6 la otra— la tila te dio la pista. Vaya, qu6 aguda.

—Algo me decía que debía buscar en su cuarto. Tenía una corazonada. Y mira, no fallé. Pero todavía hay cosas que se me escapan.

—¿Cómo qu6?

Andrea se encogió de hombros y le sonrió.

—Detalles que no concuerdan; creo que no actu6 solo. No sé. Espero que Frank Banks arroje un poquito de luz.

Rita dio un volantazo al virar a la izquierda. Andrea se golpe6 contra la puerta y soltó una maldición.

—Lo siento muchísimo. ¿Estás bien? —Ella asintió—. Iba distraída y casi me paso el desvío. Según las indicaciones de Alex, estamos a punto de llegar, al final de este camino de tierra.

Andrea se masaje6 el brazo herido.

—Oh, vaya. —La periodista se percat6 de que el bolso de la conductora, que estaba en el asiento trasero, se había caído y había volcado su interior—. Espera, lo recojo. —Se quit6 el cintur6n y se arque6 hacia atrás para recoger el monedero, llaves, pañuelos, varios pintalabios, y cuando casi hubo

acabado, un objeto llamó su atención; lo cogió casi con reverencia. Notó pinchazos en el pecho y creyó que el corazón le estallaría. En sus manos tenía un teléfono móvil que reconoció al instante. Lo accionó para alejar las casi inexistentes dudas que tenía sobre el propietario y el salvapantallas confirmó sus peores temores: era de Alfred. Y solo una persona podría haberlo tenido en su poder: su asesina. Andrea cerró los ojos, tragó saliva e intentó serenarse.

—¿Todo bien por atrás? —La escuchó.

—Sí, claro —musitó casi sin voz.

Colocó el bolso sobre el asiento y volvió al suyo. Con manos temblorosas, se puso el cinturón y buscó su teléfono móvil, debía avisar a Sam. Tenía que ayudarla. Palpó sus bolsillos, su chaqueta y su mochila de cuero marrón, pero no halló rastros de su dispositivo.

—¿Buscas esto?

La sonrisa de Rita se ensanchó al alzar su teléfono. Abrió la ventana y lo tiró por ella. «¡Joder!», bramó Andrea antes de intentar salir del coche, pero Rita fue más rápida y accionó el pestillo para evitar así su huida. Frenó de golpe y sacó del compartimento lateral de su puerta una pistola, con la que la encañonó. Andrea escuchó un pitido y supo que la había desbloqueado.

—Sal del coche y ni se te ocurra hacer una tontería o te vuelo los sesos —la amenazó—. Camina hacia la entrada y toca tres veces en la puerta.

Rita esperó a que cumplierse sus órdenes y la siguió, sin dejar de apuntarla a la espalda. Un minuto después, un hombre desgarrado, con el rostro lleno de marcas, vestido de negro y con un ostentoso tatuaje de una culebra en el brazo, las recibió.

—Joder, hasta que por fin apareces.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Rita al fijarse en la sangre que cubría su rostro.

—La muy puta me ha golpeado con un hierro. Intentó escapar, pero al ver al padre, se desmayó. La volví a encerrar, pero el viejo se puso tonto y tuve que darle una buena tunda. Ahora está amordazado y atado a una silla. ¿Qué hacemos con él? Deberías pedir el rescate ya, esto se está poniendo negro y no me gusta.

Rita empujó a Andrea hacia el interior.

—Entra —le ordenó.

—¿Y esta quién coño es? —escupió el hombre, repasándola con los ojos de arriba abajo. Andrea sintió una repulsa enorme.

—Alguien demasiado curiosa para su propio bien. No importa, nos desharemos de ella también.

—¿Nos? Yo no me metí en esto para cargarme a nadie, sabes que estoy con la condicional, primita. —«¿Prima?», pensó Andrea contemplándolos. Si eran parientes, no se parecían en absolutamente nada—. ¿Y mi pasta? —continuó el secuaz—. He hecho todo lo que me has pedido. Págame, que me largo.

—Lo siento, pero no puedo dejar que te vayas; te necesito.

—Una mierda, yo ya he hecho bastante. En cuanto recibas la pasta del rescate, me piro.

—No voy a pedirlo. Y tú no vas a irte. —Lo apuntó con la pistola.

—¿Qué coño haces?

—Defenderme —declaró con sonrisa pérfida. Su rostro abandonó todo atractivo y mostró la maldad que anidaba en ella. Un rictus perverso se asomó a su tez—. Verás, cuando llegué aquí con Andrea —cabeceó hacia ella— descubrí que tú habías ideado el secuestro de Regina Banks para pedir un rescate. La policía lo creerá teniendo en cuenta tus antecedentes.

—¡¡Putá!! —estalló él.

—Últimamente me lo dicen mucho. —Lanzó una carcajada—. ¡Quieta! —gritó a Andrea que disimuladamente se había acercado al señor Banks, quien estaba recuperando la consciencia—. Ni se te ocurra tocarlo. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Frank Banks sospechó que su querida hija podría haberse escondido en esta cabaña y vino a buscarla sin imaginar que tú estarías aquí.

—¿Y cómo conocía yo la cabaña? ¿A que no has pensado en eso, eh? —apuntó el maleante con ojos brillantes.

—Hace dos meses que esta propiedad se puso a la venta, en tu ordenador hallarán búsquedas y *emails* preguntando por ella. Los he impreso para facilitar la labor de los agentes. ¿Verdad que soy espléndida? Sigamos. —Movi6 la pistola de arriba abajo al reír—. Al ser descubierto por el viejo, tuviste que retenerlo también. La periodista at6 cabos y dio con este lugar, yo la acompañé para que no fuese sola, como podrá declarar Alex. Y al llegar, ¡imagina mi sorpresa! Mi primo era el responsable del secuestro. Haré

hincapié en lo mucho que te interesaba esta familia y en cuánto me preguntaste por cada miembro.

—¡¡Eso es mentira!!

—Por supuesto, pero ¿quién lo sabrá? Nadie podrá rebatir mis palabras, pues todos estaréis muertos. Pegaste a la reportera, la dejaste inconsciente. —Lloriqueó—. Quemaste la casa con todos ellos dentro y viniste a por mí. Yo pude escapar, pero me diste alcance, forcejeamos, me golpeaste y cuando la pistola cayó, te disparé. —Cambió el tono al hablar—. «Solo me estaba defendiendo, detective, mi primo era un monstruo». —Rio fuertemente tras su actuación.

—¿Te has vuelto loca? ¡¡Somos familia!!

—No me lo recuerdes. Eso es algo que pienso remediar muy pronto. ¿De verdad creías que iba a seguir unida a una escoria como tú? Estoy harta de tus porquerías; hoy me libraré de varios problemillas.

—¿Por qué haces esto, Rita? —le preguntó Andrea, situada junto a Frank Banks que miraba a la mujer con el horror de saberse su cómplice. Sollozó murmurando el nombre de su hija.

—Por Alex. Es mío y no dejaré que esa zorra me lo robe, antes los mato que verlos juntos. Lo tuyo no es personal, eres un daño colateral. —Sonrió—. Por husmear donde no debías. Lo siento, pero tendrás que morir, comprende que no puedo dejar cabos sueltos.

—¿Como Alfred?

—Exactamente. El idiota tenía pruebas que me inculpaban, un vídeo. No tuve más remedio que silenciarlo.

—¡Y culpaste a Enriqueta!

—Eso, en realidad, fue por el querido Frank. Él descubrió la carta que su mujer iba a entregarle a Regina y pensó que sería buena idea responsabilizar del secuestro a Helen, su antigua empleada. Aquí donde lo ves —lo señaló— tiene una mente igual o peor de retorcida que la mía. Cuando ella contó la historia, supe que la hallarían culpable, puesto que la misiva la tiene Frank en su poder. Además, odiaba a Alex y parecía la sospechosa perfecta. Y antes de que me lo preguntes, sí, yo dejé calva a Viola, y sí, ella se acercó a la habitación de Regina tal y como contó, pero marchó. —El señor Banks se removió inquieto e intentó hablar, pero la mordaza se lo impedía—. Ay, es que

tú eso no lo sabes —lo tuteó por primera vez—. Claro, estabas aquí. Verás, tu Viola y tu señora esposa están en comisaría, acusadas por nuestro plan. Pero, tranquilo, que en cuanto os mate y cargue a este —sonrió a su primo— con la culpa, las liberarán. Bueno, ¿alguna duda más?

Andrea asintió.

—¿Cómo lo hiciste?

—Espera, ve a por Regina, que presencie el gran final.

Andrea corrió hasta el cuarto, dio vueltas a la llave que colgaba del pomo y liberó a la joven que a todas luces estaba escuchando la conversación desde la puerta, por el rostro plagado de rabia que tenía y las lágrimas contenidas.

—Pagarás por esto, Rita —escupió con ferocidad. Se la veía cansada, sucia y el precioso traje de novia estaba hecho girones de nuevo.

—No, qué va. Toma asiento junto a tu traicionero padre. ¿Qué se siente? Hubiese pagado por ver tu cara al descubrirlo. Llevábamos mucho tiempo planeándolo, ¿verdad, Banks? Debo reconocer que sus motivos eran más puros que los míos. Quería alejarte de Alex, ya que, según decía, no atendías a razones. No deseaba que sufrieses daños, solo que te retuviese durante el día de la boda y que te mostrase evidencias sobre la infidelidad de tu prometido, para que lo odiases y lo rechazases. Estuvo de acuerdo con el vídeo de la cena del viernes y fue él quien lo puso. ¡Qué retorcido! Quería sembrar la semilla de la duda en ti. ¿Qué ilusos son los hombres, verdad? ¡De verdad creyó que funcionaría! Retenerte aquí, lavarte el cerebro con imágenes y palabrería barata y ya está. Colaboró conmigo dándote la infusión, obviamente te drogamos para hacerte dormir, y entre L.J. y yo te trasladamos. Dejé el coche en el restaurante, con las llaves puestas para que L.J. pudiese cogerlo, regresé a la mansión con Sam y entré por la parte de atrás para que nadie me viese. Hice tiempo y esperé hasta que Frank me mandó un mensaje poniéndome que su pequeña retoña estaba inconsciente. Aupé a L.J. por la ventana de mi cuarto, Frank me dio el único que daba al exterior, para que el plan marchase a las mil maravillas, subimos y, por un momento, al ver a Viola, temimos que se fuese todo al garete, pero cuando desapareció, entramos en el dormitorio y desplazamos a Regina, que sacamos de muy malas maneras por la pequeña abertura de la ventana de mi dormitorio. Seguro que tienes un moratón que lo prueba. —Rio—. La llevamos hasta el coche y condujimos hasta la cabaña,

donde se quedó con L.J. encerrada. Yo regresé y aparqué en la entrada para que la cotilla de Anne me viese bien. Y así ideamos todo. El pobre Frank creía que te soltaría a la mañana siguiente, pero yo tenía y tengo otros planes. No puedes vivir, querida, porque ambas sabemos que nunca dejarás a Alex a pesar de no merecerlo.

—¿Y tú sí? —le espetó Regina.

—Debemos estar juntos y, cuando acabe contigo, así será. Seré su pañuelo de lágrimas, te olvidará y regresará a mis brazos. —Le guiñó un ojo—. Bien, empecemos.

Y así, sin previo aviso, disparó a su primo en la cabeza. Este cayó al suelo sin vida. Regina chilló, Andrea se abrazó a ella y Frank sollozó, refugiándose en su silla.

Sam miró a Alex con terror. Ya habían aparcado y se dirigían a la entrada de la cabaña cuando escucharon el estruendo de la pólvora.

—¡Un disparo!

—Tranquilízate, Sam —lo consoló el actor que parecía mucho más sereno. Sam, por el contrario, estaba alteradísimo. El corazón le galopaba en el pecho y solo podía pensar en Andrea, en el momento en el que la tuviese entre sus brazos, libre de peligro—. Estarán bien, tienen que estarlo.

—¿Qué hacemos?

—Hay una ventana en la cocina. Entremos por allí.

—¡¡Vamos!!

—No te saldrás con la tuya, Rita. Sam descubrirá la verdad e irá a por ti.

En la cocina, el nombrado se envaró al escuchar la dulce voz de la joven. Hinchó el pecho orgulloso al comprobar cuánto confiaba en él, se dijo que no podía fallarle. Se deslizó en silencio y ayudó a Alex, que se introdujo en el interior sin hacer ruido.

—¿Quién? ¿El organizador de bodas? —Soltó una carcajada—. Baja de la nube, rubia. —Anduvo hacia la mesa del salón y se quedó de espaldas a la cocina—. Asume que nadie va a salvarte, querida. Hoy es vuestro final.

Un movimiento captó la atención de Andrea, que creyó distinguir la figura de Sam, ¿o sería la mente que le estaba jugando una mala pasada?

—¡¡No si yo puedo evitarlo!! —vociferó una voz, antes de echarse sobre Rita. Andrea vio como Alex intentaba quitarle la pistola. A su lado, Regina gritaba el nombre de su amado y lloraba apesadumbrada al verlo en peligro. Sam corrió hacia ella, Andrea se reunió junto a él, y se abrazaron. Se oyó un disparo. Angustiados, vieron que de los dos, Alex era el que había resultado ileso. Rita, en el suelo, yacía inconsciente bajo un charco de sangre. El actor caminó tambaleante hacia Regina, que estalló en sollozos al verse abrazada por él. Alex la besó y volvió a achucharla. Andrea dejó escapar las lágrimas contenidas.

—Shh, tranquila, mi amor, ya pasó todo —la consoló Sam, la apretó contra su torso y la besó en el cabello—. Hoy he envejecido treinta años.

—Sabía que vendrías, Sam.

—¿Tanta fe tienes en mí?

Ella lo miró con amor.

—Prefiero no contestar, señor perfecto, o provocaré una subida de ego.

Sam rio.

—Andrea. Hay algo que debo decirte, yo... —Sus ojos resplandecieron—. Nunca había pasado tanto miedo. Verás... —carraspeó, incómodo.

—¿Te arrancas o te ayudo?

—No es tan fácil —protestó.

Andrea le sonrió y se puso de puntillas para besarlo. Al apartarse, susurró:

—Te quiero —soltó ella.

—¿¡¡Qué has dicho!!?

—Que... —Miró hacia atrás y su sonrisa desapareció. Todo sucedió muy deprisa. Rita, que segundos antes estaba inmóvil en el suelo, se dio la vuelta, se arrastró unos centímetros y, en silencio, palpó el suelo hasta rozar con las puntas de sus dedos el arma que antes había empuñado, agarró la pistola y, con dificultad, giró el torso y apuntó hacia la pareja que permanecía abrazada frente a ella. Andrea chilló e, incapaz de dar aviso a tiempo, evitó la tragedia del único modo posible: se puso en medio. Rita exhaló un último suspiro y murió, en su rostro se reflejó la decepción al no haber alcanzado a su enemiga.

Andrea sonrió, ¡lo había conseguido! Oyó que Sam la llamaba y al darse la vuelta, se tambaleó. Un fuego abrasador invadió su costado, se meció y cayó al suelo. Parpadeó. Sam estaba a su lado, la abrazada y lloraba. ¿A qué venían

esas lágrimas? Intentó levantarse, pero algo se lo impidió. Cerró los ojos para no contemplar el rostro demudado de dolor de Sam.

«¡Andrea, Anddy, reacciona! Andrea, por favor. ¡¡Te quiero!! ¿No lo ves? ¡¡Te quiero!! No puedes dejarme, por favor, no lo hagas. ¡¡Andreaaaa!!».

Ella sonrió al escucharlo, ¡por fin se había declarado! Abrió la boca para soltarle una broma, pero no emitió palabra. La oscuridad la reclamó y el grito de Sam la acompañó hasta la inconsciencia.

—**B**ea, no insistas, me quedo —escuchó que decía una voz a lo lejos. Andrea intentó abrir los ojos, pero estos le pesaban demasiado—. Además, no creo que sea para tanto. ¡Eres una exagerada!

—Eso decía mi madre, y no veas cómo le cantaban los *pinrreles*. Si quieres que despierte, ya sabes. ¡A ducharse!

—¿Pero qué tendrá eso que ver? ¿No entiendes que no puedo moverme de aquí hasta que vea sus preciosos ojos grises de nuevo? ¡Nunca podría descansar sabiéndola en esta cama, luchando por su vida!

—Si sigues oliendo así, serás tú quien la mate y no esa bala.

—¡¡Mira que eres bruta!!

—Sí, y cabezota. Necesitas descansar y, aunque no lo creas, *Romeo*, antes de que tú aparecieses, yo cuidaba muy bien de esta jovencita y nos iba de maravilla.

—¿No vas a dejarme en paz, verdad?

—Pues no. Y conste que esto lo hago por mí, para que no deteriores mi olfato.

Andrea rio interiormente ante la chanza de Bea.

Sam soltó una carcajada.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un incordio?

—Uy, constantemente. Pero en el fondo, me aprecias, ¿a qué sí?

—Muy en el fondo.

—Pues voy en el bote, eh. Si escoges a Andrea, te llevas a las *Mosqueteras*.

—¿Hay más cómo tú?

—No. Son peores.

Andrea escuchó cómo Sam gemía.

—¿Y si despierta?

—Te llamaré corriendo. Y le diré que la has velado día y noche, sin separarte de su cama, sin comer, sin ducharte y vaticinaría que sin cagar, también.

—Joder, Bea. ¡¡Vale, me voy!!

Andrea escuchó la puerta.

—Ves, Anddy, no hay mejor táctica para hacer correr a un hombre que aludir a las deposiciones. —Le acarició la mano—. Aunque a ti no te funcionó, porque con *cuesco* y todo te lo camelaste, amiga. Oye, digo yo que ya está bien, ¿no? Sé que necesitabas un descansito, pero ya va siendo hora de que abras los ojos. Tú ahí, dándote la siesta padre, y aquí el resto, angustiados. — Andrea escuchó un sollozo e intentó levantar la mano para consolarla, pero no se movió. Intentó con los labios, pero parecían tallados en piedra—. No veas la que has liado. Ya lo verás, ya. ¡Has salido hasta en la televisión! Marga está de lo más contenta porque con la nueva fama que ha obtenido Finales Felices, la están llamando que no veas, me da que la agencia pega el subidón este año. Por cierto, tengo que contarte, Rita, como recordarás, murió ese día, pero lo que no sabes es que han acusado al señor Banks, se tendrá que enfrentar a un juicio por ser cómplice de esa asesina, pero dudo que entre a la cárcel, eso sí, pagará un buen pellizco; los tipos como él siempre se libran. Ay, hablando de eso. A Viola y Enriqueta Banks las soltaron gracias a la declaración que hizo Regina. Oh, y en cuanto a ella, ha venido a verte junto con Alex. —Bajó la voz—. Esto es top secret, eh. ¡Se han casado en secreto!, ¡y en vaqueros! —Rio—. Regina me dijo que los vestidos de novia le traían mala suerte. Además, me da que Alex seguirá apareciendo en la gran pantalla, bien lejos de los Banks. Y por lo que he podido captar... ¡Regina será su nueva representante! Ah, esta mañana te han enviado otro ramo de rosas; esos dos te aprecian, amiga. Y hablando de gente que te quiere, Ruth y Sara están como locas. Hasta se ha adelantado el parto de Ruth con el susto; está ingresada, tu cuñada y Addy están con ella. Ohm, y han descubierto que el mensaje que recibió Alex en el que Regina decía que lo dejaba fue enviado desde el móvil de Alfred, no se sabe si por parte de Rita o el primo porque contenía huellas de ambos. A saber. Y hay más, fliparás cuando despiertes. No te lo voy a decir, así será sorpresa. Solo confesaré que es una visita que no te esperas para nada.

Tendrás que abrir los ojos para averiguarlo. —Andrea notó sus dedos sobre el rostro—. He traído a *Lady Johanna*. He pensado en leértela, ya que siempre me decías que algún día tendría que dejártela. Estaría bien que despertases y comentases conmigo las escenas, ¿qué te parece?

Andrea quiso asentir, mas no pudo. Escuchó la suave y melosa voz de su amiga cuando comenzó a leer la primera línea. Mientras la historia avanzaba, Andrea se esforzó por ir moviendo los entumecidos dedos y dio un respingo en su interior cuando notó que el anular, corazón e índice, se agitaban. Escuchó un Ave María en forma de tono.

—Vaya, ¡cuánto tiempo hombre! —oyó decir a Bea—. No me lo puedo creer. Ha pasado... A ver... Déjame mirarlo... Exactamente media hora. Que sí, pesado. ¿Te has duchado ya? ¡¡Pues duerme!! Andrea está engatusada con la Garwood. Hasta que no termine el libro, no despertará. Hemos acordado que lo comentaremos después, así que tienes tiempo de dar una cabezadita. Ay, Sam, lo tuyo es preocupante, tienes Andreanitis. —Rio—. Está bien, pues aquí te espero. Chao. —Andrea notó que le sacudía el brazo—. Este hombre es más cabezota que tú, amiga. Ya lo tienes de vuelta otra vez. —Se carcajeó—. Me ha dicho que ahora que ya no puede ofender mi delicado olfato, se vuelve. Como cuando despiertes te pongas tontaina con él, te daré una buena tunda. Ay, Anddy, que este es de los que nos gustan, amén de mi Peter, claro. Pero como es mío, pues no cuenta. A lo que iba, amiga, que no lo dejes escapar o te escalabraré. He estado cotilleando con Marga que, por cierto, también ha venido a verte. El caso es que me ha dicho que está soltero y entero, para que te lo devores a tu gusto. Sus padres son algo así como *Indiana Jones*, unos aventureros, así que les caerás bien. Ah, ahora que me acuerdo, llamaron preguntando por ti, me da que Marga les ha estado contando cosillas. —Soltó una risita—. Hablé con ellos un rato, me cayeron muy bien, te gustarán. Los he invitado al bautizo de mi retoño. Sí, ya lo sé, es pronto todavía, pero como de todas formas pasará, pues ya me he adelantado. Así que espero que te despiertes, no me hagas quedar mal con ellos antes de conocerlos. Ay, por cierto, tu jefe ha estado aquí. Charlamos un buen rato y lo puse fino, le dije que eras la mejor reportera de la redacción y que, si no era capaz de verlo, otros apostarían por ti, más ahora que te has hecho *requetefamosa*. Y, chica, no lo creerás, pero el tío se quiere jubilar para recuperar a Alison, que es su

exmujer, al parecer, ella lo dejó porque su profesión lo absorbía demasiado, vamos, como a ti, pero el caso es que Richard la echa de menos y siente que debe reconquistarla. ¿Verdad que es romántico? Le dije que *Hunting* solo sobreviviría si tú te convertías en su nueva redactora jefe, ¿y qué crees? ¡¡El puesto es tuyo!! —Andrea aleteó suavemente las pestañas. ¿¡En serio!?! ¿Era la nueva redactora jefe? Tuvo ganas de aplaudir. Luchó contra la pesadez y poco a poco una luz cegadora se fue filtrando por sus párpados—. Pero hazte la sorprendida, ¿eh?, que el hombre está ilusionadísimo por ver la cara que pones cuando te dé la noticia. ¿Qué más? Ah, sí. Cameron ha venido casi todos los días, trae unos dulces muy ricos que dice que te encantan, y a mí también, la verdad. Son para cuando despiertes, pero mientras lo haces, pues me los voy comiendo yo para que no se hagan malos. ¿Te parece bien, verdad? Supongo que sí, porque si no, despertarías de una vez. Así que, mientras no lo hagas, te quedarás sin ellos.

—Qué morro tienes —susurró, débilmente, Andrea, enfocando a la rubia que estaba sentada a su lado, con un libro entre las piernas.

—Ya sabes que sí. ¡¡Un momento!! —Se puso en pie, la novela cayó al suelo—. ¿Qué has dicho? ¿Has hablado o me estoy volviendo tarumba?

—¿Más? —murmuró Andrea, estirando la pastosa boca en lo que pretendía ser una sonrisa.

—¡¡Andreeeeaaaa!! —chilló Bea antes de lanzarse a sus brazos y provocarle un gemido de dolor—. ¡¡Lo siento, perdona!! Es que... ¡No puedo creerlo! Por fin. Nos tenías tan preocupados... Peter no pega ojo. Yo no paraba de llorar, y Sam... ¡Oh, no, Sam! —Se llevó las manos a la boca—. Escucha, tienes que volver a dormir. Corre, antes de que venga, o me descuartizará y tirará mis restos por el barranco. ¡No te rías! Lo digo muy en serio. Ese hombre tiene un carácter endemoniado, sobre todo, cuando se trata de ti. Venga, venga, cierra los ojos que está por llegar. Haces la de la *Bella durmiente*, verás cómo le gusta. Cuando te dé un beso, que lo hará como cada vez que entra a la habitación, te despiertas. —Rio—. ¡¡Me parto!!

—Eres una bicha —manifestó Andrea débilmente—. Dame agua, anda.

—Vale, pero tú recuerda nuestro plan.

Andrea sonrió. Bea se dio media vuelta y se acercó a la botella de agua para servir un vaso. La puerta se abrió y se asomó Sam.

—¡¡Oh Dios mío!! ¿¡Andrea!?

—¡¡Mierda!! ¿Es que no había tráfico? —le espetó Bea—. Este tío es como Dios, está en todos los sitios... —refunfuñó.

—¿Está despierta?

—No. —Se interpuso en su campo de visión.

—¿Cómo que no? —Bea movió la mano hacia Andrea y esta cerró los ojos con una sonrisa. Bea la observó de soslayo y asintió—. ¿Ves? Duerme.

—¡¡Pero yo...!!

—Tu mente, querido, te muestra lo que deseas ver, pero es una utopía.

—Qué utopía ni que leches. Estabais hablando.

—¿Por qué no le das un beso de amor? Igual así la revives. —Sam alzó una ceja. Bea se le acercó y le entregó el vaso, susurrándole—: Dáselo, está sedienta la pobre. —Se acercó a su cuello y lo olfateó—. Eeeh. ¡¡Eso no vale, jodido! ¡¡Andrea!! Este no se ha duchado. Se ha echado perfume para disimular el tufillo.

—¿No te ibas? —inquirió él.

Bea rio y salió por la puerta.

Sam corrió hasta la cama.

—Andrea. —Ella le sonrió—. ¿Por qué no abres los ojos?

—¿Y mi beso de amor?

—¡¡Serás mala!! —Rio. Se acercó a sus labios y la besó—. No sabes cuánto miedo he pasado estos días. Los médicos decían que la operación había salido bien, pero yo... —Se desordenó el cabello, su rostro estaba plagado de ojeras y cansancio, pero Andrea pensó que nunca lo había visto tan guapo—. ¡Ha sido un infierno!

—¿Se te ha caído el pelo?

—¿Cómo?

—Hace un tiempo me dijiste que te iba a dejar calvo al final con tanta preocupación.

—Oh, sí. ¿Por qué te crees que no me he duchado? No me atrevo a lavarme el pelo.

Andrea se carcajeó.

—Tú estarías guapo hasta sin él.

—Casi se me para el corazón cuando vi cómo Rita te disparaba. Mientras

estabas inconsciente, no paraba de decirme que jamás te dejaría hacer una locura semejante.

—¿Y cómo vas a impedirlo, señor Davis?

—Encadenándote a mí.

—Ohm. ¿A la cama? Me gusta. Te he imaginado muchas veces así, lo estoy deseando.

Sam sonrió.

—Eso vendrá después.

—¿Y antes?

Sam se palpó el bolsillo y sacó una cajita, Andrea abrió los ojos desmesuradamente.

—Antes va esto. —Abrió el pequeño estuche de terciopelo verde y mostró un diamante precioso—. Andrea Rico Caballero, sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero desde el primer día en que te vi supe que eras mi otra mitad. Te amo. Te amo muchísimo y, si me dejas, te haré...

—¡¡Sí!!

—¿Me quieres dejar acabar? ¡¡Llevo días pensando en el discurso!!

—Pero si te voy a decir que sí igualmente, para qué tanta palabrería. Bésame y pasemos a la acción. —Lo agarró de la camisa y fundió sus labios con los de él. Desató varios botones.

—Eh, no tientes, *reportera*. O no seré capaz de parar. Llevo deseándote demasiado tiempo.

—¿Y quién ha dicho que pares?

—Acabas de despertar, te han disparado...

—Memeces. Ven aquí.

La puerta se abrió de golpe.

—Alto. ¡¡Las manos donde yo pueda verlas!!

—¡¡Bea!! —vociferaron, al unísono, Sam y Andrea.

—Me lo agradeceréis, ya lo veréis. —Señaló a Sam—. Tú, si quieres entrar en la familia sin que los Rico te pateen el culo, apártate de su esbelto cuerpo. Su padre y hermano están aquí.

—¡¡Bea!! —se escuchó que decían tras la joven diseñadora.

Ella miró a la pareja de la cama como diciendo: «Os lo he dicho».

—¡¡Enri!!, ¡¡Nico!! Qué ganas tenía de achucharos. Mandé a Peter a por

vosotros, ¿dónde está? Ah, ya lo veo. Cariño, corre, ven, ¡¡te he estado llamando!! Escucha; hay buenas noticias. La pequeñina ha despertado, y no solo eso, la muy pécora ha aprovechado que bajaba a tomar un té para comprometerse. Es verdad, Nico, no pongas esa cara de pánfilo, ¡cuándo he soltado yo un chisme que no se corresponda con la realidad! Mírale el anillo —escucharon que decía la diseñadora a alguien que estaba tras ella.

—La mato —le susurró Andrea a Sam, que la cogía de la mano, pero tenía el rostro plagado de temor. ¿Así que esa era la sorpresa?, se dijo la joven invadida de felicidad, pues se moría por ver a los suyos.

—¿Están... están aquí?

Sam parecía aterrorizado.

—Tranquilo, les encantarás.

Bea se apartó y dejó entrar a los visitantes. Su padre y su hermano pasaron a la habitación del hospital y, al verla, acudieron a su encuentro.

—Cariño, ¿¡cómo te encuentras!? ¡¡Qué preocupados nos tenías!! Cuando Bea nos llamó, cogimos el primer vuelo.

—Anddy. ¿Estás bien? —se interesó Nicolás, que parecía muy alterado.

—Pero...

—Si se te ocurre preguntar por qué hemos venido, te escalabro, hermanita.

—Vosotros dos vais a acabar conmigo. Primero tu hermano y ahora tú —los riñó Enrique, recordando cuando Nicolás se había interpuesto entre Sara y una demente que pretendía acabar con ella. Había resultado herido de bala también.

—Igual hemos inaugurado una nueva tradición, papá. Habrá que decírselo a Raúl. Ayyy —se quejó cuando Enrique Rico le dio un capón.

—Deja a tu hermano tranquilo. Cariño —cogió la mano de Andrea—, ¿cómo te encuentras?

—Eso, cielo, ¿estás bien? Casi me da algo. No sabes cómo me duele no estar allí —se oyó la voz de Adela Maldonado. Todos se giraron y vieron a Bea sujetando la pantalla del móvil. En la videollamada, se veía a Ruth en una cama de hospital, Sara a un lado y Adela al otro.

—¡¡La culpa es de Marcos, amiga!! Ha decidido nacer justo hoy —bromeó Ruth que levantó el brazo para saludar—. Eh, ¿ese es el famoso Sam?

Sam miró a Andrea e inquirió:

—¿Famoso?

Ella se encogió de hombros.

—Cosas de Bea.

—Bea, tía, mueve un poquito más el móvil que no se lo ve bien —demandó Ruth—. ¡¡Holaaa!! Soy Ruth. Esta es mi hermana Sara y mi madre Adela. Encantadas de conocerte y bienvenido a la familia. Un momento. Sara, gírala. —Todos vieron la figura de un hombre, durmiendo en una silla, frente a ellos—. Él es Daniel, mi marido, el pobre no ha pegado ojo en toda la noche. Está aterrado por el parto. —Rio. Nicolás sacó el móvil y lo acercó al de Bea para realizar una foto—. ¡Oye, Nico! Ni se te ocurra utilizarla o te dejaré a Tony una semana entera —lo riñó Ruth. Nicolás, atemorizado con la amenaza, eliminó la imagen; pocas cosas habían peores en esa vida que cuidar al perro de su cuñada. Andrea rio y Sam, cuando la pantalla volvió a mostrar a las tres mujeres, las saludó, algo avergonzado. Los Rico lo miraron fijamente con cara de pocos amigos.

—¡¡Enri!! —protestó Adela haciendo que el aludido pegara un bote—, saluda al chico y deja de fruncir el entrecejo. —Su marido tragó saliva. Sam se acercó a Andrea, extrañado, pues Enrique se situaba fuera del campo de visión de su mujer.

—¿Es adivina? —preguntó.

Ella sonrió y susurró:

—No, es que lo conoce demasiado bien.

—¿Algún día tenía que pasar, no? —siguió diciendo Adela—. Te dije que se declararía pronto, parece de los formales, no como Peter, que le costó lo suyo.

—Ehhh —gruñó este, que estaba situado junto a su mujer—. Buscaba la forma idónea de hacerlo.

—Samuel —lo llamó, ignorando la réplica de Peter—. ¿Te ha dicho que sí, no? —Él sonrió y asintió, dichoso. Enri y Nico lo atravesaron con los ojos—. Seguro que nuestros chicos se lo están poniendo difícil —comentó Adela a Sara, las dos rieron.

—Igual tendríamos que recordarles cómo lo pasaron ellos. ¿Verdad, mamá? —Sara miró a la pantalla—. Cuñada, ¿cómo vas? Espero que no te estemos atosigando entre todos.

—¡Qué va! Me lo estoy pasando pipa.

—Bueno, de todas formas, tendríamos que dejarte descansar. Acabas de pasar por una experiencia terrible; estarás fatigada.

—Mi mujercita tiene razón, como siempre —la aduló Nicolás—. Hermanita —se acercó y le dio un beso—, vamos a tu apartamento a instalarnos. Volveremos a verte más tarde.

—Sí, cariño. —Su padre la abrazó y, al separarse, miró a Sam y le acercó la mano. Este último se la estrechó—. Bienvenido a la familia, Samuel Davis. —El otro agrandó los ojos. Enrique sonrió—. No te sorprendas. Sabemos quién eres desde el primer momento. —Miró a Bea y le guiñó un ojo—. Me han hablado muy bien de ti y lo que he podido averiguar, me gusta. Sin embargo, te llevas a la pequeña de la casa y...

—Lo que mi padre está intentando decir es que quiere una cena formal para decidir si tienes su aprobación o no.

—¡Andrea!

—Papá, Sam es el hombre que escojo. Lo quiero, y tú también lo harás en cuanto lo conozcas.

—Pues eso pasará pronto, porque no vamos a perderlo de vista mientras dure nuestra visita —apuntó Nicolás—. Todavía estás a tiempo de huir, cuñado.

—Creo que no me rendiré tan fácilmente.

Nicolás rio y Enrique lo palmeó en el hombro, contento.

—Oh —sollozó Adela desde el móvil—. ¡Qué momento tan encantador! Por cierto, antes de que Bea corte la comunicación, hay algo que me muero por preguntarte, Anddy.

—Dime —respondió esta.

—¿Al final me hiciste caso y le diste una alegría al cuerpo con él?

—¡¡Mamáaaa!! Ni se te ocurra contestar a eso, cuñada —la defendió Sara.

Andrea, acostumbrada a las salidas de su madrastra, rio.

—¿Os llamo más tarde, vale? Ah, y Ruth, quiero foto en cuanto tengas a Marcos en brazos.

—Claro que sí, tía.

Todos se despidieron y, después de los pertinentes abrazos y besos, marcharon. Sam quedó a solas con Andrea.

—¿Qué, ya te han asustado? Porque es lo que pretendían.

—No podrían hacerlo; el premio es demasiado tentador como para no resistir.

—Ohmm... ¿Y en qué consiste?

—Pues, verás, me llevo a una jovencita de mal genio, resplandona, cotilla y demasiado intrépida.

—Vaya, no parece un deshecho de virtudes.

—Sí lo es, porque además tiene un corazón generoso, es valiente, inteligente y doy fe que besa muy bien.

—No sé yo. Quizá deberías asegurarte.

—¿Ah, sí?

—Ven, compruébalo otra vez. —Lo acercó a ella y lo besó largamente.

—¿Y bien?

—Ummm. Creo que deberíamos seguir comprobándolo.

—Me parece una idea genial.

Y eso hicieron esa noche y las venideras.

EPÍLOGO

26 años después...

Sam observaba angustiado a la pareja que tenía frente a sí. ¿Por qué?, se preguntó una vez más. De todos los hombres existentes en el mundo, su preciosa y perfecta niña tuvo que elegirlo a él. No es que tuviese algo en contra del chico, aparte del nombre, claro. ¿Quién diantres se llamaba Galileo? Pero siendo sinceros, la culpa tampoco era del joven, sino de sus progenitores. Los miró y resopló. Estaban uno al lado del otro, cogidos de la mano y llorando a lágrima viva mientras observaban emocionados a la feliz pareja que en ese día tan glorioso se daba el sí quiero. ¡Menuda suerte la suya!, refunfuñó.

Notó la mano de Andrea apretando su brazo y giró el rostro para recibir su resplandeciente sonrisa; sus bellos ojos mostraban la dicha que sentía al ver a su pequeña sellando su final feliz. Al contemplarla así, radiante, Sam experimentó un estremecimiento. Se acercó a su rostro y le dio un beso en la mejilla, aspirando su olor, ese que, aun tantos años después, lo volvía loco. Cerró los ojos y se sintió plenamente feliz.

—Al final, Marga tuvo razón —escuchó que susurraba su mujer—. Decía que habían nacido para estar juntos. ¿Será obra del destino? —«O del Karma», gruñó Sam, que no se hacía a la idea de emparentar con sus pesados amigos. Andrea lo miró y rio—. ¡No pongas esa cara! Adoras a Gali. Además, esos dos han sido inseparables desde niños.

—No tengo nada en contra del chico; son sus padres los que me preocupan —protestó echando un vistazo a los susodichos: Peter y Bea. Si se lo hubiesen dicho hace años... Negó con la cabeza, incapaz de asumir tamaña fatalidad.

—Oh, vamos. Reconoce que será divertidísimo tenerlos de consuegros.

—Sí, del todo. Menos mal que no hemos tenido más hijos.

—Tampoco ellos, quizá por eso nuestros vástagos debían unirse.

—O en la otra vida hice algo muy malo y ahora lo estoy pagando.

—Pero si se te cae la baba. No creas que no te vi esta mañana cuando Elizabeth apareció. Llorabas a mares.

—La voy a echar tanto de menos...

Andrea lanzó una carcajada.

—No te va a dar tiempo. Carla ya me ha contado que se muda a Nueva York y que trabajará en la agencia contigo. ¿Se lo has dicho a mi hermano?

—No, y ni se te ocurra. Todavía le debo una por las carcajadas que se pegó a mi costa cuando la niña anunció el compromiso. A ver cómo se siente cuando su benjamina se venga con los tíos. —Sonrió con malicia.

—Te va a matar, y Sara también. Por no hablar de Addy y papá.

—Sara me adora. Y tus padres estarán contentísimos porque tendrán una nueva excusa para venir a vernos. ¿No te decían que estaban aburridísimos desde que Raúl se ha independizado?

—Qué morro tienes.

De pronto, un pequeño pie se puso entre ellos, separándolos.

—Hermanita, a ver si guardamos silencio —la riñó, divertido, Nicolás, situado en la fila de detrás. Encima de él estaba Isabel, su nieta. A su derecha, Sara jugaba con Izan, el primogénito de su hija Sofía, quien lloraba junto a su hermana Carla al ver el enlace de su prima. Edu, el marido de Sofía, cuchicheaba junto a Raúl, que estaba sentado al lado de sus padres, Adela y Enrique.

—Eh, vosotros dos, un poquito de respeto —les llegó desde la derecha. Nicolás y Sam fulminaron con los ojos a Daniel. Este les guiñó un ojo y siguió mirando al frente, rodeado por sus tres varones: Marcos, Fran e Iván. Ruth, a su lado, le sujetaba la mano y se limpiaba el emocionado rostro con un pañuelo.

—A ese también le debo una —susurró Sam.

—¿A quién, cariño? —demandó Andrea.

—Habla de Daniel —intervino Nicolás, cabeceando hacia su cuñado—. ¿Al final vas a hacerlo? —Sam asintió, Nicolás rio. Su hermana parecía confusa por lo que le explicó—: Sigue molesto porque convenció a Peter para que lo

nombrase parte del consejo de los Trotamundos. Deberías sentirte orgulloso, cuñado, ahora eres conde.

—Sí, ¡¡el maldito conde de la amapola!! ¿Qué clase de título es ese?

—Sam, baja la voz —lo reprendió Andrea—. Me dais un miedo los dos...

Nico se encogió de hombros.

—Yo no tengo nada que ver, es cosa de tu marido, hermanita.

—Ya está todo preparado —anunció Sam, mirando fijamente a Galileo, que recitaba sus eternos votos; eternos porque llevaba ya más de cinco minutos, el tío había salido a la madre—. Tendrá el mejor cumpleaños de la historia.

—¿De qué estás hablando, cariño? —Andrea miró a su cuñada—. ¿Tú sabes algo, Sara?

Esta negó con la cabeza.

—Ni idea, pero les temo.

—Y yo. —Andrea miró hacia la derecha y sonrió a Bea cuando le devolvió la mirada; se percató de que Peter tenía el rostro rojo de tanto sollozo. A su lado, dos ancianas discutían en voz baja; Andrea rio. ¡Nunca cambiarían! Encarna Saez y Ana Argüelles se llevaban a matar. Y encima, desde que el padre de Bea había fallecido, madre y suegra se habían trasladado con su pobre amiga. ¿Conseguiría sobrevivir?

Entre risas, divisó al resto de invitados y fue saludando con la cabeza. No faltaba nadie. Bueno, casi, pensó apenada al recordar a Marga y a sus queridos suegros, que seguramente, desde arriba, acompañaban a su Elisabeth en ese instante tan especial.

Se fijó en los amigos italianos de Bea, que habían asistido junto a toda su prole. Y no era poca, Andrea los contó y juró que habría seis hijos y casi veinte nietos.

Dos filas por delante, los inseparables Rafa y Filippo aullaban de alegría al ver a su ahijado casándose. Andrea sonrió al recordar cómo Rafa, mejor amigo de Bea, había recibido la noticia de que sería el padrino de Galileo, había lanzado un gritito, se había agarrado el pecho y, con un suspiro, se había desmayado. A Bea casi le había dado un soponcio, pensó que se lo habría cargado; menos mal que había quedado en un susto.

Al fondo, divisó a Alex y Regina y levantó el brazo para saludarlos; estaban sentados junto a varios de sus compañeros de *Hunting*. Buscó a Cameron y

sonrió al hallarla. Seguía siendo su mano derecha en la editorial, pero ahora se había convertido en una de las mejores reporteras. Al observar a la persona que estaba a su lado, agrandó los ojos con sorpresa. Richard, su antiguo jefe, también había asistido y acompañado de su otra vez esposa Alison.

En ese momento, mientras se centraba en su pequeña, apoyada sobre el hombro de su marido, un destello pasó ante sus ojos y un sinfín de recuerdos se agolparon en su mente. Rememoró aquella boda que se había empeinado en cubrir y dio gracias al cielo por esa exclusiva que había revolucionado todo su mundo. Sonrió con agradecimiento, la vida le había dado tanto...

—¿Qué nombre le pondrá esta vez? —inquirió Nicolás, reclamando la atención de Sam.

—¿Nombre? —preguntó Sara.

—Espero que no sea Tony —comentó Nico con ojos brillantes.

—¡Oh, no! ¡¡Sam, te matará!! —Sara agrandó los ojos—. Le vas a regalar un...

—¡¡Perro!! —respondió Nicolás—. ¿Verdad que le encantará? —ironizó, echando un vistazo a su cuñado Daniel, que ahora sonreía con amor a su esposa, ajeno al plan trazado contra él.

Andrea gimió, Sara se santiguó y Nicolás se carcajeó. Sam, que no perdía detalle de su niña, sonrió con malicia.

Elizabeth apretó fuertemente las manos de Galileo y los dos aguardaron el gran momento. Por fin el cura finalizó su discurso y los alentó al beso que sellaba su matrimonio. No tuvieron que repetírselo dos veces, se buscaron hambrientos, enamorados. Sam parpadeó varias veces para alejar las lágrimas, asió la mano de su mujer y, juntos, rodeados de sus seres queridos, pusieron la palabra FIN a su bello cuento de amor.

Si te ha gustado

A la caza de una exclusiva

te recomendamos comenzar a leer

Cuando aman las Townsend

de *Nunila de Mendoza*



CAPÍTULO 1

—La gordita me gusta más —dijo un obrero riendo y gesticulando a medida que hablaba—. Fuertes brazos, fuertes piernas y mejillas redondas. Bien rellenita para que me caliente en el invierno.

—A mí me gusta la pequeña, la que renguea —sentenció otro albañil sentado a su lado—, parece una figura de porcelana. En mi pueblo, hay una imagen de la Virgen igualita a ella: rubia, con piel de porcelana y ojos azules, aunque esta señorita Townsend siempre está con la nariz levantada.

—Pues para mí —dijo un tercero hablando con la boca llena—, la más bonita es la de ojos verdes, la oscura. Con su cabello ondulado que le llega a la cintura, y es la más amable, siempre saluda.

—La gordita nos dio pasteles —replicó el primer obrero.

—Porque quería saber nuestra opinión.

—Estaban deliciosos —afirmó de nuevo y, riéndose, agregó—: ¡¿Ven?, es la ideal!, sabe cocinar y es gordita buena para el invierno. ¿Para qué más?

Los albañiles soltaron carcajadas y, terminando su merienda, volvieron apurados a la obra. Era primavera, época cuando Ian Townsend mandaba a reforzar los cercos de Garden House. «Nada ha cambiado», pensaba un hombre, apoyado en una pared cercana, que había escuchado la conversación de los albañiles. «Primavera, época de reforzar los muros. Katy sigue inventado pasteles y dándoselos a probar a todo el mundo. Amy, con su altivez, y Grace, con esa belleza rara, siempre la más amable, la más sencilla, la más callada y buena. Grace es perfecta... la presa perfecta».

La marquesa de Saxonhurts bajó la escalera principal del gran salón, como siempre, vestida de riguroso negro, aunque hacía más de veinte años que había muerto su esposo. Erguida, majestuosa, irritantemente perfecta, entró a la biblioteca, ordenó al mayordomo avivar el fuego de la chimenea y que se retirara.

—¿Qué deseas, Richard? —preguntó la marquesa de manera displicente a su

visitante que la había esperado por casi media hora.

—Hola, prima —dijo el doctor Gervais, se acercó a ella y la besó en ambas mejillas—. A mí también me da gusto verte.

—Sabes que detesto que me saluden así —habló la marquesa limpiándose las mejillas, luego, agregó—: Si has venido a interceder por esos dos, pierdes tu tiempo. Ya lo he decidido, de ninguna manera Julian se casará con esa chica.

—Se llama Amy —dijo el doctor.

—Amy Townsend, lo sé. Nunca pensé, cuando accedí a que Julian se hiciera amigo del conde de Hamilton, que terminaría en este despropósito.

—Elinor, los tiempos cambian. No puedes disponer de la vida...

—No dejaré que mi único hijo —lo interrumpió la marquesa

—¿Único? —preguntó el doctor extrañado.

—Sí, Richard, no permitiré que mi único hijo se case con una huérfana adoptada, de quien no se sabe cuáles serán sus orígenes y cuánto puede contaminar nuestra sangre. ¿Una recogida será la próxima marquesa de Saxonhurts?, sobre mi cadáver.

—Elinor, conozco a Amy, prácticamente, desde que nació. Si la conocieras, si hicieras el intento de...

—Encima —interrumpió Elinor—, criada por esos Townsend.

—Honorables y maravillosas personas.

—Excéntricos, locos. La madre, esa lady Violet, podrá ser noble, pero es tan, tan sui generis, siempre dando la contra, rompiendo las reglas, y el padre, dicen que de niño fue un deshollinador y recolector de estiércol. ¿Esos serán los suegros de mi hijo?

—Decentes, buenos, trabajadores, amables.

—¡Basta, Richard! No consentiré nunca ese matrimonio. ¡Nunca!, me da terror pensar en las taras familiares que tendrá esa niña y que puedan heredar mis futuros nietos.

—Te refieres a los casos como los de nuestras primas de Bristol, que veían a Dios en los huevos de pato; llegaron a juntar quinientos en su casa. O quizás hables de nuestra tía abuela y los doce dedos de sus pies. O los primos Gunter con su afición por pescar dentro del inodoro, ni que decir de nuestro tío Gabriel, que se marchó a África a vivir sobre un árbol, con un gorila.

—Richard.

—Hembra, claro, loco, pero no sodomita.

—¡Richard! —gritó la marquesa.

—Ese es nuestro primo John, que dentro de la casa se hacía llamar lady Jean.

—¡Basta!, tú sabes a qué me refiero.

—¡No, Elinor, y no te entiendo! —El doctor alzó la voz y, después de una pausa, recobró su correcto temple—. Ya perdiste un hijo por estas tonterías, pero no aprendes. Como te he demostrado, tus temores de taras y deformidades los debería de tener Amy sobre nuestra familia. Nada nos diferencia del resto de mortales, solo que sabemos ocultar nuestros defectos, como nuestro deber de nobles nos obliga.

—Richard, te estimo —habló Elinor también modulando su voz—. Estuviste a mi lado en tiempos difíciles, has sido la presencia paterna que Julian no tuvo, pero no, ese matrimonio es inconcebible, sé que es tu ahijada y la quieres, que para ti, unir a los dos es un sueño, pero para mí es una pesadilla. Mi hijo es el marqués de Saxonhurts, ¿te imaginas el escándalo que será ese matrimonio, cuántas puertas se le cerrarán casado con una plebeya recogida, criada por esos excéntricos Townsend?, no puedo concebirlo, y además es deforme.

—Sí —dijo Gervais, suspirando para no perder el control—. Mi Amy tiene una ligera deformidad en su pierna derecha, consecuencia de su nacimiento prematuro.

—¿Ves?, lo siento, Richard, sé que adoras a esa joven. —Luego de una pausa, acercándose a él y bajando la voz, agregó—: Hasta hay rumores de que es hija tuya, concebida con una sirvienta, y que, al morir la madre, se la diste a criar a Violet Townsend.

La estruendosa risa del doctor Gervais retumbó en la casa.

—Los londinenses —dijo aún riendo— y su excesiva imaginación. Todo inglés es un escritor de novelas en potencia.

—¿No es cierto?

—No, Elinor. Nunca me casé; lamentablemente, nunca he tenido hijos, pero si hubiese sido verdad, sería el padre más feliz del mundo. Amy es un milagro que presencié desde que la traje al mundo y que... casi mato.

—¿Estás segura, Katy? —dijeron Grace y Amy al mismo tiempo.

Las tres hermanas hablaban en murmullos en la habitación. Con cuidado, Amy cerró la puerta para que no oyeran el resto de habitantes de la casa su conversación.

—Es la única manera, hermanas, y ustedes me tiene que ayudar —habló Katy de manera muy enérgica, señalando a cada una con el dedo.

—Pero papá se molestará —dijo Grace—. Él te dijo que...

—Papá —la interrumpió Katy— quiere comprarme una pastelería muy lujosa. Cuando le dije que me habían rechazado como estudiante en el Instituto francés de chefs, habló de comprarlo para que me admitieran.

—Eres muy buena cocinera —le dijo Amy a medida que le cortaba las puntas de su cabello—. ¿Por qué quieres que esos tontos franceses tengan que decirte lo buena que eres? Tu madrina, la señora Holms, que en brazos del señor esté, decía que cocinabas hasta mejor que ella, y mamá también.

—Pero me falta mucho por aprender —respondió Katy—. ¿Y por el hecho de ser mujer se me negará ese derecho?, no es justo.

—Sí, hermana, pero hacerte pasar por hombre —exclamó Grace mientras le ajustaba una tela muy fuerte alrededor del busto— es demasiado hasta para ti.

—Soy grande, gruesa —pronunció Katy levantando los brazos y dando vueltas para facilitar la labor de su hermana—, puedo pasar por un hombre, también soy muy fuerte. Este primer curso durará seis meses, si logro hacerlo mejor que ellos, les podré demostrar que tengo derecho de estar ahí. Y ustedes tienen que ayudarme.

—Pero...

—Yo siempre las he ayudado en sus cosas —habló Katy y las miró muy fijamente—. Cuando te hice pasteles para Julian, para que se los enviaras al internado —dijo señalando a Amy—. Y cuando le pegaba a Randolph y a Josué si te fastidiaban. Apuntó a Grace—. Además, mamá siempre dice que debemos luchar por nuestros sueños, y el mío es este: ingresar a esa escuela de cocina francesa y ser la mejor pastelera de Londres. Si tengo que usar pantalones por unos meses, no importa.

—Ponte la ropa —dijo Amy, que traía un traje en sus manos—. *Madame* Diana se extrañó mucho de mi pedido, entonces me hizo un montón de preguntas; tuve que mentirle y decirle que Randolph había adelgazado.

—Hubieses dicho que era para Josué —comentó Katy y se puso la ropa prestamente—. Me he inscrito como Josué Townsend. ¿Cómo es esto?

—Lo hombres se abotonan del otro lado —aclaró Amy

—Bueno, ¿y qué dicen? —preguntó Katy con los brazos en jarras y dando vueltas—, ¿parezco un hombre?

—Tienes el rostro muy femenino. —Amy cogió un lápiz de carbón, le engrosó las cejas y le dibujó un esbozo de barba—. Así está mejor.

—Papá dirá que... —dijo Grace.

—Grace, por favor. —La miró, enojada, Katy.

—Ah, está bien —exclamó Grace pensando en todas las veces en que su hermana la había defendido de las travesuras de sus hermanos varones y de algún otro desconocido—. Perdona.

—¿Y lo que te dijo nuestra prima Alexandra —mencionó Amy mientras retocaba con el carboncillo las patillas— de enjuiciar la escuela para que te reciban?

—¿Y esperar unos cinco años para que me acepten? No.

—¿Qué le diremos a nuestros padres? —preguntó Grace.

—Que me inscribí en otra escuela —contestó Katy. Sacó un papel de su escritorio—. Y tú, Grace, me acompañaste, aquí tengo la ficha, es Escuela de señoritas, de *Miss Elliot*. Sí me he inscrito, pero no iré, son esas escuelas donde te enseñan a hervir huevos y a almidonar las camisas de los esposos. Me cambiaré en casa de Letti, ella también se ha inscrito en esa escuela, pero en vez de asistir ahí, irá sus clases de actuación.

—Letty también en esto —suspiró, esta vez, Amy—. Su papá la va a ahorcar, y sus hermanos también.

—Quiere ser actriz y tampoco la dejan, también está luchando por lo que quiere. No se preocupen, lo hemos planeado muy bien, tal como papá hace las cosas, nadie sospechará.

—Papá nunca miente, y mamá menos —dijo Grace moviendo la cabeza—. Ya, no me mires así. Te apoyaré.

«El primer encuentro debe ser casual, perfecto»...

Grace salía del instituto para señoritas, donde estaba terminando su

educación para maestra.

«Desde de niña le gusta enseñar», pensaba el sujeto alto y de hombros anchos al verla salir apurada, recordaba el gusto que tenía por enseñar a sus hermanitos menores a leer, a los hijos de los sirvientes y a todo niño que pisara Garden House. Nunca hubo discusión, a diferencia de sus hermanos, de cuál era su vocación; al menos ese disgusto Grace no se los hizo pasar a los Townsend. En realidad, ninguno, siempre fue una niña callada y dulce como la definía su madre, muy noble, a quien buscaban sus hermanos por consejos, por su paciencia y racionalidad. La única preocupación de lady Violet era que su hija mayor fuera muy sumisa, como se lo comentaba a la señora Holms, le preocupaba que fuera tan dócil, «si un mal hombre se cruza en su camino, Dios no lo permita, sería presa fácil; es demasiado romántica y soñadora». Se parecía mucho a su hermano Henry en temperamento. Lady Violet catalogaba el carácter de sus hijos con la edad en que habían sido adoptados: los más grandes, a excepción de Randolph, eran muy tímidos y dóciles, como si temieran dejar de ser amados. Los que llegaron más pequeños eran más seguros de sí mismos, como Katy y Josué, y ni qué decir de la orgullosa Amy. Grace había llegado a Garden House por Ian. Una vez que descubrieron que Henry y Randolph habían sido torturados en el anterior orfanato del que los recogieron, no paró hasta dar con ese sitio. Con la ayuda de los amigos Jean Paul y Vespasiano, expertos en esos temas, haciendo preguntas al pequeño Henry, fueron atando cabos y dieron con el lugar. Esa vez, Ian se presentó ante el regente del hospicio haciéndose pasar como el dueño de una fábrica de textiles de Manchester que necesitaba *alquilar* niños pequeños para limpiar lugares estrechos de sus grandes máquinas. El lugar, como Violet se lo describiría a la señora Holms, era aterrador. El hombre con su mujer compraban niños a padres necesitados, la mayoría hijos de madres solteras o prostitutas, y, habiendo conseguido permisos falsos, se quedaban con las criaturas para explotarlos, alquilándolos en trabajos pesados hasta matarlos. En medio de la conversación de Ian con el despreciable regente, detrás de un mostrador asomó una pequeña niña de piel oscura y grandes ojos verdes, estaba sucia y arrastraba unos trapos envueltos como si fueran una muñeca. Ian se la quedó mirando enternecido, pero el regente lo entendió de una forma perversa y le dijo que no le gustaba tener niñas, pero que esta era muy rara,

que sería muy exótica en un par de años, «me hará ganar mucho dinero, a no ser que usted quiera...». El hombre no terminó de hablar, y esas fueron las últimas palabras que dijo en su vida con la dentadura completa. Townsend lo tomó de la cabeza y lo estrelló contra la mesa tantas veces que le rompió todos los dientes delanteros. Cerró el lugar, denunció a los encargados, que pasarían décadas en prisión, por el abuso cometido a tantos niños y por la desaparición de muchos bebés.

Markus Holms recordaba la tarde en que había llegado Grace a Garden House; era pequeña, de pelo ensortijado, delgadita y con una mirada asustada. Ian Townsend había entrado a la cocina con la niña cargada, se había acercado donde lady Violet, quién cocinaba con su madre, y le había dicho: «nuestra hija». Se la había puesto en sus brazos y, sin decir más, se había marchado. Desde ese mismo instante, Grace fue una Townsend; lady Violet, emocionada, se la enseñaba a su madre diciéndole: «señora Holms, mire qué hermosa hija tengo». La niñita, asustada, no hablaba, se limitaba a abrir sus ojos y dejarse abrazar y besar por su efusiva madre; lo había hecho casi después de tres días, cuando Violet estaba escogiéndole nombre, casi en murmullos: «mamá, me llamo Grace». Grace desde ese entonces fue el centro de atención del hogar; con sus cuatro añitos, inmediatamente se convirtió en la engréida de todos. Cargada de vestidos traídos por la tía Helen; la princesita de los Alfreds, «su primera nieta»; la adoración de tía Gloria, que por ella comenzó a alargar sus vacaciones en Garden House. Ian, quien recordando el trapo que cargaba como muñeca, le llenó una habitación de juguetes hasta que Violet dijo: «basta, me la vas a malcriar», cuando ella era la que más la engría. La niña se acurrucaba en las faldas de su nueva mamá todo el día, siendo la cocina donde más tiempo estaba, callada y mirando todo a través de sus hermosos ojos color esmeralda. Markus Holms tendría doce años, pero recordaba el día que la vio por primera vez como si fuera ayer.

Esperó el caballero buen tiempo parado en una esquina; como siempre, lo tenía todo planeado al milímetro. Era su sello personal planificar las situaciones, organizar en su mente los pasos a dar y anteponerse a las reacciones de sus posibles adversarios o víctimas. Era hábil en extremo, si tan solo...

—¿Entendiste lo que te dije? —preguntó Markus.

—Sí, amo —respondió el niño pecoso, tirando al aire la moneda que él le había alcanzado.

Grace aguardaba en la esquina su carruaje, cuando de repente el mocoso le arrancó la bolsa. Ella gritó asustada y vio a un hombre correr tras el niño. A los pocos minutos, apareció de nuevo el hombre con su bolso y agitado por la carrera.

—¿Está usted bien? —le preguntó Grace al joven.

—Sí.

—¿El niño?, no lo lastimó, ¿verdad?, es muy pequeño.

—No, señorita, no le hice nada, solo recuperé su bolso.

—Ah, sí, muchas gracias, caballero. Su nombre, por favor.

—Markus Holms.

Al instante de pronunciar su nombre, Grace alzó la cara y se lo quedó mirando con detenimiento, hasta puso la mano sobre sus ojos para que el sol no le estorbase la visión

—¿Markus Holms?, eres el hijo de la señora Amanda Holms. —Sonrió dejando ver una linda sonrisa—. Soy Grace, Grace Townsend, tu mamá y mi mamá fueron grandes amigas.

—¡Claro! —expresó Markus con una fingida sorpresa—. Grace de Garden House. Nos conocemos desde niños, ¿cómo están tus padres y tus hermanos?

—Bien, gracias.

Entonces Grace despidió el carruaje y ambos jóvenes se fueron caminando y conversando hasta la casa. Grace le contó todo de su familia, a la vez que Markus lo hizo de su vida, desde que había dejado Garden House a los diecisiete años, cómo se había embarcado en la marina mercante igual que sus hermanos mayores. Le contó también de la vida de cada uno de ellos; el mayor estaba en Irlanda, casado y con cinco hijos, y el segundo, en América, donde ejercía como ministro de una iglesia presbiteriana, también casado, con tres hijos.

—Quise mucho a la señora Holms —le dijo Grace muy dulcemente—, para todos nosotros fue como una segunda madre, sobre todo para mamá. Lloró mucho cuando supo que había muerto, se suponían que eran unas cortas vacaciones en Irlanda.

—Si —dijo Markus interrumpiéndola—, su corazón estaba cansando de

trabajar tanto. Se fue a dormir y no despertó, eso me contaron mis hermanos. Yo, en esa oportunidad, estuve por Holanda embarcado, me enteré por carta meses después.

—¡Oh, Markus, cuánto lo siento!

—Así es la vida —aclaró Markus en un gesto compungido; luego, sonriendo, agregó—: ¿Y tú, Grace?, si de niña eras bonita, ahora estás mucho más hermosa.

—Gracias —respondió la muchacha, sonrojándose—. Ya llegamos, qué corto se ha hecho el trayecto. Entra, por favor, para que saludes a mis papás y mis hermanos. Les dará mucho gusto saber de ti.

Markus le dio su disculpa ensayada diciéndole que para otra oportunidad, el trayecto, aunque muy agradable, lo había retrasado en otros asuntos urgentes de su trabajo, pero prometió visitarlos un día de estos. Vio entrar a Grace y se cuidó mucho de que nadie lo viera, sobre todo Ian Townsend. Aún no.

—Siéntate y escucha mi historia —dijo el doctor Gervais a su prima—. Y comprenderás por qué me une un lazo más allá de la sangre con la pequeña Amy. Por favor, Elinor, me lo debes... Hace diecinueve años, yo me había hecho ya amigo de los Townsend, habían adoptado cuatro niños y con frecuencia solicitaban mis servicios, aparte me habían contratado para atender el tópico del orfanato que ellos mantienen. Dos veces a la semana, lady Violet, a pesar de sus múltiples ocupaciones, me ayuda en la tarea de asistir a esos desafortunados niños; es una gran mujer, no lo dudes, Elinor.

»Una noche, hubo epidemia de sarampión y se quedó más tarde de lo previsto, ayudándome, cuando nos pasan la voz de que una niña se había desmayado en la puerta del orfanato. Acudimos a verla, no era una niña, pero sí una mujer muy joven, estaba gestando un embarazo bastante notorio y sangraba profusamente entre sus piernas. La atendí con ayuda de la señora Townsend... La jovencita hablaba en una lengua extraña, húngaro quizás, no sabría decirte, estaba muy mal, el embarazo no era a término y ya sentía los dolores, además, había perdido mucha sangre. Recuerdo vívidamente esa noche, en el dispensario estábamos solo ella, lady Violet y yo. La mujer musitaba nerviosa y gesticulaba mientras se tocaba el vientre, suplicando.

Nunca supimos qué idioma hablaba, pero sí entendimos su desesperación y dolor. En un momento de sus súplicas, lady Violet le tomó la mano, comenzó a besarla en la frente, la consoló y le dedicó palabras tranquilizadoras. «Estarás bien, estarás bien», le decía a la joven, aunque quizás no comprendía las palabras de Violet, estas si la fueron calmando, sobre todo cuando le dijo: «Yo cuidaré de ti y de tu hijo, no te preocupes, te lo prometo». Empezó la labor de parto, nació la bebé, inmediatamente, la madre murió.

»Era tan pequeña la recién nacida. Une tus manos, Elinor, sí, ese tamaño tenía y casi no respiraba. Como te dije, habíamos tenido una epidemia de sarampión y tenía tres niños moribundos. Me lavé las manos, mandé llamar a un ayudante del hospicio y le ordené que dejaran a la niña, que moriría en unos minutos, al lado de la madre y que luego las llevaran a enterrar. Abandoné la habitación para ver mis otros enfermos. Pasaron las horas; cuando regresé al dispensario, lady Violet se había ido, no sin antes disponer que enterraran a la joven desconocida en el cementerio de su familia, y además se había llevado a la bebé aún viva. Con mucha curiosidad, fui al día siguiente a su casa, recuerdo que encontré a Randolph y a Josué..., sí, sus hermanos, sentados delante de la puerta principal, con unas espadas de cartón. Cuando les pregunté a quién esperaban, me dijeron que a un ángel, que su madre les había dicho que su hermanita, que había traído la noche anterior, iba a morir porque era muy pequeña y que un ángel se la llevaría pronto. Ellos estaban en la puerta para matarlo y que no se llevara a su hermanita.

»Lady Violet es una persona muy especial, Elinor, y muy sensible. Hacía unos años había perdido dos bebés en embarazos trancos, yo fui testigo de esa época, el último le produjo una depresión muy grave. Tenía miedo, como su esposo el señor Townsend, de que la muerte de la niña, que ya había tomado posesión como su hija, la afectara. «¿Sabe que va a morir?», le dije mientras la veía acunarla en su pecho y dándole leche con un gotero. «Lo sé, doctor», me respondió, «pero no podía dejarla ahí. Si va a morir, que sea en los brazos de su madre. Mi hija va a morir, pero no sola». Miré entonces a su esposo, Ian Townsend, que suspiró, entornó los ojos, subió los hombros y se turnó con su esposa para acunar a la bebé. Por esos días, yo tenía un viaje programado que me llevaría fuera de Londres por varios meses, así que me despedí de la familia Townsend y partí. Cuando regresé a Londres, al primer lugar al que me

dirigí fue a Garden House... Sí, su casa, tenía miedo de que la muerte de la niña hubiese producido estragos en Lady Violet.

¿Qué pasaría si, por ansiar tanto una exclusiva, te encontrarás con el amor de tu vida?



Andrea Rico es una periodista que trabaja en una revista del corazón y que está dispuesta a todo por conseguir las mejores noticias. Por ello, no dudará en hacer hasta lo imposible para lograr cubrir uno de los enlaces más taquilleros en el mundo de la farándula, aun cuando los novios deseen mantener todo en la más absoluta reserva.

Sin embargo, no estará sola para enfrentarse con Sam Davis, responsable de la organización de tamaño evento. No obstante, ambos se llevarán más de una sorpresa en el camino.

Amor, tensión, intriga y mucho más. Descubre el final de esta divertida serie.

Alexia Mars es el seudónimo de una autora española, nacida en Valencia un 21 de octubre de 1989. Licenciada en Periodismo y especializada en el marketing digital.

Enamorada del género romántico desde su infancia, y acompañada de la prosa de su gran amiga Gloria Pueyo se lanzó a crear su primera novela: *El baile de la seducción*. Tras esa experiencia llegó *Dime que eres tú*, una hermosa historia en la que aúna sus géneros favoritos: suspense y romance.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© 2018, Alexia Mars

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9069-966-9

Composición digital: Plataforma de conversión digital

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

A la caza de una exclusiva

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro
Sobre Alexia Mars
Créditos